



JOHN NEBOT

CAMINO DE PERDICION





SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F B I

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (5.^a edición.)
» 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (4.^a edición.)
» 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter. (3.^a ed.)
» 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.^a edición.)
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
(2.^a edición.)
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.
(2.^a edición.)
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter.
(2.^a edición.)
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
(2.^a edición.)
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.^a ed.)
» 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.^a edición.)
» 11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.^a edición.)
» 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
(2.^a edición.)
» 13.—¡SANGRE!, por Frank McFair. (2.^a edición.)
» 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS por Alar
Benet. (2.^a edición.)
» 15.—EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G.
Murphy (2.^a edición.)
» 16.—TANGER, por Alf Manz. (2.^a edición.)
» 17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin. (2.^a edición.)
» 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny.
(2.^a edición.)
» 19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter. (2.^a ed.)
» 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO
Alf Manz. (2.^a edición)

- Núm. 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
 » 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
 » 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf. Manz.
 » 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
 » 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
 » 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
 » 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.
 » 28.—DOCTOR X, por Alf Manz.
 » 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.
 » 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
 » 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.
 » 32.—NUEVA YORK-SAN FRANCISCO, por A. G. Murphy.
 » 33.—ENTRE REJAS, por Alf Manz.
 » 34.—MUERTE EN EL CARIBE, por Alar Benet.
 » 35.—SECUESTRO, por O. C. Tavin.
 » 36.—EL DUENO DEL MUNDO, por Eddie Thorny.
 » 37.—HERMANO CONTRA HERMANO, por A. G. Murphy.
 » 38.—FILIBUSTEROS MODERNOS, por Fred Baxter.
 » 39.—PALESTINA EN LLAMAS, por Frank McFair.
 » 40.—LA LEY DEL TERROR, por Lewis Haroc.
 » 41.—A LA DESESPERADA, por O. C. Tavin.
 » 42.—LA PROMOCION DE LA MUERTE, por Alar Benet.
 » 43.—TINIEBLAS, por Alf Manz.
 » 44.—ESPIAS EN LA NOCHE, por Fred Baxter.
 » 45.—FIDELIDAD, por Alar Benet.
 » 46.—SIN CUARTEL, por A. G. Murphy.
 » 47.—ARMOUR, EXPULSADO, por O. C. Tavin.
 » 48.—
 » 49.—LA MAFFIA, por Alf Manz.
 » 50.—ALASKA, FINAL DE RUTA, por Lewis Haroc.
 » 51.—TRAS EL TELON DE ACERO, por Alar Benet.
 » 52.—GANGSTERS DE GUANTE BLANCO, por John L. Martin.
 » 53.—¡ACUSADO!, por A. G. Murphy.
 » 54.—MISTERIO EN VIENA, por O. C. Tavin.
 » 55.—EL GENIO DEL MAL, por A. Benet.
 » 56.—HOMBRES ARMADOS, por Jack Brooklyn.
 » 57.—FAVOROSA ELECCION, por O. C. Tavin.
 » 58.—LA BESTIA ESCARLATA, por Frank McFair.
 » 59.—HUELLAS DE ULTRATUMBA, Thomas Settee.
 » 60.—S. O. S., por Lewis Haroc.
 » 61.—BILLETES MALDITOS, Frank McFair.

En preparación:

CAMARADAS ENEMIGOS.

I



AGAN juego, señores! — gritó el «croupier», disponiéndose a hacer saltar la bola de la ruleta.

Con mano temblorosa, Alf Kelly colocó un montón de fichas, las últimas que le quedaban, sobre una de las casillas.

La bola salió disparada y, paulatinamente, fue perdiendo velocidad. Todos los ojos estaban expectantes de ella. Unas vueltas más, y la bola, casi sin energías, quiso remontar la casilla en la que jugaba Alf; pero ya fuera porque se le agotara la inerte fuerza, ya porque un dispositivo tramposo lo impidiera, lo cierto es que volvióse atrás, como exhausta por el esfuerzo realizado, viniendo a posarse en el fondo de la casilla anterior, tras un ligero movimiento pendular.

El joven se separó del grupo de jugadores, pálido como un

cadáver, anonadado, apenas con fuerzas para andar. Varios ojos estaban pendientes de él. Se le acercó un hombre de unos treinta y cinco años, alto, recio, de nariz un poco aguileña y elegante hechura de traje:

—¡Hola, Kelly! ¿Qué te pasa tan abatido?

—¡Hola, Frank! —respondió el joven, de mala gana—. He perdido hasta el último centavo.

—¡Bah! ¿Y por eso te preocupas? El juego es como las mujeres: mutable y caprichoso. Tan pronto te dan calabazas, como al rato se echan en tus brazos.

En aquel momento se acercó una mujer rubia, de sugestiva belleza, que frisaría en los treinta años, aunque el bien distribuido maquillaje la hacía aparecer más joven.

—Tengo una sed rabiosa, Alf. ¿Tomamos algo? —dijo, a guisa de saludo.

—¡Hola, querida! —exclamó el aludido, esbozando una sonrisa—. Como tú quieras.

Se dirigieron hacia el buffet, situado en un ángulo del amplio salón, donde tomaron unos «whiskyes» con «soda». Alf seguía abatido, ensimismado. Frank y la rubia cambiaron una significativa mirada.

—No parece sino que se te haya muerto alguien —exclamó, jovial, Frank, dando una palmada en la espalda del joven—. ¡Vamos! Anímate, que no hay para tanto.

—Te debo cuatro mil dólares y no hay posibilidad ninguna de que te los pueda pagar. Te tendrás que esperar a que trabaje y te los abone poco a poco, sin que se entere mi padre.

—Pero ¡hombre! ¿Ésos son tus apuros? El hijo del inspector Kelly tiene cuenta abierta en mi casa. Toma, firma un recibo por otros quinientos dólares y trata de conquistar a la veleidosa suerte, a ver si te desquitas esta misma noche. Y si no... —Levantó los hombros en señal de impotencia—, ¡qué le vamos a hacer! Mañana te sonreirá, tal vez. Ya sabes que puedes disponer de mi dinero y de mi persona.

El muchacho firmó, ansioso y con trémula mano, el papel que el otro le presentaba, y marchóse presuroso a cambiarlo, por fichas en caja. La mujer le siguió, y juntos se abrieron paso entre los jugadores que rodeaban la ruleta. El «croupier» hizo un signo

imperceptible de asentimiento a un guiño de ojo de la rubia, e hizo juego.

La suerte había cambiado y favorecía con sus dádivas a Alf Kelly, que tras algunas alternativas llegó a recuperar ochocientos de los dólares perdidos. La fortuna comenzaba otra vez a ponerse adversa, cuando la mujer le aconsejó:

—Basta ya por esta noche, Alf. La suerte ha cambiado de nuevo. Dejemos la sala de juego, y otra noche acabará de recuperarlo.

—No, Bess. Hace veinte días que estoy perdiendo noche tras noche, y sería idiota retirarme ahora que la fortuna se me ha puesto de cara.

—Como quieras, querido; pero temo que lo pierdas todo y te pongas de mal humor.

—¿Qué tal va eso? —preguntó Frank Stone, acercándose.

—¡Hola! Esto ha cambiado, chico. Si sigue la buena racha, espero liquidarte la cuenta esta misma noche.

—¡Juego! ¡Hagan juego, señores! —gritaba en aquel momento el «croupier», arrastrando un montón de fichas hasta la casilla ganadora de Alf.

—¡Quinientos dólares al nueve verde! —exclamó Kelly, entusiasmado, contando las fichas.

Todas las miradas se volvieron hacia él. La bola salió dando saltos, brincando sobre las casillas cual desbocado corcel en una carrera de obstáculos, y acabó por pararse en el número nueve verde.

—¡Van los mil al mismo número! —habló el joven, con temblores en la voz, sin retirar lo gafado.

La expectación era enorme. Los demás dejaron de jugar, pendientes de la excepcional apuesta entre Alf y la banca.

—¡Cuidado, amigo, eres capaz de desbancarme! —dijo Frank con una seriedad que desmentían sus burlones ojos.

—No te desbancaré, pero al menos me resarciré de mi mala suerte de los últimos días —contestó, optimista, el joven, chispeantes los ojos. Su transfiguración había sido completa. Al abatimiento había sucedido el optimismo; al desmadejamiento y laxitud de miembros, un nerviosismo activo que le hacía encender cigarrillo tras cigarrillo, que apuraba a grandes chupadas.

En su euforia, se sentía comunicativo, contrastando con su

anterior parquedad de palabras, y gastaba alegres bromas a Bess, la cual, a su lado, seguía interesada las incidencias del juego.

Alf Kelly era un muchachote alto y delgado, de correctas facciones, si se exceptúa su mentón, excesivamente pronunciado. Era rubio y acababa de cumplir veinticuatro años, aunque su rostro aniñado le hacía parecer más joven.

La bola saltó de nuevo y, dócilmente, se posó en el nueve, justificando el optimismo de Alf, quien retiró con risa y manos nerviosas las fichas que el «croupier» le acercaba. Un murmullo se levantó de cuántos rodeaban la mesa, ante la perseverancia de la bolita en detenerse en el afortunado número.

—¡Fuerza, Alf! —exclamó Bess, entusiasmada—. Tienes razón: la fortuna te sonríe esta noche.

—¡Todo al mismo número! —gritó él, tras ligera vacilación, empujando todas las fichas que tenía delante.

—¿Has perdido la cabeza, muchacho? —Extrañóse alguien que había a su lado.

—No, amigo. De esta recupero todo lo perdido o me hundo definitivamente.

—¿Muy nervioso? —inquirió Frank, ofreciéndole un cigarrillo—. No creí que fueses tan decidido.

—¡Juego! —gritó, sin matices, la voz del «croupier».

Un sepulcral silencio acogió la salida de la caprichosa bola. Los espectadores contuvieron incluso el aliento. Alf se puso serio repentinamente y se pasaba la lengua por los reseco labios, mientras seguía, como sugestionado, los saltos de la bola. Los únicos que permanecían tranquilos eran Frank y Bess. En la boca del primero amagaba una ligera mueca de burlona sonrisa.

La bola perdió gradualmente velocidad, y con paso cansino se dirigió hacia el nueve verde, que parecía haber elegido como término de su viaje. Alf lanzó una exclamación de júbilo, coreada por otra de asombro de los espectadores. ¡No cabía duda, ganaba el afortunado número!

Súbitamente, ante el asombro general, cuando la bola remontaba el límite de la casilla, ya exhausta, pareció reponerse; sacó fuerzas de flaqueza y aceleró un poco su marcha, deteniéndose dos casillas más allá.

Alf tornóse lívido, y casi sin transición, grana. Una cólera ciega

le invadió. La trampa había sido demasiado burda. Todos los espectadores se habían dado cuenta de ella, y lo manifestaban con un murmullo de desaprobación.

—¡Tramposo! —rugió el joven, abalanzándose contra el «croupier». No tuvo tiempo de llegar a él: cuatro brazos fornidos lo sujetaron, inmovilizándolo.

Alf se revolvió furioso, sin lograr desasirse de los dos «guardadores del orden». Frank, frente a él, le miraba duramente, con las mandíbulas apretadas.

—No te consiento que, por unos cochinos dólares, pongas en duda la honorabilidad de esta casa. ¡Si no sabes perder como los hombres, no haber jugado!

—Tú eres tan tramposo como tú «croupier». Te dedicas a desvalijar a...

Un formidable «directo» en la mandíbula le cortó la palabra. El joven quedó inconsciente, con la cabeza echada hacia atrás, en brazos de los que le sujetaban.

—¡Llévalo a mi despacho! —ordenó Frank Stone—. Deseo hablar con él. El «*whisky*» y el dinero le hacen ver visiones. ¡Siga el juego, señores! Siento lo sucedido.

Dos o tres, que debían ser «ganchos» de la casa, reanudaron inmediatamente las posturas; pero los demás se mantenían fríos, sin jugar, más sin atreverse a defender abiertamente a Alf. Éste fue llevado a rastras hasta una pequeña habitación, situada junto a la entrada, que por todo mobiliario tenía una mesa de despacho, tres sillones y una caja fuerte.

Cuando, poco después, Alf recobró el conocimiento, restregóse con la diestra la parte dolorida, y al levantar la cabeza vio a Frank que, sentado en uno de los sillones, le miraba con ojos de juez. A su lado, de pie, Bess, con cara compungida.

—Tu acción ha sido indigna de la confianza y aprecio con que te he tratado y de los favores que te he hecho y pensaba seguir haciéndote habló Frank, arrastrando las palabras. —Si bien te lo perdono, porque estabas excitado, en cambio te exijo que me pagues inmediatamente el dinero que me adeudas. En caso contrario, se lo pediré mañana mismo a tu padre, y no creo que le haga mucha gracia.

Kelly palideció. No esperaba un golpe tan brutal. Levantóse del

suelo, donde todavía permanecía tendido, y dijo, airado:

—Esto es una arbitrariedad. No puedes obligarme a que te lo abone inmediatamente. Tú sabías tan bien como yo que no te lo puedo pagar de una vez, ni tampoco mi padre, que no dispone de esa suma.

—Considéralo como quieras, Kelly. O te comprometes a pagármelo en el plazo de tres días, o mañana mismo pasaré la cuenta a tu padre.

—Yo buscaré trabajo enseguida y te lo iré abonando poco a poco; pero no le digas nada a él.

Frank soltó una carcajada, al tiempo que se ponía de pie y se dirigía hacia la puerta.

—¿Crees que trabajando vas a ganar los dólares a montones? ¡Qué poco conoces la vida! —dijo, alejándose—. Decídete esta misma noche.

Bess intervino en ayuda del tahúr:

—Frank tiene razón. Cualquier trabajo honrado que busques no te dará ni para malvivir, y... —Miróle coqueta—. ¡Es tan bello disfrutar de la vida cuando somos jóvenes...!

—¿No querrás insinuarme que me ponga al margen de la Ley...?

—¿Y por qué no, si es algo que no tenga ninguna exposición? Tú ves a Frank. ¿Crees que todo su lujo y su fortuna la ha conseguido honradamente? ¿Crees que todo ese mundo elegante que, alegre y feliz, frecuenta los «*cabarets*» más lujosos y caros de la ciudad y que, como yo, habrás envidiado muchas veces, son grandes potentados de la industria o hijos de ricas familias?

—¡Claro! Son hombres que, con su trabajo, su tesón y voluntad han sabido triunfar radicalmente en la vida, domeñando el medio hostil que les rodea, levantándose sobre los hombros de la masa amorfa, de los oscuros o fracasados. Son los superdotados que, en la lucha por la existencia, se han elevado, dominándolos, sobre los menos capaces.

—No, Frank, no. No hay ni uno solo de los que tú dices: Ésos no acuden a aquellos lugares de diversión; no gozan de los placeres refinados de nuestros «*night-clubs*». Únicamente sus hijos y los que, de una manera o de otra, viven fuera de la ley, gastan, a manos llenas, el dinero que han conseguido sin esfuerzos.

Durante más de veinte minutos, la rubia Bess estuvo pintando

aquel mundo de placeres desordenados con vivos y exaltados colores. Alf, pendiente de sus falaces palabras, se imaginaba estar viviéndolos. Ella sonrió al notar el efecto que producía, y exclamó:

—¡Ésa es la única vida que merece ser vivida! Los que no hemos tenido la dicha de nacer ricos, nos tenemos que conformar con nuestra triste condición, conociendo únicamente el reverso de ella; cuánto tiene de cruel, de esfuerzos, sacrificios, privaciones, deseos insatisfechos, despecho, envidia, mal humor y amargura. Sólo hay un medio de conquistar el derecho a esa vida mejor.

—¿Cuál? —preguntó el joven, aturdido por los razonamientos de Bess.

—Utilizar la inteligencia. Revolverse contra ese orden de cosas, al margen de la Ley que las defiende, y obtener dinero, mucho dinero, con muy poco esfuerzo, para gozar de la juventud. Tú tienes más facilidades que nadie. Eres joven, de buena presencia, inteligente y con una carrera, y, sobre todo, eres hijo de un inspector del

F. B. I.

Nadie sospecharía nunca de tu honradez. Yo conozco a alguien que te haría rico en poco tiempo.

—Sí, pero mi padre lo descubriría enseguida, al ver que manejaba dinero.

—No te preocupes. Ya te darían un buen empleo, para que pudieras justificar tu cambio de fortuna.

Alí Kelly no resistió más. El amor de bisoño que sentía por Bess, el gusto que iba encontrando a la vida de placeres en los que ella le había introducido, sus ponzoñosas palabras y el miedo a que su padre se enterase de que había perdido en el juego aquella, para él exorbitante, suma, vencieron la débil voluntad del inexperto joven.



CHICOS Y MAYORES

VEN Y LEEN

AVENTURAS DEL F. B. I.

II



NOS días más tarde, dos individuos de aspecto judío se apearon del «ele» [1] en Delancey Street. El más viejo —nariz ganchuda y descomunal, con intenciones de penetrarle en la boca carnosa, ojos brillantes y rostro demacrado, cuya lividez destacaba más por contraste con el negro vestido— miró inquieto hacia atrás, como temiendo que alguien les siguiese. Pero entre la confusión de chinos, hebreos, italianos, mejicanos, húngaros y españoles que descendían las escaleras de la estación aérea no halló ninguna cara que le infundiese sospechas.

En aquel momento el tren, a la altura del primer piso de las antiguas casas del miserable distrito de la Bowery, inició su negra y trepidante marcha, cual monstruoso reptil antidiluviano, sobre las

cabezas de aquella moderna Babel de razas, lenguas y religiones.

Sin una palabra, los dos hombres siguieron Delancey Street hasta su cruce con Orchard Street, que tomaron después de echar una nueva mirada a sus espaldas. Al llegar frente al número setenta y seis se pararon, simulando que hablaban durante unos minutos, mientras miraban en todas direcciones, hasta que, satisfechos de su inspección, penetraron por el estrecho portal de la vetusta casa de tres pisos.

Un minuto después salió, de entre los numerosos carritos de mano de los vendedores ambulantes de aquella exótica calle de Nueva York, un joven alto, moreno, de atlético porte, correctas facciones y astroso aspecto, con el ala del sombrero doblada sobre la frente. Sin vacilaciones, con paso firme, se introdujo por medio de la apiñada población hebrea, de aspecto sucio y miserable, y entró en la misma casa.

En aquel momento sonaba un timbre en uno de los pisos. A grandes zancadas el joven fue subiendo las escaleras. Arriba se oyó un portazo. El hombre sonrió, satisfecho, y continuó su ascensión hasta el tercer piso, donde pegó el oído en la cerradura de la única puerta. Rebuscó, después, entre un manojo de ganzúas, y al segundo intento, la abrió.

Un pasillo estrecho presentaba varias habitaciones cerradas a ambos lados. Avanzó cautelosamente e hizo oído frente a la primera. El más absoluto silencio reinaba allí. Siguió adelante, con ánimo de repetir la operación en todos los cuartos, pero en esto oyó rumor de pasos, que aumentaban de intensidad, procedentes del otro extremo del corredor. Tuvo un ligero sobresalto, porque no le interesaba que le descubriesen.

Giró la manilla de la primera puerta que halló a mano y comprobó, con satisfacción, que cedía. Ya era hora: un hombre alto y fornido, que representaba unos cuarenta años, de rasa mediterránea, sin duda, acababa de desembocar en el pasillo, y avanzaba canturreando.

El joven moreno, escondido en la habitación, estaba atento, y volvió a salir al corredor tan pronto percibió el chirriar de unos goznes tras las pisadas del otro. De puntillas, casi conteniendo el aliento, llegó hasta el cuarto adonde entrara el hombre, y escuchó:

—¿Os han seguido, Samuel? —preguntaba una voz con fuerte

acento latino.

—No, Giovanni. Lewis y yo hemos vigilado durante todo el trayecto, sin que notásemos nada de particular. ¿Hay alguna novedad? —dijo la grave voz del más viejo de los judíos.

—De momento, nada. La muerte del cónsul general de Siria ha sido considerada, por la Policía, como un atentado de los terroristas del «Iskrun»[2] y no es de esperar que nos molesten en lo más mínimo, puesto que ya han transcurrido tres días y han hecho las detenciones de rigor. Tomad, éste es el precio convenido por el «trabajo». He ido a cobrarlo esta mañana.

—¿Hay algo en perspectiva para estos días? —inquirió la voz de Lewis.

—Sí; para mañana por la noche hay un «trabajillo»; pero aún no sé de qué se trata, a ciencia cierta. No vengáis aquí. Os veré en casa de Giuseppe a las seis de la tarde.

El joven comprendió que los tres «gángsters» ya no hablarían nada más de interés. Aplicó su ojo en el de la cerradura; luego sacó una «Browning» de la funda sobaquera, y con la siniestra mano giró despacio y silenciosamente la manilla, abriendo la puerta pulgada tras pulgada. El italiano y los dos judíos, sentados en sendas sillas, estaban vueltos de espalda a la puerta, frente a un hogar en el que chisporroteaban unos leños. Los dos últimos estaban entretenidos contando un abultado fajo de billetes de banco.

—«Hold up!»[3] —ordenó el joven astroso imperiosamente, encañonando a los tres con un leve movimiento del revólver.

La seca orden produjo el efecto del estallido de una granada. Como movidos por un mismo resorte, los tres hombres volvieron simultáneamente la cabeza. Samuel guardóse nervioso los billetes, en rápido movimiento, y levantó los brazos sin la menor señal de resistencia, mirando con ojos astutos y penetrantes al del revólver, al tiempo que decía:

—Creo, amigo Ferguson, que no es ésta una manera muy cortés de presentarse. ¿Qué busca el

F. B. I.,

por estos andurriales disfrazado de esa guisa?

—No tardará en saberlo, Samuel. De momento, conserve las manos en alto, y cuidado con emplear alguno de sus numerosos trucos —respondió el agente del

F. B. I.,
vigilante.

No bien hubo acabado de hablar, dio un salto de costado, disparando al mismo tiempo contra Giovanni, quien, herido en la diestra, lanzó un juramento. La pistola, que había empuñado con una velocidad increíble, cayó de la mano del italiano antes de que tuviera tiempo de disparar.

La puntería del agente actuó como sedativo para los excitados nervios de Lewis, quien levantó los brazos dócilmente, a pesar del intenso odio que reflejaban sus ojos.

—¡Vuélvanse de espaldas! ¡Pronto, que se me agota la paciencia! —conminó Ferguson, al tiempo que avanzaba hacia los tres «gángsters», con ánimo de desarmarles.

Los hombres obedecieron, y, mientras el agente se apoderaba de una imponente «Germán Luger» que llevaba Lewis en la funda sobaquera, sucedió algo con una rapidez indescriptible. El italiano volvióse como una exhalación, disparando su puño izquierdo contra la cara del americano, el cual ladeó la cabeza, esquivando el golpe. Al mismo tiempo, un leño ardiendo, arrojado por Samuel, le golpeó la mano derecha, haciéndole soltar el revólver.

—¡Ya es nuestro! —gritó, ronco, Giovanni, abalanzándose contra el americano.

Sin preocuparse de él, éste aplicó un formidable «uno dos» de izquierda y derecha en el bajo vientre y en la boca, respectivamente, de Samuel, que estaba «sacando» en aquel momento. El judío doblóse por la cintura como consecuencia del primer golpe, siendo proyectado por el segundo, con gran violencia, contra el hogar, donde quedó sin sentido.

Giovanni le atacó en aquel momento, al tiempo que Lewis se agachaba a recoger su pistola, que Ferguson había dejado en el suelo a unos pies de distancia. Rápido como una centella, el agente del

F. B. I.

aplicó un contundente «directo» entre las cejas del italiano, el cual, como un fardo, fue a desplomarse «knock out» sobre Lewis, rodando los dos en confuso montón. Antes de que el joven judío pudiera levantarse o reaccionar, un alud de golpes, asestados con inverosímil rapidez por el agente, que se había arrojado sobre él, le

dejaron fuera de combate.

El sorprendente desenlace de la desigual lucha había durado escasamente dos minutos. El joven agente, pues no pasaría de los veintiocho años, inspiró hondamente para normalizar la fatigosa respiración, y, recogiendo las armas de los yacentes por el cañón, para no borrar las huellas dactilares de las culatas, se las guardó, procediendo, luego, a cachear a los tres forajidos, por si conservaban otras armas.

Cerrando la puerta tras sí, recorrió todas las habitaciones de la casa, hasta que encontró lo que buscaba junto a la cama del único dormitorio: un teléfono. Marcó un número, y tras una pequeña pausa, habló:

—¿El inspector Kelly?... ¡Hola!... Sí, todo ha salido a pedir de boca. Mande un coche al setenta y seis de Orchard Street. Estoy en el tercer piso... No, no hace falta. Ha aparecido en escena un tal Giovanni, pero los tres están fuera de combate... Sí, ¡hasta luego!

Mientras esperaba el coche, Ferguson hizo un minucioso registro de toda la casa sin que pudiera hallar nada de interés, salvo que se trataba de un piso de soltero amueblado a la americana, a pesar de estar enclavado en el corazón del viejo «*Ghetto*»[4].

Sonó el timbre de la puerta. Era el inspector del F. B. I.

Edgar H. Kelly, acompañado de un joven agente. El primero representaba tener unos cincuenta años, de mediana estatura y bien proporcionado cuerpo, que aún se mantenía en todo su vigor gracias a sus constantes y racionales ejercicios gimnásticos. Su rostro reflejaba un carácter bondadoso, al que siempre se habían amoldado sus actos, hasta el extremo de que sus antiguos compañeros de la Metropolitana le llegaron a criticar por su «debilidad».

—¡Hola, Fred! —Correspondió al saludo de Ferguson—. ¿Dónde están esos individuos? ¿Ha podido sacar algo en claro?

—Sí, señor Kelly. Han sido los dos judíos, los que asesinaron a Sidi ben Humein. Ese Giuseppe es el jefe inmediato y les ha pagado, hace un rato, el precio de su crimen, que aún conservan en los bolsillos.

—¿Ha averiguado por orden de quién han actuado?

—No; pero, por las palabras de Giuseppe, he deducido que se

trata de un grupo de acción de algún vasto «gang». Para mañana por la noche tenían preparado un nuevo golpe. Los demás no creo que conozcan mucho de la organización, pero, en cambio, creo que debemos hacer «cantar» a Giuseppe, aunque sea sometiéndolo a un interrogatorio de tercer grado.

Los tres «gángsters» fueron esposados y trasladados a los calabozos de la Jefatura departamental del

F. B. I.,

en Nueva York. Pese a los contundentes argumentos utilizados para hacer declarar a los tres detenidos, negaron rotundamente su participación en el asesinato del cónsul general de Siria ni en cualquier otra actividad criminal.

Sin embargo, la sección de balística emitió un informe que aseguraba categóricamente que las tres balas que ocasionaron la muerte de Sidi ben Humein habían sido disparadas una por la «Browning» de Samuel y las otras dos por la «Luger German» de Lewis.

Se tomó nota de la serie y número de los billetes de Banco, para averiguar si habían sido robados, y, sorprendidos, comprobaron que la numeración de algunos de ellos correspondía a otros que tenían en caja en el National Bank. Entonces fueron pasados a la sección de falsificaciones, que descubrió que eran imitados con rara perfección.

El

F. B. I.,

auxiliado por la Metropolitana Police, se movilizó para hallar el rastro de los falsificadores. Por medio de una orden circular, se comunicó a toda la Banca y a los establecimientos públicos las características de los billetes para que no solamente no los aceptasen, sino que avisasen a la Jefatura del

F. B. I.

y retuviesen a los poseedores de los billetes el tiempo preciso hasta que llegasen los agentes que, dirigidos por el inspector Kelly, habían sido encargados de aquel caso.

Seis días después de la detención de los tres «gángsters», el inspector Kelly estaba sentado frente a la mesa de despacho de su oficina de la Jefatura. La puerta se abrió, para dar paso a Fred Ferguson.

—¿Qué novedades hay, Fred? —preguntó, sonriente.

—Lo de siempre. Todos los poseedores de esos malditos billetes falsos que interrogamos, gozan de buena posición y tienen sobradamente justificados sus ingresos. Todos coinciden en ocultar cuidadosamente la procedencia de ese dinero, como si se tratase de una criminal confabulación para encubrir a los falsificadores.

—¿No le parece extraño que nuestros conciudadanos, que tienen fama de ser los que prestan más abierta y espontánea colaboración a la Policía, en todo el mundo, se comporten de esta manera? ¿A qué causa obedecerá?

—Ya he pensado en ello y he llegado a la conclusión de que toda esa gente, más o menos rica y elegante, ha obtenido ese dinero en actividades al margen de la ley. Yo me inclino a creer que en salas de juego o en antros donde se les suministran drogas, pues algunos de ellos presentaban las características externas de los cocainómanos.

Kelly miró a su ayudante, por el que sentía: gran simpatía y en el cual descargaba una parte considerable de su trabajo, reconociendo que era uno de los agentes más eficientes del

F. B. I.

tanto en el orden intelectual y deductivo como en el de acción.

—Oriente las pesquisas por las casas de juego conocidas, pero obre con cautela, evitando espantar la caza. Infórmeme regularmente del resultado de las Investigaciones —ordenó, con voz bondadosa.

Poco después de haberse marchado Fred, el timbre del teléfono repiqueteó con insistencia. Kelly descolgó. Se trataba del gerente de una importante peletería de la Fifth Avenue. A través de los hilos oyó que le decía:

—¿La División del

F. B. I.?...

Soy el gerente de

Anderson & Milton.

Anteayer me rechazaron en el Wall Bank unos cuantos billetes de cien dólares, asegurando que eran falsos e indicándome que avisase a ustedes si algún comprador me ofrecía más. En estos momentos estamos entreteniendo, con la excusa de hacerle la factura, a un joven que pretende pagar el importe total de un abrigo de pieles

con moneda falsa. Parece inquieto y tener prisa. No creo que le podamos entretener hasta que vengan ustedes...

—Está bien. Hagan el favor de llamar al primer agente que encuentren a mano y que le retenga por la fuerza hasta mi llegada.

Un coche oficial le dejó en la puerta de la tienda. Entró con pasos apresurados y, cual herido por un rayo, se detuvo, vacilante, perplejo, empalideciendo visiblemente. Pero fue un momento. Pronto se rehízo con un poderoso esfuerzo de voluntad, y siguió avanzando, más despacio, como si temiese llegar. Todos los clientes de la lujosa peletería miraban curiosos hacia un extremo del mostrador, donde un joven protestaba en vano, tratando de convencer a un guardia urbano para que le dejasen marchar. ¡Aquel muchacho era su hijo Alf!

Con mortal angustia, reflejada en su grave semblante, el inspector avanzó entre los curiosos y, tras darse a conocer al guardia, dijo, dirigiéndose a su hijo, como si no lo conociera:

—Venga conmigo, señor. Tengo que hablar un poco con usted.

—Sí, señor —pudo, por fin, balbucir el joven, que temblaba azorado desde que divisó a su padre.

El inspector y Alf, seguidos por los comentarios y las miradas de los espectadores, se dirigieron a la calle. El primero se acercó al chófer del coche oficial.

—Puede regresar a la División. Ya no necesito sus servicios —dijo.

Ensimismados en sus propios pensamientos de dolor y vergüenza el padre, fluctuando entre el arrepentimiento y un sentimiento colérico de nefasta independencia el hijo, los dos hombres caminaron acera adelante, encerrados en hondo mutismo.

El inspector, insensible a todo lo que no fuese su dolor interno, era zarandeado como un pelele por los roces y codazos de aquel desbordado río de gente presurosa que llenaba la anchurosa acera de la Quinta Avenida. Afanosamente, buscaba una explicación satisfactoria que justificase, de manera moral, la tendencia por su hijo de aquella cantidad de billetes falsos; pero, por más que se esforzaba, no conseguía sino destruir las pocas esperanzas que había concebido en favor del joven.

Cierto era que Alf había ingresado, hacía unos días, en el Richardson Bank, como contable; más aquello no era suficiente para

justificar que dispusiese de dinero desde el primer momento, y en aquella cantidad. ¿Habría hecho un desfalco en el Banco? Deseando salir pronto de dudas, abandonó la Quinta Avenida, torciendo por la calle Veintinueve.

Alf, entre tanto, habíase separado de su padre, confundido entre los transeúntes, y, sacando un fajo de billetes de un bolsillo, dejó uno solo en la cartera, guardándose el resto entre la camisa y la espalda, aunque tenía la seguridad de que su padre no se atrevería a registrarlo. Al comienzo había tenido un impulso de arrojarse en sus brazos, pidiéndole perdón por su aún ligero desliz, prometiéndole encauzar su vida por el camino recto, penoso, pero lleno de satisfacciones íntimas, ante el implacable juez de la conciencia. Pero después pensó en las morbosas palabras de Bess. Temió perder a ella y a la vida fácil, de deleites que representaba, y decidió capear el temporal como mejor pudiera.

Al ver a su padre tomar la calle Veintinueve adelantó el paso, al tiempo que terminaba de urdir la patraña que le contaría. Su rostro estaba desencajado y una sensación de vacío y malestar le oprimía el pecho, a pesar de haber adoptado la firme resolución de mentir. Era la segunda vez que lo hacía; la primera, unos días antes, en ocasión de su empleo.

Viendo que por aquella calle transitaba poca gente y no había peligro de ser oídos, el inspector le esperó, ordenándole con voz cascada:

—Dime por qué tienes en tu poder esos billetes falsos y de qué modo te los has procurado.

Alf miró a su padre, que esperaba, ansioso, que pudiera justificarse, y vaciló entre franquearse o mentir, pero pensó en Bess, y exclamó:

—Supongo que no pensarás que los he robado. Le pedí cien dólares anticipados a Richardson —los mostró—, y ha dado la coincidencia de que eran falsos. Eso es todo, y no había motivos para estos espectáculos tan enojosos. ¿O crees, acaso, que soy yo el falsificador?

El inspector cogió con mano temblorosa el billete, renacida la esperanza. Pero pronto reaccionó y su voz se hizo dura:

—No mientas, Alf. Dame los demás billetes. —Con cien dólares no se compra un abrigo de pieles en Anderson and

Milto's.

¿Para quién era?

Nervioso, el joven sacó todo cuanto contenían los bolsillos, al tiempo que decía, algo molesto:

—En esa peletería, como en otra cualquiera, no todo son costosas pieles de marta o de armiño. Las hay al alcance de todos los bolsillos, y cometí el error de creer que gozaba de suficiente independencia para hacer un pequeño regalo a una simpática compañera de trabajo.

—Sé que me mientes; pero, de momento, lo dejo a tu conciencia. Lo que sí te aconsejo es que mires muy bien el camino que pisas. Me parece muy resbaladizo, y tu inexperiencia te puede precipitar en el abismo. Reflexiona sobre lo que te digo, Alf, y espero que, cuando lo hayas hecho, vendrás a contarme la verdad.

El joven esperaba una repulsa y un sermón más violentos. Pensativo, vio cómo su padre se alejaba, con aire triste, en dirección a la Fifth Avenue.

Aquella misma noche, Alf, como de costumbre, se dirigió a la sala de juego de Frank Stone. Estaba situada en el Middle West, en Twenty Four Street. El «taxi» se paró frente a la puerta, y el muchacho penetró en el edificio: un modesto rascacielos de veintiocho pisos. En el sexto, una placa anunciaba:

«Francis Stone, Médico. —Consulta permanente»

El joven hizo la señal convenida. Unos ojos se asomaron a la mirilla y le franquearon la entrada.

Cuando el muchacho del ascensor llegó a la planta baja, un caballero de unos cincuenta años le estaba esperando. Le abrió la puerta y preguntó:

—¿A qué piso, señor?

El espléndido caballero deslizó entre sus manos un dólar.

—Al mismo piso que el joven que me ha precedido —dijo.

—Entonces, al sexto —puso el ascensor en marcha y guardó unos segundos de silencio. Luego estimando que por un dólar bien podía ampliar la información, añadió—: Debe ser amigo del doctor Stone o un paciente muy achacoso; todas las noches le visita.

El inspector Kelly esperó a que el ascensor se hundiera en el vacío. Después leyó la placa de Stone y se dirigió hacia la puerta.

Antes de llegar a ella vaciló un momento y, dando la vuelta, descendió lentamente las escaleras, sumido en amargas reflexiones.

Había telefonado al gerente de

Anderson & Milton,

el cual le había confirmado sus temores. El abrigo que pretendía comprar su hijo valía 560 dólares. Tenía la convicción de que Alf, empujado por alguien, se dedicaba a alguna actividad inconfesable. Apenas hacía dos meses que había terminado sus estudios de comercio en Columbia University, la gran Universidad neoyorquina, asequible a los estudiantes de todas las razas, verdadera cantera, por sus estudios prácticos y utilitarios, que surte de hombres emprendedores, de acción, impregnados de triunfal optimismo, las más variadas profesiones y el complejo comercio de la avasalladora urbe.

Hasta entonces, jamás tuvo queja de él. Había sido un hijo modelo y nunca tuvo que reprocharle la menor inmoralidad ni la menor tendencia a ella. Evidentemente, se debía a las malas compañías. ¿Quién sería aquel Francis Stone? Utilizaría a Alf como hilo que le permitiera llegar al ovillo del «gang» de asesinos y falsificadores, y no descansaría hasta que arrancase a aquel de su nefanda influencia.

Frente al rascacielos, un «cine» profusamente iluminado, presentaba sus galerías repletas de carteleras de propaganda de «films». Se dirigió allí y se entretuvo contemplando las fotografías, mientras no perdía de vista la puerta del otro edificio. Llevaría media hora espiando y ya pensaba buscar un lugar más discreto, cuando se paró un coche, del que se apeó un individuo de insignificante aspecto, que entró apresuradamente en la casa.

Aquella cara le era familiar, pero no recordaba exactamente dónde la había visto. Hizo memoria, tratando de situar aquel cuerpo bajo y delgado, aquella cara de frente abombada, ojos pequeños, inquietos y penetrantes, que se movían detrás de unos lentes de montura de oro; nariz ganchuda, cuál la de un ave de rapiña, y labios delgados y crueles.

Tras un momento de esforzar la mente, lo consiguió por asociación de ideas. Era John Bright, un abogado que, de defensor desaprensivo de la gente del hampa, había pasado a la prisión de Sing-Sing

a cumplir seis años de condena por haber falsificado magistralmente unos cheques.

Con paso rápido, el inspector se encaminó hacia la Quinta Avenida, que, a unos centenares de yardas, señalaba su presencia por los multicolores rayos que despedían sus cambiantes anuncios luminosos. No le hizo falta llegar allí. Un «taxi» se acercaba. Le hizo señas de que parase y luego, estacionarse a unas doscientas yardas del coche de Bright.

El abogado apenas tardó diez minutos en salir del edificio y subir en el «auto» que le esperaba, el cual arrancó seguidamente.

—Siga a ese «Buick» —ordenó Kelly— al chófer, y añadió como explicación: —Servicio oficial.

Ambos coches tomaron la primera travesía a la izquierda y luego la calle Veinticinco hasta desembocar en la Quinta Avenida, que enfilaron hacia Downtown, atravesando el trepidante e imponente Brooklyn Bridge, el puente más antiguo de Manhattan, con su formidable tráfico de trenes, coches y tranvías por debajo de la amplia acera para peatones. Abajo, el Hudson rugía gemebundo, al ser rechazado unas yardas más allá por las aguas del Océano.

Un momento después de haber entrado en el gran suburbio de Brooklyn, la cuarta ciudad de la Unión, el coche perseguido se detuvo frente a la Nuova Italia, un café, bar y taberna, en una pieza, frecuentada, exclusivamente, por miembros de la numerosa colonia italiana de la ciudad.

Kelly se apeó y, acelerando el paso, llegó al café a tiempo de ver que Bright desaparecía por una puerta situada en el fondo del gran salón. Pidió un vaso de «*whisky*» en el mostrador, mientras echaba una rápida mirada en derredor.

Dos hombres elegantemente vestidos y de caras patibularias, se levantaron de un velador y, tras hacer una ligera seña, correspondida por otro individuo sentado junto a unos jugadores de dominó, desaparecieron por el mismo lugar que el abogado. Unos segundos después, el espectador del juego y otro sujeto malcarado, sentado junto a él, siguieron el mismo camino que los demás.

El inspector pagó el importe de su consumición y, con toda naturalidad, fuese al alcance de los dos últimos. Siguió un pasillo, mal alumbrado, que terminaba en una puertecilla entreabierta y desvencijada, que permitía el paso de una franja luminosa. El rumor

de pasos de los que le precedían, le orientaron. Estaban subiendo una estrecha escalera interior, que terminaba a la altura del primer piso. Un largo corredor se abría allí, con unos cuantos reservados a ambos lados.

Los dos hombres llamaron discretamente, con los nudillos, en una puerta, la cual no tardó en cerrarse a sus espaldas. Kelly avanzó en silencio. De algunos reservados salía rumor de voces. Si se quedaba en el pasillo podría ser descubierto con facilidad, por el primero que saliese o por cualquier camarero.

Por la cerradura de la habitación contigua a aquélla en la que entraron los hombres, salía un hilillo de luz. Hizo oído y sólo percibió la respiración acompasada y sibilante de dos personas, que sonaban en desagradable dúo. Atisbó e hizo girar el pomo, empujando con suavidad la puerta.

Dos rufianes dormían la borrachera con las cabezas apoyadas en los brazos, los cuales descansaban en una mesa, sobre la que se veían dos vasos con coñac, una botella vacía y otra medio llena del mismo licor. Kelly cerró con un pequeño cerrojo y aplicó el oído al tabique. Del reservado contiguo llegaban con suficiente claridad las voces de sus ocupantes, pero los resoplidos de los dos borrachos le impedían entender lo que decían.

Acercóse a los embrutecidos bebedores y, empuñando por el cuello la botella vacía, golpeó con ella las cabezas de aquellos hombres, que, con un ronco gemido, pasaron a la región de las tinieblas.

De nuevo escuchó, durante más de veinte minutos, y lo que oía debía ser interesante, a juzgar por la mueca de satisfacción que se dibujaba en su grave rostro.

Un sonido de pasos que se aproximaban por el corredor atrajo su atención. Se detuvieron a la altura del reservado anterior, y una voz aguardentosa preguntó, después de llamar:

—¿Quién hay ahí dentro? —La puerta se abrió—. ¡Ah! ¿Sois vosotros? Estamos buscando a un «tipo» desconocido que ha subido hasta aquí. El patrón teme que sea de la «bofia».

—Si lo encontráis, dadnos una voz y os echaremos una mano —habló otra voz ronca.

Sonó un portazo y las pisadas se hicieron más fuertes. El inspector se ocultó en un ángulo de la pequeña habitación, al

tiempo que desenfundaba su revólver. Luego imitó la silbante respiración bucal, que había oído a los beodos. Los de fuera llamaron con recios golpes, y tras esperar, la respuesta en vano, maniobraron con el pomo, y viendo que no cedía, debieron mirar por la cerradura, puesto que uno de, ellos dijo:

—Son Luigi y Giuseppe. Están durmiendo una imponente «merluza» y resoplan como cerdos.

Los pasos se alejaron. La llamada en la habitación siguiente debió producir considerable alarma, a juzgar por la confusión del ruido de sillas.

—Os habéis escapado de buena —aseguró la voz de Bright—. Por poco os descerrajamos un tiro.

—Es que ha entrado un sospechoso por el pasillo del fondo y tememos que haya subido a espiar lo que no le importa —justificóse el otro.

—Está bien. Si lo encontráis, avisadme para ver de quién se trata. ¿Habéis mirado en los reservados contiguos?

Un momento después, los de al lado cerraron la puerta. El inspector aguardó unos instantes, y cuando dejó de oír los pasos de los que le buscaban, recorrió el cerrojo y abrió con toda clase de precauciones. A la luz difusa de la única lámpara del corredor, vislumbró las oscuras siluetas de dos hombres en el otro extremo. Cerró con cuidado y sigilosamente se deslizó hacia la escalera.

El café se había vaciado considerablemente. Cuatro o cinco sujetos que a simple vista manifestaban su condición de gente del hampa, bebían y discutían, gesticulando, como todos los latinos, apoyados en el mostrador, y otras tantas parejas se arrullaban diseminadas por las mesas del resto del local.

Con la diestra, en el bolsillo del abrigo, empuñando el revólver, el inspector se dirigió, con paso medurado y tranquilo, a la puerta de la calle. Antes de llegar al mostrador, un camarero le salió al paso.

—¿De dónde viene? —le preguntó, con voz incisiva.

Kelly abarcó la escena de una rápida mirada. El «barman» salía del mostrador, y, tres de los rufianes abandonaron el grupito de bebedores, yendo a su encuentro con caras amenazadoras. Sin una palabra sacó con rapidez la mano armada y golpeó, con el cañón del revólver, el cráneo del camarero, quien, sin tiempo para esquivar el

golpe, lanzó un gruñido y, tras ligero tambaleo, se desplomó a sus pies.

Como por arte de magia, las diestras de los tres italianos empuñaron sendas pistolas. Sonaron dos detonaciones casi simultáneas, seguidas de una tercera. Dos de los «gángsters» no tuvieron tiempo para disparar. Las dos balas de Kelly les alcanzaron en la muñeca y en el hombro derechos, respectivamente, inutilizándoles para la acción. El proyectil del tercer forajido pasó a unas pulgadas del inspector del

F. B. I.,

gracias al rápido movimiento de éste, que ordenó secamente:

—¡Arroja esa pistola!

Pero, leyendo las traidoras intenciones en los criminales ojos, disparó una fracción de segundo antes de que lo hiciera el otro.

La bala del «gángster» se incrustó en el techo, y él, alcanzado en el pecho, alzó los brazos, exhaló un grito desgarrador y clavando unos ojos llenos de estupor, como sorprendido por su puntería y rapidez, en su enemigo, dio unos traspiés y cayó pesadamente, hecho un ovillo.

El «barman» se había echado al suelo en el extremo del mostrador y los demás parroquianos asimilaron la lección dada a sus compañeros, por lo que no hicieron la menor señal de intervenir en la refriega. Kelly, aún con el revólver humeante, pasó entre ellos con paso majestuoso y sin pronunciar una sola palabra. Tal era el respeto que había conseguido infundir a aquellos facinerosos, que nadie osó impedirle el paso a atacarle a traición.

El «taxista» seguía esperándole. De momento ya sabía bastante y si continuaba la vigilancia lo podía echar todo a rodar. Subió al coche y ordenó al conductor que le condujese a la División del

F. B. I.



PADRE:

No consientas que tu hijo vea cuadernos propios para chicas.

COMPRALE

AVENTURAS DEL F. B. I.

III



las once de la mañana del día siguiente, Andrew Masson el gerente general de la United Steel Co., acompañado de un ordenanza y dos detectives privados de la Agencia Pinkerton, entraron en el célebre Morgan Bank para retirar ciento cuarenta y ocho mil dólares para el pago de los jornales de los numerosos obreros de la importante manufactura.

A ambos lados de la puerta y en los diferentes departamentos del Banco, varios detectives privados vigilaban, atentos al menor movimiento sospechoso de la numerosa clientela, desde que en 1920 estalló ante la fachada de blanco mármol un coche cargado de dinamita.

Confundidos entre el numeroso gentío, que se atropellaba sobre la calzada de madera de Exchange Place para acudir a la sesión de Bolsa de Wall Street, varios ojos espiaban la puerta del Banco.

Masson y sus acompañantes tardaron más de media hora en salir. El ordenanza llevaba un gran maletín de cuero repleto de fajos de billetes y caminaba ladeado por su excesivo peso. El gerente de la United Steel Co. se vanagloriaba con frecuencia de que durante los doce años que llevaba desempeñando el cargo nunca se habían atrevido los «gángsters» a molestarle en lo más mínimo, conocedores, sin duda, de que había sido uno de los mejores tiradores de pistola del Ejército, lo que le valió numerosos trofeos, de los que hablaba con orgullo frecuentemente.

La comitiva formaba un rombo. Delante caminaba el ordenanza con su preciosa carga; un poco rezagados y a ambos lados, los dos detectives, y detrás de ellos, en el centro y cerrando la marcha, Masson. Torcieron la esquina de Exchange Place con Board Street, y sin perder la formación tomaron esta última calle, donde había quedado aparcado el coche, por haber sido cerrada al tráfico rodado aquella plaza, en cuyos subterráneos se guardaba casi toda la reserva de oro del mundo.

Poco antes de llegar al magnífico «Packard» que les esperaba, les alcanzaron cuatro elegantes «caballeros», que, con una precisión cronométrica, les abordaron, ordenándoles en voz baja y amenazadora:

—¡Ni una palabra ni un gesto, si no sois hombres muertos! ¡Seguir adelante!

Masson y su séquito, mudos por la audacia del atraco a tales horas y en lugar tan concurrido, obedecieron la orden sin el menor gesto de resistencia, pues de sobra sabían que los «gángsters» no dudarían en disparar a la menor señal de rebeldía. Éstos, con las manos embutidas en los bolsillos de sus abrigos, sonreían y hablaban ahora de cosas triviales, para no despertar la atención de los transeúntes. Al llegar frente a un soberbio «Cadillac», estacionado a unas treinta yardas delante del «Packard», el «gánster» que acompañaba al ordenanza ordenó:

—¡Entra en este coche, con naturalidad!

En aquel momento, de entre la muchedumbre salieron seis agentes del

F. B. I.,

que con no menos maestría y exactitud que los «gángsters», se pegaron a las espaldas de éstos, presionándoles las costillas con los

cañones de sus armas.

—¡Brazos arriba! —ordenaron los agentes a coro.

Dos secas detonaciones fueron la respuesta. El agente de delante recibió los dos tiros en la espalda y desplomose sin proferir un grito. Él «gángster» a quién aquél amenazaba disparó contra el portador del maletín, hiriéndole de muerte. Con brusco movimiento se apoderó del dinero y se precipitó a la portezuela del «Cadillac», abriéndola de un tirón. La sorpresa le inmovilizó un momento: ¡Fred Ferguson, con una burlona sonrisa flotándole en los labios, le amenazaba con un revólver!

Antes de que el forajido se repusiese, Fred estiró el brazo izquierdo y, cogiéndole de las solapas del abrigo, tiró violentamente hacia adentro, al tiempo, que le golpeaba el parietal izquierdo con el cañón de la «Browning», otro fuerte tirón dejó el inanimado cuerpo del atracador tendido en el interior del coche. Luego recogió el maletín y asomó la cabeza por la portezuela.

La lucha seguía enconada. Sólo quedaba un «gángster» de pie. Los otros dos, en el suelo, malheridos, seguían disparando contra los del

F. B. I.,

al igual que su compañero. Las detonaciones se sucedían sin interrupción. Los agentes luchaban con desventaja por el temor de matar a la muchedumbre de transeúntes, que corría alocada, en todas direcciones, tropezando entre sí y pisoteándose por el pánico.

En aquel momento cayó muerto por varios balazos el último bandido que se mantenía en pie, al tiempo que otro agente, herido en un hombro, se pasaba la pistola a la mano izquierda para seguir disparando. Fred consideró que no quedaba otra alternativa que matar a los «gángsters» heridos, que preferían morir matando a ser electrocutados en la silla eléctrica. Apuntó a la cabeza de uno de ellos y disparó. El proyectil le levantó la tapa de los sesos. Al mismo tiempo, el último de los atracadores caía acribillado a balazos por los demás agentes.

De una ojeada, Fred hizo un recuento previo de las víctimas del frustrado atraco: tres forajidos, un agente del

F. B. I.

y un detective de la Pinkerton, muertos; ocho viandantes, dos agentes, el otro detective y el ordenanza, heridos de mayor o menor

consideración.

La portezuela del coche aparcado delante del de los atracadores se abrió y el inspector Kelly guiso apearse, pero le faltaron las tuerzas y cayó aparatosamente al suelo. Fred corrió a recogerlo, pero cuando llegó ya lo había levantado un agente, que estaba más cerca.

—Habéis hecho honor a la divisa del Cuerpo —exclamó Kelly, esforzándose por sonreír—. Fred, un tal Bright, John Bright, ha sido quien ha ordenado y planeado este atraco. En la Jefatura está su ficha, Detenedle.

Un rosetón de sangre empapaba su abrigo en la parte derecha del pecho. Con manos febriles, Fred descubrió la herida. La sirena de un coche de la Policía Metropolitana rugía, acercándose a marchas forzadas, y no tardó en parar, con un prolongado chirriar de frenos y neumáticos. Tras él se paró, inmediatamente después, una ambulancia, avisada por alguno de los espectadores.

—Recojan a todos los heridos y llévenlos a toda velocidad al hospital más cercano —ordenó Fred, nervioso, y a continuación explicó al sargento que mandaba las fuerzas de la Metropolitana lo que había sucedido.

Los tres agentes supervivientes y él ocuparon el «Cadillac» de los «gángsters» y siguieron a la ambulancia. Uno de los del F. B. I.

ocupó el lugar del chófer, que estaba esposado desde antes del tiroteo.

En North Hospital atendieron con urgencia a los recién llegados. Las heridas del ordenanza de la United Steel Co. y de dos de los transeúntes eran mortales de necesidad, y los médicos estimaron que apenas podrían durar unos minutos. Los demás heridos no habían sido alcanzados en puntos vitales. Kelly no tardaría en estar restablecido, pues la bala no había interesado el pulmón ni ninguna vena importante, y todos los efectos que padecía eran debidos, a la hemorragia.

Ya tranquilos, Fred y sus compañeros se dirigieron hacia la división a hacer entrega del maletín que contenía aquella fortuna.

—¿Qué ha sido de Masson? —Inquirió Fred, que ya no había vuelto a acordarse del gerente, por no haberle visto en el lugar de la refriega.

—Salió corriendo como un gamo, en cuanto oyó el primer disparo y se vio libre del atracador que le había amenazado — informó uno de los agentes especiales.

Al llegar a la Jefatura de la División, Fred se fue al despacho del jefe, mientras sus compañeros encerraban en dos calabozos suficientemente separados entre sí a los dos «gángsters». El jefe sintió lo sucedido al inspector Kelly y prometió hacerle una visita poco después. Luego pulsó el botón de un timbre que tenía sobre la mesa, no tardando en aparecer su secretario.

—Cuenta y tome nota del dinero que contiene ese maletín, en presencia de Ferguson —dijo, en cuanto aquél entró, continuando —: Usted, Ferguson, se encargará de proseguir la búsqueda y captura de este «gang», que tiene más importancia de lo que creímos al principio, hasta que Kelly esté en condiciones de actuar de nuevo. Trate de localizar cuanto antes la cabeza de la banda y aplique métodos duros para ello si fuese necesario. Hay que evitar que sigan cayendo nuestros muchachos bajo sus balas asesinas.

Fred fue al archivo y buscó la ficha de John Bright. Tras leerla y releerla, alcanzó el álbum de fotografías indicado en aquélla, y grabó en su mente las tres «fotos» que había de Bright. Luego se encaminó al despacho de Kelly, que iba a ser suyo por unos días.

Encendió un cigarrillo, arrellanóse en un sillón y se sumió en hondas reflexiones, tratando de enlazar los datos que desde la muerte de Sidi ben Humein habían obtenido sobre aquel «gang» de criminales.

El timbre del teléfono le sacó de su abstracción. Era Dolly, la hija del inspector Kelly, la cual preguntaba por su padre. Fred hizo una mueca de contrariedad. No se atrevía a anunciarle que había sido herido por no alarmarla más allá de los justos límites, pues conocía la tendencia de las mujeres, y aun de muchos hombres, de temer lo peor, cuando se les comunicaba a distancia la enfermedad o un accidente de una persona allegada.

—No, no está su padre. Supongo que no tardará en llegar. ¿Desea que le diga algo?... Sí, soy Fred. ¿Está muy ocupada, Dolly? Yo estoy completamente libre de preocupaciones y había pensado invitarla al «lunch»... Bien, paso a recogerla ahora mismo.

A su llamada acudió un ordenanza.

—Haga el favor de avisar a Brown y a Smith para que vengan —

dijo.

Breves instantes después entraron los dos agentes especiales. Ambos representaban tener la misma edad, unos treinta años. Brown, tan moreno como su apellido, era de mediana estatura, que parecía más baja debido a su contextura robusta. Gozaba de la simpatía de sus compañeros por su carácter alegre y dicharachero y por su arrojo y serenidad en el peligro.

Smith también hacía honor a su apellido. Era un hombre de presencia vulgar entre los anglosajones. Alto, rubio, de nariz ligeramente respingona y andar desgarrado. Pero esta vulgaridad se limitaba a las apariencias. Su preclara inteligencia, su sangre fría, rapidez en «sacar» y su certera puntería le hacían destacarse incluso entre las Alas de los

«G-men».

Ambos jóvenes habían participado en la acción contra los atracadores de las United Steel Co.

—¿Qué hay, Ferguson? Pareces el propio John Edgar Hoover, nuestro amado director general, repantigado en ese sillón —bromeó Brown a guisa de saludo.

—¡Hola, amigos! ¡Sentaos! —rogó Fred con una amplia sonrisa—. El jefe nos ha encargado que prosigamos este asunto. Aquí tenéis la ficha de un tal John Bright, abogado. Después la leéis y buscáis sus fotografías para poder reconocerle. Es el que ha ordenado el atraco de esta mañana. Creo que estamos sobre la buena pista, aunque opino que este Bright sólo será un jefecillo secundario de una amplia organización dedicada a todas las modalidades del crimen y el lucro al margen de la Ley.

—¿Qué quieres, que detengamos a ese abogado? —interrumpió Smith, impaciente.

—No, que os apostéis frente a su casa y cuando lo hayáis localizado no lo dejéis ni a sol ni a sombra, sin que él se dé cuenta de ello. Tomad nota de los lugares y gente con que frecuente, y a ver si tenemos suerte de que nos conduzca a la solución de este rompecabezas.

Siguieron hablando unos minutos, cambiando impresiones. Tan pronto como se quedó solo, Ferguson llamó al ordenanza y le rogó que le comunicase al restaurante Moneta, en Mulberry Street, cualquier noticia urgente o importante que se recibiera.

—Un «taxi» le condujo a casa de Kelly. Dolly salió a abrirle con cara risueña. Vestía con sencilla elegancia un vestido granate que se plegaba a las sinuosidades del cuerpo, haciendo resaltar su grácil figura de estatuaría perfección y cimbreante cintura. Un rebelde mechón del cabello corto, ligeramente rizado e intensamente negro, con movientes reflejos azulados, pugnaba, travieso, por jugar con su abombada frente de terso cutis moreno claro, como el resto de su ovalado rostro, simpático e interesante. Todo aquel armónico conjunto era realzado por unos grandes y expresivos ojos verde almendra que en aquel momento reían jubilosos.

—¡Vaya, por fin! —sonrió ella con un gracioso mohín de enfado.

El chasqueó la lengua en señal de admiración, mientras la miraba de arriba abajo y viceversa con graciosa exageración. Después, con cómica cara de asombro, exclamó:

—¡Preciosa! ¡Preciosa de verdad!

—Entre, Fred. En cuanto me ponga el abrigo estoy lista. ¿Dónde vamos? Es usted difícil de cazar en estos últimos tiempos.

—No se puede ser un hombre de importancia, Dolly. Estoy más ocupado que un importante «businessman».

Se hicieron conducir al restaurante Moneta, el de más importancia y lujo de todos los hoteles y restaurantes italianos de Nueva York.

El «*mâitre*» salió obsequioso al encuentro de la pareja.

—*Buona sere, signori! Teniamo riservata una mensa eccellentemente situata per voi* —dijo con voz meliflua, haciendo una exagerada reverencia.

Los jóvenes le siguieron, mirándose divertidos. En efecto, la mesa estaba excelentemente situada, algo separada de la orquesta, que desgranaba en aquel momento las dulces y melodiosas notas de un «slow». Un vistoso «*bouquet*» de rosas artificiales la adornaba.

Comieron con apetito, enfrascados en una animada conversación sobre temas intrascendentes, salpicada de buen humor. Fred se sentía verdaderamente feliz al lado de ella. Pero pensó en el inspector y una nube de tristeza y preocupación le nubló los ojos. Hizo un esfuerzo por aparecer alegre, mientras se devanaba los sesos buscando la manera de decirle que su padre había sido herido. Fingiendo despreocupación, y con objeto de preparar el terreno, dijo con tono ligero:

—Si no fuera por esta arriesgada profesión que tengo quizá, quizá, me atreviese a pedirla que se casase conmigo.

—Y ¿por qué no lo hace ahora? ¿Qué tiene que ver su profesión con nuestras relaciones? —animóle ella, con igual ligereza y una subyugadora sonrisa, que dejó en suspenso al joven.

—Porque estamos expuestos a ser heridos y hasta muertos cuando menos lo esperamos, con la consiguiente zozobra y constante preocupación por parte de la esposa que...

—Mi padre, como tantos otros, constituyó un hogar y ha vivido siempre feliz —interrumpióle ella, insinuante, añadiendo—: Además, ¿es que algún hombre tiene asegurada la vida en una ciudad de tan frecuentes accidentes de circulación y de todas clases? Es cuestión de criterios. Yo estaría orgullosa de que mi padre, mi hermano o mi marido, si lo tuviera, muriese con dignidad en el cumplimiento del deber, en lucha contra las fuerzas del crimen y los detractores de la Sociedad.

—Lo siente ahora, porque nunca se ha encontrado ante lo irreparable —remachó el joven, halagado por las palabras de ella y respirando satisfecho por aquella reacción que facilitaba su misión.

—No, Fred. Si considero glorioso el sacrificio por la patria en los campos de batalla, al cual están expuestos no ya todos los hombres, sino incluso las mujeres, dados los bárbaros medios y métodos de las modernas guerras, aún considero más digno y glorioso el sacrificio en aras de la seguridad interior, sin la cual no es posible la concordia, el trabajo ni el progreso material, intelectual y moral.

El agente especial aplaudió, fingiendo entusiasmarse, el discurso de Dolly, cuyas mejillas se habían ido arrebolando a medida que hablaba.

—Muy bien, muchacha, muy bien. Te debes dedicar a la política. Te aseguro que mi voto nunca te faltará —súbitamente se puso serio, siguiendo con la vista a dos individuos que se habían levantado de una mesa del fondo y se dirigían a la calle—. Tenemos que marcharnos enseguida, Dolly. Me parece que uno de esos sujetos me es enormemente interesante.

La muchacha siguió la dirección de la mirada de él, al tiempo que contestaba:

—Lléveme con usted, Fred. La persecución de un delincuente debe ser emocionante, aunque sólo sea para vigilarle. Papá nunca

me ha permitido participar en estas cosas.

El agente del

F. B. I.

asintió con un signo de cabeza al tiempo que se dirigía hacia la puerta. El camarero salió a su alcance. Pagó.

—Es la mejor manera de que se apresuren a acudir cuando se tiene prisa —dijo, cogiendo del brazo a la muchacha. Ella asintió con una sonrisa.

Bright y Frank Stone —pues de ellos se trataba— se introdujeron entre la compacta columna de viandantes que llenaba la acera de Mulberry Street. El diminuto abogado desapareció inmediatamente de la vista de los dos jóvenes, sumergido por las olas de los transeúntes de más aventajada estatura, entre los cuales se podía divisar holgadamente al atlético Frank.

Casi pisándoles los talones, en los lugares donde el tráfico de peatones era considerable, o a una prudencial distancia cuando era claro, el agente especial y su compañero siguieron durante más de diez minutos a los dos hombres, los cuales parecían no temer que les siguiesen. Por el gran parecido que tenía con la fotografía del álbum, Fred se fue confirmando en la creencia de que se trataba, en efecto, de Bright, y así se lo explicó a la hija de Kelly.

—¿No se confundirá, Fred? ¿Es posible que un falsificador y «gángster» peligroso vaya tan tranquilo por la calle?

—Nueva York es muy grande para que teman ser reconocidos. Aparte que, si no fuese por la acusación de su compañero, hasta ahora no había nada contra él.

En aquel momento los dos hombres entraron en un bar. Mirando un escaparate, los dos jóvenes esperaron a que saliesen. Cuando lo hicieron, unos minutos más tarde, Dolly tuvo que apoyarse en el brazo de Fred para no caerse, al tiempo que una gran palidez cubría su rostro. El agente no quedó menos sorprendido, pero con más dominio de nervios intentó serenar a la muchacha. ¡Del bar había salido Alf Kelly conversando animadamente con Bright y Stone!

—Posiblemente me habré equivocado y ese amigo de su hermano no sea el tal Bright. Tenga en cuenta que nunca lo había visto hasta hoy.

—Gracias, Fred. Sé que no siente lo que me dice y que está tan extrañado como yo de la sospechosa conducta de mi hermano, pues

no cabe la menor duda de que estaba citado con esos dos «gángsters».

Así debía ser, pues los tres hombres tomaron un «taxi» un centenar de yardas más allá. El agente se acercó a la calzada e hizo señas al primer «taxista» libre que acertó a pasar por allí, mientras tomaba nota mental de la matrícula del coche ocupado por los otros y le seguía con la vista en su desplazamiento, diciendo a la joven:

—Lo mejor es que se vuelva sola a casa; Dolly. Como le he dicho, me debo de haber equivocado; más quiero cerciorarme, y si no es así, y su hermano está siendo atraído por esa gente, le prometo arrancarle de sus redes y hacerle razonar.

El «taxi» acababa de parar frente a ellos. Los dos subieron. Ella en silencio; él ordenando con sequedad:

—Acelere y pase a todos los coches que pueda hasta que yo le indique lo contrario.

¡F. B. I.!

Las tres siglas de la prestigiosa organización policíaca obraron un maravilloso efecto. El conductor le miró con simpatía y el motor pareció encabritarse, arrancando bruscamente y alcanzando prontamente una endiablada velocidad. A pesar de la rapidez de los demás coches, pronto fueron quedándose atrás uno tras otro.

—Sitúese detrás de ese segundo «taxi» y no le pierda de vista bajo ningún concepto. No es conveniente que sus ocupantes se den cuenta de que son seguidos.

El conductor hizo una señal de asentimiento con la cabeza y ejecutó lo ordenado. Iba sonriente y seguramente era feliz, considerándose protagonista de alguna novela policíaca, a las que, sin duda alguna, debía ser aficionado, como todos los «taxistas», para matar el ocio de sus largas esperas.

Ambos jóvenes iban sumidos en sus propios pensamientos. Ella se había recobrado, aunque conservaba parte de la palidez. Sus ojos, fríos, ahora brillaban con determinación, que se mareaba también en sus contraídos labios. El reflexionaba buscando el medio de alejar de su lado a su obstinada compañera para que le dejara las manos libres.

—Por último, los dos coches, uno tras otro, enfilaron la Fifth Avenue y tomaron la calle Veinticuatro, donde el «taxi» perseguidor amainó la velocidad que le separaba del otro para no llamar

demasiado la atención debido al relativamente escaso tráfico. El coche delantero se detuvo frente al rascacielos donde estaba situada la sala clandestina de juego de Frank Stone.

El tahúr y sus compañeros se apearon. Alt miró hacia atrás, pero no debió extrañarse de ver un coche que se detenía en aquel momento unas ciento cincuenta yardas más atrás.

El primer «taxi» se quedó esperando, por lo que Fred dedujo que seguirían utilizando sus servicios. En consecuencia, se mantuvo en su asiento y, mirando la numeración de la casa que tenía enfrente, calculó, por los edificios que había hasta el rascacielos, el número de aquél, que anotó en un «block» de notas. Volviéndose a la joven, dijo:

—Es conveniente, Dolly, que se vaya usted a North Hospital. Esta mañana, en el frustrada atraco de que ya la he hablado, ha sido levemente herido su padre. La herida carece de importancia, pero él se alegraría de que fuese a visitarle.

La joven tuvo un sobresalto, pero con un visible esfuerzo consiguió dominar su reacción y esperó a que él terminase de hablar. Después dijo con tono extrañamente reposado, mirándole fijamente a los ojos, queriendo descubrir en ellos si decía la verdad:

—No me mienta, Fred. Estoy preparada para recibir cualquier golpe por fuerte que sea, pues nunca superará al que me ha dado Alf. ¿Es realmente leve la herida de mi padre o, por el contrario, está grave o tal vez muerto y toda esa pantomima de su invitación, como sus palabras, han sido para prepararme a recibir la fatídica noticia?

—No, Dolly. Es verdad cuánto la he dicho. La herida carece de importancia, según me han asegurado los médicos. Al principio también yo me asusté, porque el balazo lo recibió en el pecho, pero no ha interesado ningún órgano vital y los facultativos me han asegurado que dentro de dos o tres días saldrá del hospital en pleno período de convalecencia.

—Sí es así, más tarde iré a ver a mi padre. De momento quiero saber a qué atenerme respecto a mi hermano.

Fred no quiso insistir más. Sabía que sería inútil. En aquel instante salía a la calle Alf, seguido de Bright. Subieron en el «taxi», el cual arrancó seguidamente, dirigiéndose directamente a casa de Kelly, en Thirteen Street. Poco antes de llegar al domicilio del

inspector se paró y descendió el muchacho, caminando presuroso hasta su casa.

—¿Qué hará mi hermano aquí a estas horas en vez de estar trabajando en el Banco? —Extrañóse Dolly—. Y ese tipejo se ha quedado esperándole.

Unos minutos después Alf reapareció en la calle, marchando hacia el «taxi». Su hermana se dejó deslizar en el fondo del asiento para que no la viese. El joven parecía preocupado; subió en el coche después de echar una intranquila ojeada hacia atrás. Un cuarto de hora más tarde los automóviles se paraban de nuevo frente a la sala de juego de Stone, y Bright despedía a su «taxista».

—Espere un momento, Dolly —dijo el agente del

F. B. I.

—. Me informaré a qué habitación han subido y telefonearé para que unos agentes monten vigilancia frente a la casa. Nosotros iremos al hospital; pero no hable a su padre del extraño comportamiento de Alf. Sería disgustarlo por una cosa que quizá carezca de importancia.



NIÑO:
Ahora estas a tiempo de coleccionar
AVENTURAS DEL F. B. I.
¡MAGNÍFICOS Y VALIOSOS REGALOS!

de cera. Los otros, un poco distanciados, las manos en los bolsillos del abrigo, veían maniobrar a su compañero.

La llave giró silenciosamente y la puerta fue empujada levemente, abriéndose con cautelosa lentitud. Los rayos de una lámpara que pendía del techo de un diminuto «*hall*» iluminó las facciones de tres

«G-men»:

Fred, Brown y Smith. El primero hizo señas a los demás de que esperasen y avanzó de puntillas y con sigilo por el corto corredor que se abría en el «*hall*». Un hombre fornido y cara canallesca, el portero, leía una novelita recostado en un sofá. Sus ojos se agrandaron por el estupor al sentir una mano que le tapaba la boca y el frío cañón de un revólver que se apoyaba en sus sienes.

—¡Si gritas eres hombre muerto! —amenazó—. Fred con voz cortante y baja.

El portero tragó saliva y pareció serenarse un tanto al pensar que, si se le exigía silencio, no era de temer una detonación. Con habilidad, producto de larga práctica, el agente cacheó en un santiamén al hombre, ocupándole un revólver del treinta y ocho, que se guardó en el bolsillo del abrigo. Smith y Brown penetraron en aquel momento.

—¿Le cloroformizo? —preguntó el segundo. Y a una señal de asentimiento de Fred asestó un fuerte culatazo en el cráneo del portero, el cual, dobló la cabeza contra el respaldo del sofá con un ahogado y ronco gemido.

Por una de las dos puertas que daban al «*hall*» salía rumor de voces. Smith hizo girar el pomo y la abrió con suavidad. Un enorme salón profusamente iluminado se ofreció a la vista de los tres agentes especiales. Dos ruletas y gran número de mesas de tapetes verdes llenaban el local, que en su parte frontal presentaba un pequeño bar, con sus estanterías repletas de botellas, donde había varios hombres y dos mujeres bebiendo apoyados en el mostrador. Un poco más allá, una diminuta habitación acristalada con forma de taquilla, con un hombre de «*smoking*» fumando distraídamente un habano, y a sus espaldas, adosada al muro, una caja de caudales.

De pie, alrededor de las ruletas, y sentados frente a las restantes mesas, jugando al «*bridge*» y al «*bacarrat*», había una animada concurrencia de elegantes caballeros y alguna que otra dama.

Cuatro hombres, igualmente de «*smoking*», paseaban sus patibularias facciones con aire de policías urbanos por el ámbito del salón, dispuestos a participar a la menor queja en defensa de los intereses de la casa.

Los tres agentes, con las manos en los bolsillos, irrumpieron en la sala de juego, avanzando hacia el centro de ella Fred, con los músculos en tensión y la mirada atenta, y corriéndose a derecha e izquierda, siguiendo la pared, Smith y Brown.

Uno de los pistoleros «guardadores del orden» echóse la mano a la axila al descubrir la maniobra de los intrusos.

—¡Quieta esa mano, amigo! ¡Mi revólver se dispara solo! —amenazó Fred sin dejar de avanzar.

El «gángster» no tomó en consideración el aviso, y su brazo salió armado de una imponente «German Luger». Su terquedad le fue fatal. Sin sacar la mano del bolsillo, Fred apretó el gatillo. El forajido, con el pecho atravesado por el balazo, dio un traspie en zigzag, cual si estuviese beodo; su cuerpo se convulsionó, arrojando abundante sangre por la boca. Pese a ello, levantó vacilante el brazo armado, tratando de hacer puntería, y disparó. La bala salió muy alta, al tiempo que, sin vida, el hombre cayó en ridícula postura.

Sin preocuparse ya más de él, Fred «sacó» y gritó con voz estentórea:

—*Hold up everybody!*[5].

La casi totalidad de los jugadores, que se habían vuelto alarmados al oír el primer disparo, no se hicieron repetir la orden y levantaron los brazos, asustados. Los tres compañeros del muerto, el «barman», el del habano y el «croupier» de una de las ruletas, empuñaron simultáneamente sus armas, confiando en la fuerza del número.

Smith, al flanco del «barman», disparó una sola vez. Éste, con la cabeza perforada por el proyectil, murió apoyado sobre el mostrador. Fred y Brown tiraron contra dos de los «gángsters», los cuales quedaron fuera de combate. Los demás dispararon sus armas con precipitación, al tiempo que lo hacían los agentes por segunda vez. Brown recibió un tiro en un muslo y el «croupier» cayó para no levantarse más.

Otras armas salieron a relucir y pronto se organizó una barahúnda infernal de tiros, ayes de dolor y muerte, gritos,

juramentos, histéricos llantos de las damas, carreras, sillas y mesas volcadas y algún que otro angustiado llamamiento para que renaciese la calma, y, por último, elevándose sobre la confusión y el griterío, la voz atronadora de Fred:

—¡Ríndanse a la autoridad!

Ya fuese por la altisonante orden, ya por la impresionante figura de Fred al descubierto, de pie en el centro de la sala, como clavado al suelo, con las piernas separadas y sendos humeantes revólveres en las manos, impávido como dios de la destrucción, ya porque la desconcertante puntería y valor de los

«G-men»

les infundiese miedo y vieran en aquella orden la única manera de salvar la vida, lo cierto es que los cuatro «gángsters» que seguían ofreciendo resistencia arrojaron las armas y alzaron los brazos, rindiéndose.

Smith salió de detrás del mostrador y Brown se levantó con esfuerzo del lado de una mesa tumbada, desde donde habían estado disparando. De diferentes lugares del salón llegaban los desgarradores ayes de los heridos, que yacían o se revolcaban por el suelo. Seis «gángsters» habían pagado con sus vidas su resistencia a las fuerzas de la Ley. Otros tres y dos jugadores estaban heridos.

Sin una palabra y sin guardar el arma, Smith se dedicó a recoger las pistolas y revólveres abandonados en el suelo o sujetos en las crispadas manos de los cadáveres. Cuando terminó su tarea, Fred le rogó que los cachease uno a uno, haciéndolos pasar de una parte a otra del salón. Así lo hizo el joven, que aún recogió otras cuatro pistolas, tomando nota mental de sus poseedores.

—¿Quién es el dueño de este garito? —Inquirid Fred, guardándose las armas.

Nadie contestó, pero la mayor parte de las miradas de los jugadores convergieron involuntariamente en un hombre de unos cuarenta años, pulcramente rasurado, con indudable aspecto señorial dentro de su «frac», que trataba de pasar desapercibido entre los demás.

—Venga aquí —dijo el agente haciéndole una seña con las manos. El otro, después de cerciorarse que había sido localizado, obedeció—. ¿Cómo se llama usted?

—Gregory Colbert.

—Bien, eso ya se verá después. De momento cualquier nombre sirve. Abra la caja fuerte, ya que ha muerto el encargado de ella.

—Yo no conozco, la combinación. Sólo Mathew la sabía, y no es fácil que resucite para enseñárnosla —rió su propia gracia, mirando en son de reto al agente—. Creo que el entrar en una casa de juego no es motivo suficiente para emprenderla a tiros, matando o hiriendo a mansalva a los clientes y empleados de la casa. Temo que esto le acarreará algún grave disgusto, señor agente.

Las últimas palabras las pronunció con énfasis y con tono de velada amenaza. Fred tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse de abofetearle.

—Le aconsejo, Colbert, que mida el alcance de sus palabras. No es la paciencia una de mis virtudes. Abra esa caja inmediatamente. En caso contrario tendrá de qué quejarse durante algunos días.

—Usted cumpla con su obligación llevándonos detenidos. Nosotros ya nos encargaremos de salir bajo fianza. No puede usted obligarme a descifrar una combinación que no conozco.

Fred avanzó hacia el cínico con ánimo de golpearlo, pero uno de los jugadores, hombre calvo y regordete, con afán de congraciarse con los del

F. B. I.,
intervino:

—No diga que no conoce usted la combinación de la caja fuerte. Yo mismo se la he visto abrir en varias ocasiones.

Colbert y sus secuaces dirigieron una mirada asesina al delator. Fred, pensándolo mejor, empuñó un revólver y apuntó a la cabeza del tahúr.

—Le doy de tiempo hasta que cuente cinco para que elija entre abrir la caja o morir. No espere que me tiemble el pulso —hizo una breve pausa y contó con lentitud—: Uno, dos...

Un silencio sepulcral se hizo entre los espectadores. Nadie dudaba, después de haberle visto actuar un rato antes, de que cumpliría su promesa. Colbert, erguido, mirándole fijamente a los ojos por ver si rubricaban su sentencia de muerte, aguantó impávido hasta que contó tres; pero entonces, leyendo la decisión en los ojos del

«G-men»,
palideció hasta la lividez y sus labios entreabiertos iniciaron un

temblor que se acentuó al sonar fatídicamente el cuatro, precursor del número fatal. La tensión de los expectantes era insostenible. La atmósfera estaba cargada de hálito de tragedia. Una mujer estalló en un prolongado histérico chillido, a cuyo conjuro todo pareció venirse abajo. Colbert, los ojos desmesuradamente abiertos y la respiración jadeante, levantó la diestra a la altura de la cabeza, temblando todo su cuerpo, al tiempo que intentaba hablar, sin conseguirlo. Un espectador con aspecto de comerciante acaudalado prorrumpió en estridente, nerviosa y enfermiza carcajada, y los demás suspiraron profundamente, desmadejados los cuerpos.

Las nubes de tragedia se habían disipado, así como aquella electrizante tensión nerviosa. Sin embargo, todos guardaron silencio, convertido el anterior respeto en terror. Colbert, sin abandonar su lividez, arrastrando los pies y el rostro idiotizado, avanzó hacia la caja fuerte, seguido por la negra boca del revólver y la mirada dura de Fred.

El tahúr se arrodilló junto a la caja e hizo girar el disco hasta que, con un leve chasquido, se abrió.

—Telefonea a la División. Que envíen una ambulancia y dos o tres coches celulares para recoger a toda esta gente —rogó Fred a Smith, guardándose el revólver.

Colbert se había quedado inmóvil cubriendo la puerta de la caja fuerte con su cuerpo, cual postrero esfuerzo por guardar su secreto. El agente del

F. B. I.

lo separó de un empujón y dejó al descubierto el interior, con un departamento materialmente repleto de fajos de billetes, y otros fajos, menos numerosos, en otro. Cogió un paquete de los primeros y miró un billete al trasluz.

—Lo que suponía, Brown —dijo, volviéndose hacia éste, que se había acomodado en una silla y se taponaba la herida con las manos para cortar la hemorragia—. Cobran las fichas con buena moneda y las pagaban con billetes falsos.

Sus palabras levantaron una ola de indignación entre los jugadores, los cuales hacían los más sabrosos comentarios, insultando a los estafadores, hasta que Smith les hizo callar.

La ambulancia y los coches celulares no se hicieron esperar mucho. Fred dio instrucciones a los agentes que llegaron, los cuales

se hicieron cargo de la redada, llevándose también el armamento intervenido y el contenido de la caja de caudales, tras levantar un rápido inventarlo.

El día siguiente fue pesado para Fred Ferguson. La mañana la empleó, en compañía de otros agentes, en tomar declaraciones a los numerosos detenidos la víspera. Los que habían ofrecido resistencia armada y los que, sin ofrecerla, iban armados, fueron encerrados en celdas individuales, y ahora eran sometidos a un riguroso interrogatorio, que dio un resultado aceptable, siendo, sin duda, la de Colbert la declaración más interesante, pues reconoció que todos los billetes falsos los recibía de Bright, en cuya busca se desplazaron varios agentes con orden de detención.

Por los informes de Brown y Smith del día anterior, el abogado ya no vivía en la casa que constaba en su ficha, domicilio que había fijado al terminar su condena. La casa de Frank Stone estaba vigilada por un agente, que se turnaba en servicio permanente desde que vieron entrar en ella a Bright.

Después de una ligera comida en una «*eating house*», Fred se hizo llevar a casa del inspector Kelly, no tanto por ver a éste, a pesar de cuánto le apreciaba, como por conversar con Dolly, a la que no había visto desde hacía cuatro días.

De naturaleza fuerte, el inspector había recobrado sus energías, y aun conservando vendado el pecho para resguardar la herida, que todavía no se había cicatrizado por completo, se sentía fuerte y dispuesto a reincorporarse a la lucha. Recibió con alegría a Fred, a quien pidió que le informase de todo cuanto había sucedido desde que cayó herido.

Naturalmente, el joven silenció cuanto se refería a Alf, y consultó unos cuantos aspectos del caso, tanto por deferencia como por la indudable valía y experiencia del inspector. Fred notó que Kelly sufría una depresión moral, que no era lógico suponer que obedeciese a la herida, y deseaba hablar con Dolly, temiendo que le hubiese comunicado las andanzas de su hermano.

La muchacha había ido a realizar unas compras y no tardó en regresar. Traía la cara descompuesta, y más que con alegría, como tenía por costumbre, saludó al joven con ojos que reflejaban una mezcla de preocupación, amargura y complicidad.

Tras los saludos de rigor y alguna que otra broma, no

correspondida con espontaneidad por ella, Fred propuso que le acompañase a comprar unos regalos para una sobrinita, para lo que él tenía un gusto deplorable. La joven aceptó complacida, como si no esperase sino una excusa para hablar a solas con él. Unos instantes más tarde caminaban por Thirteen Street, en busca de un lugar que les permitiera hablar con tranquilidad, que encontraron en una apartada mesa de un bar.

—Dolly, ¿qué le pasa esta tarde? La encuentro preocupada y huraña.

—He estado con el señor Richardson, el director del Banco donde trabaja Alf. Fui allí porque, después de pensar mucho, temí que aquellos sujetos del otro día lo que pretendían era robar el Banco, para lo que buscaban la complicidad de mi hermano. Muy veladamente he insinuado algo, muy poco; pero el señor Richardson, después de fingir que consultaba una ficha y unas notas, ha mentido descaradamente al decir que Alf tiene un comportamiento excelente, sin haber perdido ni un solo minuto de trabajo, cuando a mí me consta que falta a él con frecuencia.

—Eso no tiene importancia. Tal vez el jefe de personal no sea demasiado riguroso con su hermano, por cualquier circunstancia, y no de parte de sus faltas a la dirección.

—Quizá tenga usted razón, Fred; pero ese individuo no me gusta nada...

—Y yo, ¿le gusto? —interrumpiéndola.

—Menos que él todavía. Éstos no son momentos para bromas. Hay algo en la amabilidad pegajosa de ese Richardson y en su cara que me hace dudar de su honorabilidad.

—¡Bah! Suposiciones sin fundamento, que a nada conducen. No se puede actuar contra las personas por corazonadas. ¿Ha insinuado algo a su padre, Dolly? Parecía que está abatido por alguna preocupación grave.

—No, no le he dicho nada. Pero, desde luego, no está normal. Anoche se encerró en su despacho con Alf, durante más de media hora, y no quiso cenar. Mi hermano salió lívido, y se marchó inmediatamente después, sin que haya regresado hasta ahora. Yo estoy desesperada.

Los dos jóvenes guardaron un embarazoso silencio, que cortó ella, con voz angustiada.

—¿Por qué no me ayuda a salvar a Alf? —suplicó—. Nunca ha sido malo, y no comprendo qué es lo que puede haberlo trastornado desde que ha terminado sus estudios. Hace un par de meses se ha vuelto trasnochador, huraño, huidizo y ha perdido la alegría que era habitual en él.

Fred la miró preocupado. No solamente la ayuda que le solicitaba, sino hasta la vida, daría por aquella mujercita adorable, a la que siempre había tratado como a un amigo más, pasando deliciosos momentos junto a ella, por su carácter rebelde y subyugante simpatía. Desde hacía algún tiempo sospechaba que no solamente la amistad, sino algo más profundo, más íntimo aún, era la causa de la atracción que le empujaba hacia ella. Tardó en contestar:

—Le prometo, Dolly, que no cejaré hasta que su hermano se haya regenerado, caso de que necesite tal regeneración, porque hasta ahora todo son suposiciones carentes de fundamento. Alf está en la peor de las edades y en la más peligrosa. A los veinticuatro años uno se siente un hombre formado, porque cuerpo ya lo está, y quiere equipararse a los demás hombres, sin tener en cuenta la falta de experiencia y criterio propios...

Un camarero se acercó. Fred cortó el hilo de su conversación para pedir la consumición. Después continuó:

—Esa edad es la de las grandes revoluciones anímicas. Las inevitables injusticias sociales, el lujo y esplendor de los que han triunfado, el amor puro o impuro de las mujeres, los placeres desordenados, los grandes ideales y empresas humanas hacen una mella profunda en el alma que se encuentra en período de formación. El camino que se siga depende tanto de su tendencia innata como de su formación anterior, el ejemplo en el hogar, las compañías que se elijan y los medios con que se cuente. Las facciones políticas y revolucionarias que pretenden eliminar las injusticias sociales encuentran en estos jóvenes un campo abonado para hacer prosélitos que saquen las castañas del fuego a sus aprovechados dirigentes, que, salvo contadas excepciones, no persiguen sino el lucro personal. Frente al lujo y esplendor de los pudientes, reaccionan, ya queriéndolo destruir, cayendo en el campo de disolventes teorías, ya queriéndolo disfrutar sin sacrificios, por el robo y el crimen, que les permitan los más

desbocados placeres, ya sirviéndoles de estímulo para luchar honradamente por su consecución, lo cual impulsa al progreso. Pero lo que sin duda influye más en esa edad son las mujeres, capaces de impulsarles a los más grandes o a los más abyectos ideales y obras.

—¿Qué cree usted, que ha caído muy bajo y sería capaz de todo? —preguntó ella, aún más angustiada por sus palabras.

—No —la tranquilizó él—. Lo más probable es que por mediación de alguna mujer haya trabado amistad con Bright y sus secuaces, que habrán visto la posibilidad de utilizarlo para algún fin concreto, en cuyo caso estarán ahora en período de convencerle o de comprometerle sin que él mismo se dé cuenta. Es posible incluso que se trate de una amistad circunstancial que carezca en absoluto de importancia.

Siguieron conversando por espacio de media hora. Fred no sabía cómo quitar la preocupación de los bellos ojos verdes. Se le ocurrió que tal vez distrayéndola...

—Ante todo, yo tengo un espíritu comercial, Dolly. La he prometido preocuparme de su hermano, pero no haré nada en ese sentido a menos que usted me lo pague de alguna manera... Le propongo un convenio. A cambio de mi trabajo, usted tiene que mostrarse alegre como de costumbre y venir conmigo al teatro esta tarde. En el Ambassador representan una comedia interesantísima.

—Lo siento, Fred, pero hoy no estoy de humor para ir al teatro. Además, no es conveniente que deje a mi padre solo.

Fred era testarudo, y al final ella aceptó. Telefoneó el joven al inspector Kelly, quien más bien pareció alegrarse de la decisión de ambos jóvenes.

«My Little Wife», la comedia, resultó muy divertida, y Dolly acabó por reír a mandíbula batiente, olvidando todas sus preocupaciones. Cuando salieron del teatro eran las diez de la noche. Un «taxi» les llevó a casa de la joven. Vivía en el tercer piso. Tomaron el ascensor. Súbitamente un chillido histérico, agudo y horripilante, se escapó de la garganta de Dolly, al tiempo que retrocedía hasta tropezar con las paredes del ascensor, con rostro y ojos horrorizados.

Fred pulsó el botón de parada, mientras preguntaba alarmado:

—¿Qué le pasa, Dolly? ¿Qué ha sido?

La aludida señaló con un dedo tembloroso a través de los

cristales de la caja, incapaz de articular una sola palabra. El agente miró en aquella dirección y un escalofrío recorrió su medula espinal. ¡En medio del descansillo, entre el primero y segundo pisos, sobre un charco de sangre, había un hombre muerto!

Pulsó el botón del segundo piso, y tan pronto como se detuvo el ascensor, descendió precipitadamente las escaleras, seguido por la temblorosa Dolly, atraída por una curiosidad morbosa.

El cadáver estaba boca arriba, con los brazos en cruz, la cabeza colgando sobre el peldaño inferior y los ojos, cristalizados por la muerte, desmesuradamente abiertos por el terror, que era reflejado igualmente por su cara, contraída en horrible mueca. El abrigo, a la altura del corazón, estaba empapado de sangre coagulada, la cual se prolongaba hacia el costado y terminaba en el charco del suelo. Fred apretó las mandíbulas y sus ojos se volvieron acorados al reconocer a aquel hombre. Era Wharton, uno de los agentes del F. B. I., que había sido encargado de la búsqueda de Bright.

—Es uno de mis compañeros; un buen muchacho —informó Fred, apesadumbrado, cogiendo de un brazo a Dolly, que miraba como fascinada el cadáver—. Serénese y subamos a su casa. Avisaré a la División.

—Es... es horrible. ¡Desgraciado! Ha sido él —exclamó ella entre sollozos.

—¿Quién?

—Mi hermano. Tenía usted razón: es un...

—¡Vamos, Dolly! No se ponga así. Aún es demasiado pronto para opinar.

Habían llegado al tercer piso. La joven sacó un llavín del bolso y abrió la puerta. La casa estaba sumida en la más completa oscuridad. Ella se alarmó, temiendo que le hubiese sucedido algo a su padre, y tras encender la luz, corrió como una loca a lo largo del corredor, seguida por él. El inspector estaba en su dormitorio, durmiendo, vestido, sobre la cama. Su hija le zarandeó.

—¿Qué pasa? ¿Qué maneras son...? —se interrumpió al ver a Fred—. ¿Suced algo?

En pocas palabras el joven le informó del hallazgo macabro. Los dos hombres se dirigieron a la escalera. La reacción del inspector al ver el cadáver fue normal.

—Fred, suba a casa y avise al jefe y a la División para que vengan a recoger al pobre Wharton y a cumplir los requisitos de estos casos. Entre tanto, yo interrogaré a los vecinos del primer piso.

Cuando Fred regresó, después de telefonar, halló al inspector en el mismo sitio, de pie junto al cadáver. Vio expectación dibujada en su rostro, por lo que se apresuró a decir:

—Dice el jefe que inmediatamente vendrá él en persona; que no toquemos ni hagamos nada hasta su llegada.

El inspector había sufrido una profunda transformación en los breves instantes que había durado la ausencia de Fred. Una palidez cadavérica cubría su semblante y aparecía anonadado, mirando como idiotizado el ensangrentado cuerpo.

Apenas habían transcurrido diez minutos, se presentó Lawrence, el jefe de la División del
F. B. I.

de Nueva York. Saludó con gravedad y procedió a inspeccionar el cuerpo del muerto. Kelly y Fred le miraban en silencio.

—Haga venir al forense, fotógrafos y especialistas en huellas dactilares, Ferguson.

—Ya los avisé, señor. No creo que tarden en venir.

—¿Han interrogado a los vecinos?

—No, señor. Me he limitado a cumplir sus órdenes.

El interrogatorio de los ocupantes del primero y segundo pisos no aportó el menor dato. Todos coincidían en no haber oído el disparo, y nadie se había dado cuenta de la presencia del asesinado. Un joven apellidado Norton, que habitaba en el segundo piso, aseguró que a las nueve y cuarenta minutos había subido por las escaleras, por no esperar a que bajase el ascensor, sin encontrar el menor rastro del muerto en el rellano.

Volvieron a la escalera. De pronto, Lawrence, que estaba mirando con ojos escrutadores el rostro descompuesto del inspector, preguntó a boca de jarro:

—¿Qué sabe usted de esta muerte, Kelly?

El inspector tuvo un ligero sobresalto y agachó la cabeza antes de balbucir:

—Yo, nada; yo no sé nada. Solamente lo que me ha dicho Ferguson.

—¿Quiere enseñarme sus armas?

Kelly fue a por ellos, y no tardó en regresar con una pistola de reglamento, que entregó a su superior. Éste sacó el peine, contó las balas y olió la cámara de gases. Luego lo volvió a colocar todo en su sitio y se la entregó a Fred.

—Guárdela usted, de momento —dijo, y dirigiéndose de nuevo a Kelly—. ¿No tenía usted un revólver?

—Sí, señor pero hace algún tiempo que no lo uso. Voy a bajarlo.

Lawrence siguió a Kelly, y Fred, a los dos, hasta la habitación del primero. Por más que éste rebuscó, no pudo dar con el paradero del arma. Procedieron a registrar las habitaciones a una orden del jefe, y tras mucho buscar, apareció el revólver oculto en el fondo del asiento de un sillón del dormitorio de Alf, donde había sido introducido arrancando uno de los clavos del tapizado, que no había sido repuesto.

Lawrence, que fue quien hizo el descubrimiento, púsose unos guantes linos que llevaba preparados, y extrajo el arma. Se llevó la boca del cañón a la nariz, y dio un gruñido de satisfacción. Después miró el tambor.

—Wharton ha sido asesinado con este revólver. Tiene un cartucho vacío que aún huele a pólvora. ¿Cómo puede usted explicar esto, Kelly?

El aludido no contestó. Limitóse a levantar los hombros ligeramente, como renunciando a defenderse. Parecía haber envejecido en unos segundos. Tenía los brazos colgantes, lacios, y las piernas temblorosas, sin fuerzas para sostenerle. Como un espectro salió detrás de los otros dos. Fred extrañóse de no ver a Dolly, con quien, por otra parte, temía encontrarse, dado el cariz que iban tomando los acontecimientos.

Los vecinos interrogados no habían podido refrenar su curiosidad, y escalera arriba y abajo del muerto, a unas yardas de distancia, lo contemplaban haciendo comentarios. Un grupo de personas subían y sus pisadas se oían a la altura del primer piso. Era el forense, regordete y pelirrojo, acompañado de otros cuatro hombres con máquinas fotográficas o sendos maletines.

Los espectadores se arrimaron a la pared, dejándoles el paso libre. Lawrence, tras corresponder al saludo de los recién llegados, rogó a los curiosos que se retirasen a sus respectivos domicilios,

pero sólo consiguió que se retirasen unos peldaños más, para volver sobre sus pasos al poco rato.

Una potente lámpara que traían los del equipo iluminó el cuerpo del yacente. Todos se inclinaron sobre él, tratando de descubrir alguna huella o indicio que les diese una pista. Un momento después, el jefe del

F. B. I.,

ordenó que sacasen fotografías del muerto desde distintos ángulos, y entregó el revólver de Kelly a los del equipo de dactiloscopia, y él mismo dio la vuelta al cadáver, el cual quedó de espaldas.

La bala había quedado incrustada en el interior del cuerpo, pues el abrigo no presentaba, por aquella parte, ningún orificio de salida. En cambio, la mayor parte de la espalda estaba manchada de sangre del charco que había en el suelo. Fred se agachó y lo miró con detenimiento. El charco era grande y se extendía por casi todo el lugar que había ocupado la espalda del desgraciado, Wharton. El mayor espesor correspondía a la parte izquierda del cuerpo; pero en la derecha se notaba alguna salpicadura en forma de gotas aisladas.

—¿Tenemos que tomar alguna fotografía de las huellas que puedan existir en la ropa o alrededor del muerto? —preguntó uno de los del servicio de dactiloscopia.

—No hace falta. He sido yo quien lo he matado.

Todos volvieron la vista, asombrados. El inspector Kelly, desmadejado, miraba al vacío con unos ojos que parecían haber perdido la vida.

—¿Qué motivos tuvo para matarlo? —se apresuró a preguntar Lawrence.

—Eso no viene al caso. Antiguas rencillas particulares, que nada tienen que ver con el servicio.

Lawrence y Fred lo miraron con incredulidad. Conocían de sobra el carácter bondadoso y ecuánime del inspector, y no creyeron ni una sola palabra de cuanto dijo. El primero, después de unos instantes de general silencio, ordenó:

—Saquen fotografías del cuerpo en esta postura y del charco de sangre, y ustedes traten, después, de hallar huellas en los sobacos y en los tobillos, por si ha sido asesinado en otro lugar y transportado posteriormente aquí.

Fred le dirigió una mirada de simpatía, y mientras los demás

ejecutaban lo ordenado, siguió mirando, como fascinado, la sangre derramada. El cuerpo fue colocado en la misma postura que tenía cuando fue hallado, y el forense examinó la herida y trató de doblar las articulaciones.

—Éste ha muerto hace una hora aproximadamente, por un tiro a quema ropa, disparado transversalmente, que le ha atravesado el corazón, produciéndole la muerte instantánea. La bala debe de haber tropezado con alguna costilla y se ha quedado incrustada en el cuerpo. Juraría...

—No se molesten en hacer más hipótesis ni averiguaciones. Ya les he dicho que fui yo quien le mató —intervino Kelly, manifestando interés en que quedase patente su culpabilidad.

—Está bien, Kelly. Usted lo ha querido. Tengo la seguridad de que pretende desviar nuestra atención del verdadero asesino. Pero, sin menoscabo de que pongamos todo esto en claro, queda usted detenido. Hágase cargo de él, Ferguson.

—Señor Lawrence, ¿me permite que me despida de mi hija?

—Sí, vaya usted —hizo una seña a Fred para que le siguiera. Antes de hacerlo, el joven agente, tras pedir autorización, sacó una hoja de afeitar y desprendió una poca sangre del reborde de la herida, que guardó cuidadosamente en un papel que arrancó de su «block» de notas. Después, utilizando el otro corte de la hoja, repitió la operación con la sangre del cuajado charco del suelo, repitiendo aún lo mismo con las gotas esparcidas bajo la espalda del muerto.

Los demás miraban sorprendidos cómo el joven se guardaba los tres papelitos y se alejaba en pos del inspector.

Dolly estaba sentada en un sofá del saloncito, con la cabeza apoyada en la palma de la mano, en actitud meditativa. Seguía pálida, más su rostro expresaba firmeza, al igual que sus ojos fríos y acerados ahora. Levantó la cabeza al oír las pisadas de su padre, seguidas por las de Fred.

—Te llevan detenido, ¿verdad? —dijo, sin inflexiones en la voz.

—Sí, Dolly; me he declarado culpable. Tú me conoces bien. Recuérdate siempre como sabes que he sido y soy, y no te olvides de decir a Alf que os quiero mucho, quizá demasiado. Dios quiera que el recuerdo de mi cariño os sirva de estímulo para seguir el camino recto.

—Ve tranquilo, papá. Poco he de poder si no consigo sacarte

pronto de la prisión.

Pese a los visibles esfuerzos de Dolly por aparentar tranquilidad y firmeza, su voz sonó quebrada por la emoción, y el llanto, inútilmente contenido afloró a sus ojos, cual divina bendición.

**En todos los buenos quioscos venden
AVENTURAS DEL F. B. I.
Los malos quioscos venden malos
cuadernos infantiles**

V



A noticia del encarcelamiento de su padre produjo una profunda impresión en el ánimo de Alf Kelly. Su iniciada vida de perdición había adormecido, pero no roto, las cuerdas sensibles de su alma. Bajó precipitadamente las escaleras de su casa, tintineándole aún en los oídos las acusadoras palabras de su hermana. No hallando ningún «taxi» libre en Thirteen Street, caminó a grandes zancadas, desesperado, en dirección a la Quinta Avenida, donde tenía la seguridad de hallarlo.

Mil encontradas ideas bullían en su mente, por lo que no pensó siquiera en volver la cabeza por ver si era seguido, saludable costumbre que había tomado desde que había atravesado el sinuoso «no man's

land»[6] más o menos flexible establecido por la Ley. Por ello, no pudo divisar a Fred Ferguson, que, cincuenta yardas detrás y a su mismo paso, le seguía adosado a las paredes de las casas para ocultarse en cualquier quicio en caso necesario.

En la esquina de la Fifth Avenue tomó un «taxi» que terminaba de dejar a un caballero allí mismo. Fred aceleró aún más el paso, y no viendo pasar ningún coche de alquiler libre, hizo parar al primer turismo particular que acertó a pasar. Iba ocupado por dos señores, los cuales se ofrecieron espontáneamente en cuanto vieron el distintivo del

F. B. I.

El magnífico «Hudson» no tardó en dar alcance al «taxi» de Alf, el cual casi, violando el límite de velocidad permitido, alcanzó la Octava Avenida y enfiló una transversal de casas bajas, en general, con algún que otro rascacielos y pésima iluminación, disminuyendo ostensiblemente la marcha. Fred ordenó al conductor que aminorase la velocidad del coche para quedarse rezagado. La orden fue oportuna, pues el «taxi» se paró un poco más allá, siendo imitado por los perseguidores a una distancia prudencial.

Alf se apeó, se entretuvo unos segundos pagando al taxista y desapareció en una casa. Fred corrió hacia allí, de puntillas, llegando a tiempo de oír un portazo en el segundo piso. Subió apresuradamente y pegó el oído a la puerta. Como no oyese el menor ruido, probó varias ganzúas, hasta que la cerradura, con un leve chasquido, cedió.

Un pequeño «hall», coquetonamente amueblado, presentaba dos puertas y un estrecho corredor, al que daba paso un cortinaje de raso verde. Fred hizo oído, aplicando éste en aquéllas, y no oyendo nada, se dirigió al pasillo. Un taconeo menudo y ligero le hizo esconderse con precipitación detrás del cortinaje descorrido de la entrada del corredor. Una elegante doncella se dirigía hacia el «hall». Al entrar en él, se sintió abrazada por detrás por un fornido brazo, cuya mano le tapó la boca, al tiempo que una pistola pasaba ante sus ojos, y luego se la apoyaba en la nuca. El terror clavó sus garras en la joven. Dio grito de pánico, ahogado por la mano, y quedó inerte, sin sentido, en los brazos del atacante.

Fred depositó el inanimado cuerpo unos pasos más allá, y avanzó con sigilo por el corredor, al que llegaban las voces de Alf.

Orientado por ellos, llegó hasta una puerta: hizo oído.

—... ni una palabra. Mientes, Bess. Tu cariño es fingido, como fingida ha sido la amistad y el desinterés de Frank y de todos los vuestros. Tú has servido de cebo, y lo único que pretendíais era hundirme y utilizarme como instrumento ciego contra mi padre —decía, colérico, la voz de Alf.

—Eres injusto, querido —decía Bess, ronroneante cual gata mimosa—. Necesitas estar ciego para dudar de mi amor. Y en cuanto a lo del revólver, te juro, Alf, que aquí no lo dejaste. Te lo deben haber quitado por ahí, alguien que tuviera alguna cuenta pendiente con tu padre y se ha querido vengar.

—Fuiste tú la que me incitaste a que lo llevase encima y me lo quitaste mientras me engatusabas con tus caricias. Cuando salí de aquí ya no lo llevaba. Y han sido tus amigos los que han matado a ese agente en mi propia casa y con el revólver de mi padre, que habéis escondido para hacerle creer que era yo el asesino, o a la Policía que éramos uno de los dos.

—Pero eso es absurdo, Alf. ¿No comprendes que nosotros no podíamos matar a ese del

F. B. I.,

en tú propia casa, puesto que las sospechas podían, lógicamente, recaer sobre ti, que nos conoces y nos podías descubrir? Además, a pesar del poco tiempo que llevas con nosotros y de que únicamente te has dedicado a divertirme y a gastar a tus anchas para dar salida a los billetes falsos, devolviéndonos el dinero bueno del cambio, puedes haberte formado una ligera idea de la magnitud de nuestros negocios y recursos de acción. Si es así, comprenderás que podíamos haber «despachado» a tu padre como a los agentes del

F. B. I.

que nos interesara «liquidar», en el momento que hubiese ordenado el «boss», sin necesidad de recurrir a ese complicado y peligroso juego.

—El juego que os traigáis entre manos lo desconozco; pero de lo que sí podéis estar seguros es de que en lo sucesivo no solamente no colaboraré con vosotros, sino que os combatiré con todas mis fuerzas hasta descubrir al asesino de ese hombre y entregarlo a la justicia para libertar a mi padre.

—Ten cuidado en lo que haces, no te vaya a pesar. Me resultas

más niño e inconsecuente de lo que pensaba. Por una parte, tus suposiciones de nuestra intervención en lo de tu padre son absolutamente falsas y ridículas. Además, creo que no te das cuenta de tu delicada situación. Sí vas con el «soplo» a la «bofia», nadie te libraría de unos cuantos años de presidio en

Sing-Sing,

pues no solamente te considerarán como falsificador, sino que has sido tan cándido e idiota, que con tu alocado afán de recuperar el dinero que habías perdido a la ruleta, firmabas papeles en blanco para que Frank te prestase dinero...

—Prefiero purgar yo mi debilidad que no ver a mi padre morir en la silla eléctrica por un crimen que no ha cometido. — Interrumpió con fogosidad Alf.

—No te excites y razona un poco más —la voz sonaba lenta, con refinada crueldad—. Me parece recordar que uno de esos papeles, que firmaste en blanco, se ha convertido en un documento algo comprometedor contra ti. Creo que si lo leyese, tendrías menos escrúpulos de conciencia y te preocuparías menos por la suerte de tu pa...

Un chillido estridente rasgó los aires con una nota de tragedia.

—¡Maldita arpía! Ahora mismo me dirás qué conjura diabólica habéis tramado contra mi padre y contra mí, si no gozaré contemplando tú bífida y repugnante lengua de víbora. ¡Dime! ¿Qué documento es ése? —Su voz sonaba con rabia, inflexionada por el esfuerzo que estaba realizando—. Tú sabes quién ha asesinado al agente; dímelo o te termino de ahogar.

Fred hizo girar la manilla de la puerta. El espectáculo que se ofreció a su vista le hizo estremecerse, a pesar de que lo había imaginado; tendida en una «chaise longue», una mujer rubia, Bess, exhalaba espasmódicos e inarticulados sonidos guturales. Su rostro, desencajado por el terror, estaba congestionado, con manchas violáceas; su boca, abierta y llena de espuma, señalaba síntomas de asfixia, y sus ojos, desmesuradamente abiertos, miraban, preñados de espanto y odio, a Alf. Éste, inclinado sobre ella, los ojos chispeantes e inyectados en sangre, las mandíbulas fuertemente apretadas, haciendo rechinar los dientes, seguía presionando la garganta de ella a impulsos de su furor.

Fred empuñó su revólver y avanzó hacia ellos, al tiempo que

ordenaba con voz imperiosa:

—¡Arriba las manos, Alf! ¡Ya está bien!

Kelly prosiguió su trágica tarea con plena inconsciencia de todo lo que no fuese su exterminadora obra. El agente especial corrió hasta él, y dándole un fuerte tirón del hombro, repitió la orden:

—¡Suelta a esa mujer o disparo, Alf!

El joven soltó su presa y retrocedió unos pasos, dejando caer los brazos con abatimiento. Fred lo cacheó someramente, y viendo que no iba armado, dijo:

—Siéntate. Después hablaré un poco contigo.

Bajo los vigilantes ojos de Fred, Alf fue a sentarse en un sofá. Al hacerlo, dirigió una mirada de odio a Bess, y la angustia se reflejó en su rostro.

—¡Cuidado, Fred! —gritó.

El agente del

F. B. I.,

se dejó caer al suelo con rapidez, apoyándose en el antebrazo izquierdo, al tiempo que volvía la cabeza y el brazo amado. La velocidad de su reacción ante el oportuno aviso le salvó la vida. Al mismo tiempo había sonado un disparo y el proyectil, con su macabro silbido, pasó unas pulgadas por encima de su cabeza. Sin ningún miramiento apretó el gatillo, y Bess, que, tambaleándose, había alcanzado su bolso y empuñaba una pistolita de salón, lanzó un grito de dolor y, alcanzada en la mano armada, dejó escapar la pistola.

De cuatro zancadas, Fred llegó a su lado y recogió el arma del suelo. La rubia retrocedió unos pasos y acabó por caer extenuada por el intento de estrangulamiento y el dolor del balazo, sobre la «chaise longue». Fred extrajo unas esposas del bolsillo y se las aplicó a las muñecas.

—¿Hay teléfono en la casa, Alf?

—Sí. Está en ese gabinete de al lado. ¿Qué vas a hacer? No llames a la División; antes quiero hablar contigo.

—No te apures. He oído la conversación que has tenido con Bess y conozco todo cuanto te ha pasado y tus propósitos de regeneración. Voy a pedir que vengan a llevárselas, porque yo también quiero hacerte una proposición, que espero que aceptarás gustoso.

Fuese al teléfono, y unos instantes después estaba de vuelta.

—¿No vive nadie más en la casa?

—No. Sólo ella y una muchacha que le sirve para todo.

Esperaron, sin querer hablar de lo que les interesaba hasta que se hubiesen llevado a las dos mujeres. Unos minutos más tarde sonó el timbre de la puerta exterior. Fred salió a abrir. Era White.

—Veamos esos peces que has pescado, Fred. ¿Son gordos? —dijo a especie de saludo.

—¡Psch! Uno de ellos sí parece de importancia. Tenedlas incomunicadas rigurosamente. Interesa que no tengan la menor relación de ninguna clase con el exterior. Eso es de vital importancia. ¿Estarás en la División el resto de la noche? Posiblemente me haga falta.

—En ese caso, me quedará allí. Llámame pronto, porque tengo unas ganas bestiales de desentumecer los músculos...

Habían llegado junto a la doncella, que comenzaba a recobrar el conocimiento y pestañeaba, como asombrada de encontrarse en el suelo.

—Ponla tus esposas. Ésta es la menos peligrosa, según las apariencias; pero ya sabes que suelen engañar con frecuencia. No te vaya a morder un dedo en cuanto te descuides.

Entre los dos agentes hicieron descender a las dos mujeres y las subieron en un coche oficial del

F. B. I.,

que aguardaba en la calle.

—¿Qué hace el hijo del inspector ahí arriba? —preguntó White, intrigado.

—Nada; venía en compañía mía.

Alf levantóse a la entrada de Fred. Su excitación nerviosa había desaparecido y parecía algo avergonzado. Comenzó a excusarse de su falta de carácter, que le había hecho caer en las redes tendidas por aquellos criminales.

—No te justifiques —le Interrumpió Fred—. Hace días que tu hermana y yo lo suponíamos, porque te habíamos visto en compañía de Bright y de otro individuo alto y fuerte. Y temo que tu padre sabía mucho más que nosotros y ha sido por un bello gesto de sacrificio paterno por lo que se ha declarado culpable del asesinato de Wharton, creyendo que lo habías cometido tú. Tu padre sabe que

ese rasgo suyo le llevará a la silla eléctrica, y que derriba en un instante el castillo de recios cimientos levantado a fuerza de probidad, integridad y desvelos que, con admirable constancia en sus muchos años de servicio a la justicia, le había granjeado el respeto y la simpatía de sus superiores y subordinados. Pero pese a todo esto, ha querido que su sacrificio, demostrándote su gran cariño, no solamente te salvase de la silla eléctrica, sino que te hiciese regenerarte y seguir el camino de la Ley y del honor.

—Lo que no comprendo es por qué esta gente ha desplegado sus redes para pescarme a mí precisamente, cuando hay por ahí tanta gente fuera de la Ley que hubiera colaborado gustosa con ellos. Aún me resulta más incomprensible que hayan hecho recaer las sospechas contra mi padre o contra mí, de ese crimen, con lo que ellos mismos se perjudicaban.

—No lo creas. Lo que han pretendido al atraerte a ti, ha sido atar las manos a tu padre. Ellos sabían que era insobornable, y, tarde o temprano, acabarían por descubrirles y darles su merecido. Suponían que para protegerte a ti, les protegería a ellos, y por eso, no contentos con lo de los billetes falsos y ese documento que firmaste en blanco, han querido que ante él aparecieses como el autor de ese crimen, que ellos mismos han cometido para librarse de la persecución de Wharton, el cual debió localizarles. Claro que ellos confiaban en que sólo él intervendría en el caso, y no esperaban su reacción, que ha desbaratado todos sus planes, puesto que ahora se encargará otro inspector de su persecución.

A requerimientos de Fred, Alf contó cuánto conocía del «gang», y terminó preguntando qué podrían hacer para que dejasen en libertad a su padre.

—No sé. Todo depende de él. Si persiste en seguir declarándose culpable para que tú no aparezcas en este asunto, temo que la única solución consistirá en encontrar al asesino y hacerle declarar su crimen. De todos modos, haremos todo lo posible para sacarle cuanto antes sin someterlo a proceso.

Guardó un momento de silencio, pensativo, y súbitamente preguntó:

—¿Qué tal manejas la pistola?

—Bastante bien. Mi padre me ha hecho hacer muchas prácticas de tiro, porque siempre ha tenido la ilusión de que ingresase en el

F. B. I.

¿Por qué lo preguntas?

—Vas a continuar tus relaciones con esta banda. A partir de la detención de tu padre, has dejado de serles útil, por lo que te eliminarían a la primera sospecha que abrigasen contra ti. Es conveniente que demuestres tu creencia de que tu padre ha matado a Wharton y te muestres dispuesto a luchar contra la Policía actuando en cualquier acción, por violenta que sea. Tienes que ayudarnos a descubrir al asesino y a destruir toda la banda tan pronto conozcamos a su jefe. Ten cuidado, porque el menor descuido te costará la vida.

—No importa. —Estoy dispuesto a todo con tal de salvar a mi padre.

Aún siguieron hablando un buen rato. Alf se marchó antes, pues no era conveniente que les vieses juntos en lo sucesivo. Fred registró el piso, sin encontrar nada de importancia, y se dirigió a la dirección del

F. B. I.,

pasando a la celda del inspector Kelly, el cual, como el joven había supuesto, recibió con gran alegría la noticia de la regeneración de su hijo y de su inocencia respecto al homicidio, pero se negó a rectificar su declaración mientras no tuviese la seguridad de que las sospechas no recaerían en Alf.

A la mañana siguiente, Fred fue llamado al despacho de Lawrence, el cual le propuso que se encargase de descubrir al asesino de Wharton, porque tenía la seguridad de que el inspector había mentido para encubrir a su hijo. Fred se creyó en el deber de salir en defensa del joven, y le informó de cuánto había sucedido la noche anterior.

Siguiendo las instrucciones de Fred, Alf consiguió orillar la suspicacia de Frank Stone y del abogado Bright, que era con los únicos que había tenido contacto hasta entonces. Todos los días por mediación de su hermana Dolly, informaba al agente del

F. B. I.

de cuanto a éste pudiera interesar. Pero dispuesto a llegar hasta el «boss» a través de los dos «gángsters», a la par que facilitar la acción de Kelly, Fred no solamente estaba dispuesto a no practicar ninguna nueva detención, sino que dedicó a los agentes puestos a su

disposición a una simple y discreta labor de vigilancia de los lugares frecuentados por Bright y Frank, los cuales eran, a su vez, seguidos a todas partes por sendas parejas de agentes que se relevaban con frecuencia para no llamar la atención de los perseguidos.

Por fin, doce días después de la detención de su padre, pareció que el trabajo de Alf iba a dar resultado. Bright le hizo pasar al despacho de la sala de juego de Frank, donde se hallaban aquella noche.

—Siéntate y fuma —comenzó el hombrecillo, ofreciéndole su pitillera. Hizo una breve pausa para dar más realce a sus siguientes palabras, y continuó—: Hace algunos días que parece que te has desprendido de tus antiguos y ridículos prejuicios y que tienes ganas de aplacar tus nervios haciendo ejercicios con los dedos índice. Yo propuse tu caso al jefe por mediación de cierta persona y se ha resuelto favorablemente.

—¿Qué quiere decir con ello, Bright?

—Que mañana por la noche te someteremos a prueba en el asalto a una joyería y si te comportas como esperamos, creo que has hecho tu fortuna, pues muchachos de acción «buenos» y decididos tenemos muchos. Todos ellos son capaces de «sacar» en una décima de segundo, pero no les pidas que razonen, planeen ni dirijan un «trabajo». Y eso es precisamente lo que nos hace falta: muchachos que, además de saber manejar un arma, sean aptos para dirigir nuestros grupos de acción o tal vez de encargarse de una sección determinada de nuestra organización, bajo las órdenes inmediatas del «boss» o de su lugarteniente. ¿Te interesa?

—Esas cosas no se preguntan siquiera. Yo lo único que quiero es ganar mucho dinero con el menor esfuerzo posible. No estoy dispuesto a reptar como un gusano a los pies de los potentados. ¿A qué hora y dónde nos veremos mañana por la noche?

—A las diez te esperamos en el World Bar de la calle Treinta y Nueve Este. Preguntas al dueño del bar por Doney y te conducirá a un reservado.

Al día siguiente, Alf informó a Fred, quien le aconsejó que realizase lo que le ordenasen siempre que no se tratara de ningún homicidio. Contento por la oportunidad que se le brindaba de conocer nuevos componentes de la banda, el muchacho se pasó una buena parte de la tarde «sacando» para recobrar la práctica perdida

en los últimos tiempos y, por fin, se consideró satisfecho de su destreza y pensó con agradecimiento en su padre, por haber hecho de él un verdadero

«gun-man».

Antes de las diez, llegó al World Bar. Su pomposo nombre no cuadraba muy bien con su apariencia, pues más bien parecía, tanto por su construcción, como por su clientela, una reproducción de los cafetines de aspecto de barrio bajo europeo, que tanto abundan en el viejo Harlem blanco o en la Bowery.

El «barman», barrigudo, rollizo y rostro abotagado, como un buen bebedor francés, le guiñó un ojo con gesto de complicidad, cuando le preguntó por Doney.

—Nuevo por aquí, ¿eh? Sígueme. Por un vericuelo de pasillos que se bifurcaban en todas direcciones, condujo a Alf, que se preguntaba a qué era geológica pertenecería aquella edificación, hasta una puerta entreabierta.

—Éste es el reservado. Los demás no tardarán en venir. ¿Te sirvo algo? —preguntó el obeso «barman», respirando fatigosamente.

—Sí, una copa de «coñac».

El hombre se alejó refunfuñando. Seguramente esperaba que le encargase una consumición más abundante. Fred dio la luz: una habitación en forma de trapecio rectángulo con la base mayor a la derecha, una mesa ojival de regular tamaño y diez o doce sillas que conocieron mejores tiempos. Se sentó en una de ellas y apoyó los codos en la mesa, pensando en el proyectado robo y tratando de adivinar qué joyería habría sido elegida.

De sus reflexiones le sacó la llegada de dos sujetos con aspecto de perdonavidas, uno de los cuales le espetó, con una risotada canallesca:

—¿Eres tú el «raw hand»[7] que debutas esta noche?

—Quizá sea así, pero puedo hacerte bueno que muchos «experienced boys»[8] no sirven» ni para limpiarme los zapatos.

—No lo dirás eso por mí, ¿verdad, *baby*? —Silabeó el matón hinchando su corpulento pecho, que asemejaba al de un gorila, con acento amenazador.

No bien hubo terminado de pronunciar su última palabra, Alf se levantó con una celeridad increíble y colocó un directo de izquierda en el estómago del coloso, el cual se dobló hacia delante por el

dolor del inesperado golpe. Un magnífico «uppercut» en la barbilla completó el ataque. El hombre fue levantado unas pulgadas del suelo, para caer, a continuación, pesadamente fuera de combate.

El otro llevó su diestra a la funda sobaquera, pero pese a su reconocida rapidez en «sacar», lo hizo tarde. Como por arte de magia la pistola de Fred le apuntaba al voluminoso vientre.

—Tienes que tomar tila para esos nervios, amigo. Siempre es un calmante más inofensivo que unas onzas de plomo —aconsejó el joven.

En aquel momento se abrió la puerta para dar paso a la cara de lechuza de Bright, quien quedóse como clavado en el quicio ante la inesperada e ilógica escena.

—¿Qué pasa, Alf? ¿Has matado a Nick?

—No creo. Le he pegado con suavidad para no hacerle mucho daño. Se había permitido insultarme y dudar de mi valor.

Las bravuconas palabras de Alf produjeron el efecto deseado. Bright le miró con asombro admirativo, mientras el otro temblaba imperceptiblemente. En aquel momento, el llamado Nick abrió los ojos y se frotó el dolorido mentón, sentándose en el suelo.

—Dejémonos de trifulcas entre nosotros, muchachos. Guardemos las energías para el trabajo —arengó el abogado tratando de apaciguar los ánimos.

Alf se guardó la pistola; Nick, mirando a éste torvamente, se levantó, pero ya el joven le infundía respeto, y al sentarse Bright todos le imitaron, aunque la tensión no había desaparecido. Por ello el hombrecito, tras una embarazosa pausa, dijo:

—Collins, ve a traerte una botella de «coñac». Celebraremos la incorporación de Alf, que, como veis no es «manco», y que sea esa bebida en común un símbolo de —la amistad que, de manera tan violenta, habéis iniciado.

Un minuto después el propio Bright llenaba los vasos y la tensión acabó por desaparecer entre libaciones. Otro individuo de unos cuarenta años entró en el reservado poco después. Bright lo presentó a Alf bajo el nombre de Vittorio Maucci, que dirigiría el «trabajo» de aquella noche. Fred clavó la mirada en su accidental «boss» y a pesar suyo reconoció que la energía de sus correctas facciones encuadraba bien en aquel cuerpo de aventajada estatura y bien formado.

El recién llegado saludó con aire de suficiencia, y apuró de un trago un vaso de «coñac» antes de decir:

—Está todo listo, jefe. El golpe no puede fallar a menos que tengamos «soplones» entre nosotros —dirigió una furtiva y significativa mirada a Alf, que estaba, como los demás, pendiente de sus palabras. He...

No pudo proseguir. El efecto de su insultante insinuación llegó por los aires en forma de un vaso lleno de «coñac», que se rompió contra su frente, produciéndole algunos cortes, y empapándole de líquido. El italiano púsose de pie de un salto, lanzando un juramento y un intraducible insulto. Fred le arrojó la botella de «coñac» a la cabeza, pero fue a estrellarse contra la pared, al agacharse Maucci con presteza, al tiempo que «sacaba» con velocidad de vértigo. Dos disparos sonaron casi simultáneamente. El proyectil del primero se alojó en el vientre del «boss» italiano, cuya bala se incrustó en el suelo, a la derecha de Fred, al llevar aquella mano armada al vientre herido.

Kelly, con la humeante pistola en la diestra, echó una rápida ojeada a los otros tres «gángsters», quienes, con ojos de estupor por la fulminante escena, miraban cómo Maucci se desplomaba y retorció por el suelo, taponándose la herida con las manos y el rostro contraído en horrible mueca de dolor. Viendo que no reaccionaban violentamente, guardóse la pistola en la funda axilar y esperó los acontecimientos, asombrándose mismo de la fuerza interior, aplomo y seguridad en sí mismo que le daba el saber que luchaba por la ley y por su padre.

El ominoso silencio que siguió fue cortado por la aflautada voz de Bright, que quería sonar con solemnidad.

—Has matado en buena lid y con sobradas razones a uno de nuestros mejores «boys» —dijo al ver que Maucci agonizaba. Tu acción ha constituido una magnífica demostración de valor, sangre fría y rapidez, que te hace merecer el puesto del muerto por esta noche. Mañana informaré al «boss» y no dudo que sabré apreciar tu valía en lo justo.

Nick y Collins asintieron en silencio, reconociendo la indiscutible superioridad del nuevo jefe del grupo. Pidieron más bebida y Bright dio cuántos detalles podían interesar a Alf para llevar a cabo el golpe proyectado para aquella noche, así como el

lugar a dónde debía llevar el producto del robo. Un momento después el abogado se despidió, deseándoles que les acompañase el éxito, y asegurando que hablaría con el dueño del bar para que hiciesen desaparecer aquel cadáver.

Antes de perpetrar el robo, y para asegurarse de su éxito, Alf decidió estudiar el emplazamiento de la joyería y comprobar los datos que le habían suministrado sobre el terreno. Pidió a sus dos subordinados que le esperasen allí hasta que volviese y se hizo llevar por un «taxi» hasta la elegante calle Cuarenta y Dos, que lucía orgullosa sus rascacielos iluminados por los multicolores y cambiantes anuncios luminosos, que le daban el mágico esplendor de una gigantesca verbena.

En el número noventa y ocho, una luz de rojo intenso color perseguía con saña, en una inacabable carrera de obstáculos, a otra azul pálido que huía acobardada. Sus saltos de letra en letra permitían leer el procesional anuncio:

«Jeweller's

Trust». Los iluminados escaparates hacían refulgir, dentro de mil estuches abiertos, otras tantas magníficas joyas, capaces de despertar el deseo, la admiración y la envidia de la mujer menos coqueta, y el miedo a su cartera o la codicia al marido más complaciente o al hombre más honrado.

Alf contempló un momento tanta maravilla y pensó que penetrar en aquel santuario del lujo debía ser, tarea poco menos que imposible, a juzgar por las puertas blindadas que se adivinaban a través de los cierres y del escaparate. Sin duda alguna, habría conectados cables de alta tensión y timbres de alarma, que pondrían en guardia a los vigilantes armados del interior y a las patrullas volantes de la Metropolitana del exterior.

A pesar suyo, tuvo un ligero escalofrío. Alguien le había dado un golpecito disimulado al pasar por su lado. ¿Sería uno de los «gángsters» que, sin duda, había apostado el «boss» para vigilar e inspeccionar la marcha de la operación? Volvió la cabeza con lentitud y vio a Fred que caminaba por la acera como un transeúnte más, sin dar señales de haberle visto. Esperó un momento y fuese al alcance de su amigo.

Dos tiendas más allá de la joyería, mirando distraídamente los zapatos expuestos en un escaparate, vio al jefe de personal del

Banco Richardson, donde él trabajaba. Pasó por su lado simulando no haberle visto y pudo comprobar que el otro le estaba espiando y salía tras él unos instantes después.

Por más que hizo para burlar la vigilancia de aquel hombre no lo pudo conseguir, por lo que decidió regresar al World Bar, desistiendo de entrevistarse con Fred, que se había quedado esperándole en una cervecería. Tomó, pues, un «taxi», del que se apeó al doblar una esquina, penetrando en un bar. Unos minutos más tarde volvió a salir, viendo con satisfacción que se había librado de su perseguidor.

En una próxima estación de aparcamiento tomó otro «taxi» que le condujo al World Bar. En el trayecto fue pensando en el jefe de personal del Banco. Era casi seguro que debía pertenecer al «gang» y estarla allí pava controlar la ejecución de las órdenes del «boss», o sería él, tal vez...

Por asociación de ideas pensó en Richardson, pero desechó pronto todo mal pensamiento, puesto que, en verdad, era un hombre digno de admiración por todos los conceptos. En la oficina le habían contado su vida. Hijo de unos modestos artesanos del Yorkshire, que habían emigrado a Estados Unidos a finales del siglo pasado, destacó desde su más tierna edad por un amor desmesurado al estudio y un carácter rebelde, enérgico y emprendedor, orientado hacia el comercio y la especulación.

A los diecinueve años, al final de la guerra del catorce, había amasado de la nada una considerable fortuna que inició con la compraventa de metales viejos y redondeó con unas afortunadas jugadas de Bolsa. Wall Street se convirtió desde entonces en su lugar de trabajo, especulando con tan notable acierto que cuando tantas fortunas consolidadas se hundían en la terrible crisis económica del veintinueve, Richardson, con una visión certera, invirtió la mayor parte de su capital en las acciones despreciadas de las Industrias extractivas, que unos años más tarde, al iniciarse la segunda conflagración mundial, le habían hecho ganar más de dos millones de dólares.

Ahora su nombre era respetado por todos en los círculos financieros. Pertenecía al Consejo de Administración o dirigía algunas empresas, siendo su última fundación el Banco de su nombre, del cuál era el único propietario.

A pesar de su potente personalidad y de sus cincuenta y tres años de edad, era jovial y le gustaba divertirse, frecuentando los más elegantes «*night clubs*» con su sempiterna sonrisa y su atlético y elegante cuerpo, que, con el aditamento de su fortuna, hacía aún suspirar a muchas muchachitas.

Poco después de las dos, un magnífico «Dodge» refrenaba su velocidad en el cruce de la Quinta Avenida con la calle Cuarenta y Dos y se detenía unas cien yardas más allá del

Jeweller's

Trust. La calle había perdido la radiante iluminación de unas horas antes, por haberse apagado los anuncios luminosos y las luces de las innumerables ventanas de los rascacielos. Pese a ello, la pobreza de iluminación sólo era relativa, puesto que los focos distribuidos a distancias regulares permitían distinguir a una persona a más de quinientas yardas.

El coche, iba ocupado por cuatro hombres y el conductor. Uno de ellos, el más joven, se apeó después de cerciorarse de que en toda la extensión que podía alcanzar la vista a ambos lados de la calle no se veía ni una sola alma viviente. Con pasos silenciosos y apresurados, Alf, pues de él se trataba, recorrió el trayecto que le separaba de la puerta de entrada que llevaba a los pisos superiores del edificio donde estaba instalada la importante joyería, y extrayendo un manojo de ganzúas las fue probando sucesivamente hasta que, tras un ligero chasquido, la cerradura funcionó.

El corazón le latía apresuradamente. Salló de nuevo a la acera para que le viesen los del coche, los cuales, uno a uno, se dirigieron hacia él. El «Dodge» se puso en marcha inmediatamente, perdiéndose en la próxima calleja transversal, al tiempo que por la parte de la Quinta Avenida llegaba hasta él el acompasado sonar de las fuertes pisadas de un policía.

Con la misma ganzúa cerró la puerta tras de sí, en cuanto hubieron pasado los demás, que le esperaban junto al ascensor. Como sombras fantasmales se internaron en la oscuridad de las escaleras, alumbrándose con lámparas sordas que proyectaban sus movimientos haces sobre los peldaños de mármol. Ni el aliento ni el más leve ruido denunciaba el avance de los sigilosos pasos. Por un momento, Alf sintióse sobrecogido por la tenebrosa escena de que era principal protagonista. ¿Daría resultado el plan que se había

trazado? ¿No le apuñalarían por la espalda aquellos rufianes por haber ajustado las cuentas a su exjefe?

Habían llegado al primer piso. Si no estaba desorientado, era aquella puerta, la de la derecha, la que debía permitir el acceso a las habitaciones situadas sobre la joyería. Enfocó la cerradura con el cono luminoso de su lámpara y tuvo una vacilación al tiempo que se estremecía. Volvióse y enfocó los rostros patibularios de Nick, Collins y del «revienta cajas» Drawing.

—Ante todo, nada de sangre. De lo contrario os las entenderéis conmigo —susurró.

Aún bajo los efectos deprimentes del pensamiento que cruzara su mente, con pulso seguro maniobró hasta abrir la puerta. Los cuatro hombres se diseminaron en distintas direcciones a cumplir su cometido. Alf sacó de un bolsillo del abrigo un frasco y avanzó con él en la mano hasta la primera habitación que encontró. Era un despacho lujosamente amueblado. Siguió adelante y penetró en un dormitorio con dos camas cunas en las que dormían dos niñas rubias, de sedosos cabellos y angelical semblante, que parecían escapadas de un cuadro de Rubens.

El frasco de cloroformo que llevaba preparado pareció abrasarle la mano. Se lo guardó con una sensación de culpabilidad, y admiró un momento, embelesado, el bello sueño poblado de inocencia. La mayor —cinco añitos— revolvióse con un gracioso mohín de desagrado en sus delicados labios, molesta por la luz que incidía en sus ojos. De puntillas, salió Alf de allí, prosiguiendo su búsqueda de la casa.

Recorrió todas las habitaciones, pero los demás se le habían adelantado, y las cinco personas que halló estaban cloroformizadas. Se reunieron los cuatro en el «*hall*».

—¿Qué hacemos? —inquirió Collins.

—Esperaos —contestó escuetamente Alf, consultando un croquis a mano alzada de la joyería, que le había entregado Bright.

Llegó hasta las habitaciones exteriores y a partir de allí se orientó, entrando en un gabinete seguidos por los otros tres.

—Agujeread aquí y cuidado de que no os oigan los vigilantes de la joyería.

Drawing dejó en el suelo su pequeño maletín y fue a sentarse en una silla adosada a la pared. Nick se desabotonó la gabardina y

descolgóse un estuche de cuero de forma de caña, que entregó a Collins. Éste sacó de él un berbiquí plegable, y después de montarlo, le aplicó un taladro de grueso calibre, comenzando la faena.

Un cuarto de hora más tarde habían abierto un boquete circular de pequeño diámetro. Alf extrajo del estuche de cuero dos frascos de tapón esmerilado y los dejó caer por el agujero. Inmediatamente después, se oyó el ruido de los cristales rotos, en la trastienda de la joyería.

—Tapad el boquete —ordenó—. Los vigilantes acudirán al sonido de los frascos, y si descubriesen el agujero, podrían disparar y causar la alarma antes de que hagan su efecto los gases.

Pegaron el oído al suelo y comprobaron que todo había salido con arreglo a lo previsto por Fred. Un rumor amortiguado de pasos precipitados se oyó abajo. A continuación se oyeron nuevos pasos y una tos sofocante.

—¿Has oído, Duke? Diríase que... ¡Oye! ¿Qué te pasa? —Ahora eran dos las personas que tosían—. Maldita... ¡Oggg!

Tras una breve espera de absoluto silencio, Fred destapó el boquete y pasó por él el haz de su lámpara. ¡En la trastienda, al pie de las estanterías y junto a dos puertas opuestas, yacían, en trágicas posturas, los dos guardianes, uno de los cuales empuñaba una pistola que no pudo disparar!

—Trabajad deprisa —ordenó Fred—. Ensanchad el agujero hasta que quepáis uno de vosotros, que sois más corpulentos. Los de abajo tienen para dos buenas horas antes de que vuelvan en sí.

Nick y Collins pusiéronse manos a la obra, en silencio, mientras el especialista en cajas fuertes permanecía quieto en su asiento y Alf se dirigía a las habitaciones exteriores, para espiar por las ventanas, a pesar de tener la seguridad de que el chófer, que había quedado de vigilancia en la calle, daría la señal de alarma en caso de peligro.

¿Qué haría entre tanto Fred? Seguramente no estaría muy lejos de allí, pendiente del resultado del robo. ¿Tendría conocimiento la Dirección del

F. B. I.

de que estaba ejecutando aquel peligroso hecho delictivo, o solamente sería una cuestión particular de Fred, llevado por su amistad hacia la familia y el cariño a su padre, en cuyo caso iría a parar a

Sing-Sing

si caía en manos de la Metropolitana, sin ninguna ventaja para su padre? Desechó estos últimos temores, porque sabía de la integridad y concepto de Fred, incapaz de faltar a su deber por nada del mundo.

Cesó de oír el apagado ruido de las herramientas al morder el duro hormigón, y regresó junto a los «gángsters». Éstos habían terminado ya su trabajo y esperaban en pie, limpiándose el sudor que bañaba sus frentes y respirando fatigosamente.

A una indicación de Kelly desenroscaron una escala de seda, la dejaron caer por el boquete y fijaron sus dos ganchos terminales en los montantes de una silla, que atravesaron en el orificio. A continuación se colocaron sendas caretas antigás, que apenas les cubrían media nariz y la boca, siendo tan diminuto el depósito del filtro de carbón, que asemejaba un simple abultamiento de los labios, y descendieron hasta la trastienda.

Allí se movieron con mayores precauciones. Nick, quiso precipitarse a desvalijar los escaparates. Alf le retuvo, asiéndole de un brazo:

—¿No ves, bruto, qué harías funcionar el sistema de alarma y el de seguridad? —dijo—. Lo primero que hay que hacer es buscar los interruptores de corriente.

Por fin los hallaron en una pequeña habitación, situada entre la trastienda y el almacén, y que debía estar destinado, sin duda, a cabina de control de los vigilantes. Los desconectaron, y a continuación, una febril actividad se apoderó de los cuatro hombres. Drawing abrió su maletín de instrumental y, apartando a un lado el soplete oxhídrico, extrajo un amplificador de sonido, cuyos auriculares se colocó, fijando el otro extremo del aparato, consistente en un como de goma en forma de ventosa, en la puerta de la caja fuerte, por medio del vacío. Luego se arrodilló frente al disco giratorio de aquel coloso de acero empotrado en la pared, y comenzó su trabajo, con sus delicados dedos de artista.

Nick y Collins demostraron ser unos expertos entendedores en joyería. Con singular destreza fueron colocando en las bolsas de cuero, que traían preparadas, las joyas de más valor. Alf consideró que les podía dejar hacer, con la seguridad de que se preocuparían, tanto como él mismo, de no atraer la atención de la Policía.

Volvió junto a Drawing, quien estaba absolutamente concentrado en su tarea, y le hizo señas de que no hiciese el menor ruido. Era la primera vez que veía el joven actuar a uno de aquellos artistas en descubrir las más complicadas combinaciones de las cajas fuertes, por lo que siguió con atención todas sus maniobras.

Drawing hizo un gesto de contrariedad y se secó el sudor que comenzaba a aparecer en su frente, por la reconcentrada atención que ponía en su tacto y oído.

—Esto me cuesta más trabajo de lo que creí en un comienzo. Si se resiste mucho tiempo me veré obligado a usar el soplete o a hacer saltar la puerta. No obstante, voy a principiar de nuevo.

Hizo girar el disco una y otra vez, y de cuando en cuando, tomaba nota en un papel. Por último estudió un momento los datos que había tomado y dijo:

—Supongo que esta vez no fallará —marcó la combinación que había deducido, y cuando terminó, se oyó un chasquido, que le hizo exclamar, con júbilo—: ¡Ya está, por fin!

Tiró de la puerta y ésta se abrió pesadamente. Nick, que, con su compañero, hacía un momento que habían terminado su tarea y habían estado viendo accionar a Drawing, se abalanzó hacia la abierta caja, con los ojos chispeantes de codicia. Fred le dejó que satisficiera su morboso placer, pues a él le repugnaba tocar una sola de aquellas joyas. Sabía que era pueril, pero no tocándolas se sentía menos responsable del robo.

Aún permanecieron cerca de veinte minutos más, para dar satisfacción a los «gángsters», los cuales no querían dejar en la joyería nada que mereciese la pena ser llevado. Por último, les apremió, haciéndoles ver el peligro de que les descubriesen por casualidad.

Una vez en el piso superior, se quitaron las caretas que les habían protegido contra aquellos gases sofocantes y anestésicos un poco más pesados que el aire, por lo que se mantenían en las capas inferiores de éste, hasta alturas variables, según su diferente concentración.

Mientras recogían y guardaban los instrumentos de «trabajo», para no dejar el menor indicio a la Policía que pudiera servir para localizarles, Fred hizo una escapada a ver a las dos niñas, y viendo que seguían durmiendo apaciblemente, regresó al lado de los

demás, y todos juntos abandonaron el piso, cerrándolo tras sí.

Ya en la escalera, Alf se adelantó y, después de comprobar que la calle estaba tranquila, abrió la puerta, se asomó al exterior e hizo señas a sus «compañeros» para que le siguiesen.

Prudentemente distanciados se dirigieron a la próxima esquina, en la cual debía estar el chófer montando la guardia. La calle estaba desierta en toda la extensión que abarcaba la vista.

Unos instantes después, el «Dodge» se alejaba de aquel lugar a una velocidad prudencial para no llamar la atención. Dos potentes coches blindados de las Patrullas Móviles les cruzaron en su trayecto, pero no les molestaron en lo más mínimo, por lo que llegaron sin contratiempo a la calle Catorce, parándose el coche ante un elegante edificio.

Alguien les estaba esperando, pues la puerta exterior se abrió al tiempo que se apeaban los hombres.

—Pasad de prisa —dijo una voz desconocida para Alf.

Así lo hicieron, cerrándose la puerta a sus espaldas, al tiempo que se oía el ronquido del «Dodge» al alejarse. El ascensor les dejó en el noveno piso, abriéndose inmediatamente una puerta que les franqueó la entrada. «Aquí todo funciona cronometrado», pensó Kelly, mirando al individuo que se hacía a un lado para dejarles paso. Su cara, de labios abultados, estaba cruzada por una profunda cicatriz, reliquia de alguna bronca en los bajos fondos, seguramente.

—¡Hola, Durmond! Sólo te falta un collar para representar a las maravillas tu papel de «bulldog» —le saludó Drawing, acompañando sus palabras con una amistosa palmada en el hombro.

El aludido, lejos de molestarse, esbozó una repugnante mueca, que quiso ser una sonrisa. Cerró la puerta y siguió a los recién llegados, diciendo:

—¡Qué! ¿Ha «pitado» eso? Sentaos ahí; ahora avisaré vuestra llegada.

Alf siguió con la vista la balanceante marcha de Durmond, el cual desapareció detrás de una puerta situada en el centro del amplio «*hall*» donde se hallaban, frente a la entrada. Volvió la mirada en derredor para inspeccionar el terreno: a su derecha, dos ventanas con un blindaje parecido al utilizado en las casamatas. Enfrente, tres puertas que comunicaban con el interior del piso. A

sus espaldas, otras dos laterales, y en el centro, el corto corredor, que terminaba en la puerta de entrada, la cual también estaba blindada, con cerradura de seguridad y dos barras de hierro que colgaban del marco.

Imitando a los demás, se sentó. Drawing, que estaba a su lado, le miró sonriendo.

—Te extraña ver tanto preparativo, ¿verdad? —dijo—. Es nuestro cuartel general. Son muy pocos los miembros de nuestro «gang» que lo conocen. Las paredes están aisladas acústicamente del exterior por dos capas de corcho con una cámara de aire intermedia, aparte de otras cosas más interesantes, de las que ya te enterarás algún día, si te es dable.

En aquel momento entró en el «hall» Bright, seguido de Durmond y de otro individuo de frente huidiza y pómulos salientes. El abogado se dirigió a Alf con cara sonriente.

—¡Bravo! —exclamó—. Nos acaban de telefonar diciendo que el «trabajo» os ha salido a las mil maravillas, ¿es cierto?

Destapó las bolsas de cuero y sus ojuelos brillaron con extraño fulgor. Luego hizo una seña, y Durmond, el sujeto de la frente huidiza y el que les abrió la puerta de la calle registraron minuciosamente a Collins y a Nick, los cuales les dejaron hacer sin la menor resistencia ni comentario.

—Es una sana costumbre que hemos establecido para que no se sustraiga nada de lo robado. Ante todo, honradez. Para eso se nos paga espléndidamente —se justificó Bright, al leer la extrañeza en el rostro de Alf. Hizo una pausa hasta que hubo terminado el cacheo con resultado negativo, y prosiguió—: Vosotros dos podéis marcharos. Ya se os dará la parte que os corresponda a su debido tiempo, y tú, Alf, sígueme, que hay alguien que desea hablar contigo.

Con rostro inexpresivo, pero con júbilo interior, recibió Kelly la orden. La cortina que cubría al «boss» se iba a descorrer un poquito más, permitiéndole adelantar otro paso para la pública regeneración de su padre. Atravesaron una puerta, cruzaron una habitación lujosamente amueblada, y Bright llamó con los nudillos en otra puerta, haciendo girar el pomo a continuación al oír la autorización de entrada.

El único ocupante de la habitación no movió ni un solo músculo

facial al verles entrar. Estaba repantigado cómodamente en un mullido sillón, fumando indolentemente un descomunal habano. La pierna derecha descansaba sobre la mesa de caoba del despacho, y su diestra tamborileaba sobre ella una tonadilla en boga.

Bright colocó sobre la mesa las joyas robadas y dijo con voz melosa, no exenta de respeto:

—Aquí está todo, y éste es el muchacho, señor Benson.

—Está bien. Retírate, y no escuches detrás de la puerta. Para progresar en la vida no hace falta ser servil, sino hombre —dijo el extraño individuo con voz bien timbrada y tono de indiferencia.

La repulsa le fue simpática a Alf, que miró más detenidamente al joven, pues no pasaría de los treinta y cinco años. Su sombrero, echado hacia atrás, permitía ver un cabello espeso y negro, que enmarcaba un rostro que resultaba agradable, destacando su abombada frente y unos ojos igualmente negros, de sorprendente vitalidad, que era la nota característica de todo su ser.

—Acerca una silla y siéntate aquí, a este lado, Kelly.

Alf hizo lo que le indicaba y sentóse a la izquierda de la mesa. Benson retiró su pierna de ella e irguió su cuerpo en el sillón, mostrando al hacerlo un tórax atlético; sacó una pitillera de oro y ofreció un cigarrillo al joven. Después, con voz reposada, habló:

—Bright me ha informado de tu actuación de esta noche en el World Bar, e igualmente se me ha comunicado el éxito que has obtenido en el

«Jeweller's

Trust». Como ves, el hecho de que el producto del robo haya sido de mayor o menor importancia en cantidad y calidad, no me importa gran cosa, aunque siempre vienen bien unos miles de dólares que me puedan corresponder. Lo cierto es que se os propuso ese asalto para probarte, pensando que sería un completo fracaso, en lo cual, afortunadamente, nos hemos equivocado. Con ello has demostrado que no solamente tienes suficiente inteligencia y valor, sino que serás un buen planeador, que es lo que necesitábamos.

Alf seguía interesado las palabras de Benson, esperando que éste revelase algún detalle que le permitiese deducir qué lugar ocupaba en la banda. Éste lo debió leer en sus ojos, pues después de una breve pausa, dijo:

—Te estás preguntando quién soy para hablar de esta manera, y

voy a satisfacer tu curiosidad, advirtiéndote que sólo otros dos lo saben: Stone, que está encargado de nuestros garitos de juego de toda la ciudad, y Bright —dio una prolongada chupada al habano con aire petulante, y prosiguió—: Soy el lugarteniente del «boss» y el único que le conoce. Él está atareado con otra clase de negocios, y desde hace algunos años ha depositado toda su confianza en mí para descargarse de su trabajo, el cual se va ampliando y complicando de una manera tan exagerada, que nos está obligando a hacer una división del mismo que te será muy beneficiosa a ti.

Llamaron a la puerta con suavidad. Era Bright. Asomó la cabeza y preguntó con deje de timidez:

—¿Puedo marcharme a mi casa?

—Sí, vete, y no nos molestes más.

—Da la impresión de que le tiene miedo —rió Alf, despegando los labios por primera vez.

—No, es la manera servil y sinuosa que tienen estos individuos de cuerpo enclenque y mente tortuosa de ir escalando puestos para situarse. Comenzó por hacer un pequeño favor a uno de los muchachos, se atrajo su confianza y entró en el «gang» para falsificar los documentos de identidad que necesitaban los muchachos, de tarde en tarde. Sucesivamente se ha arrastrado delante de su jefe inmediatamente superior y, más tarde, de una manera o de otra, lo ha eliminado para ocupar su puesto, hasta que ha alcanzado la jefatura de nuestra sección de falsificación, que abarca todas las ramas de esta actividad. Hace unos días cayó en manos de los del

F. B. I.

Giovanni, el jefe de la sección de acción, y hasta este momento le ha sustituido él también, concentrando en sus manos las dos secciones más importantes del «gang».

—¿Y por qué permiten que vaya introduciéndose hasta la dirección con malas artes? —interrogó Alf, interesándose cada vez más en aquella conversación, que le iba descubriendo la organización de la banda.

—Porque tiene tal habilidad de intriga, que hasta hace unos días no he descubierto su doble juego, y la verdad es que, al frente de la sección de falsificaciones, nos está haciendo un papel magnifico, como habrás podido comprobar por la perfección de los billetes que

hemos lanzado a la circulación. Por lo demás, a partir de este momento he decidido que te hagas cargo tú de la jefatura de la sección de acción, para lo cual ya cuento con la autorización del «boss», el cual también parecía estar interesado por ti.

—No comprendo exactamente qué quiere decir eso de sección de acción —habló Kelly, contento del giro que iban tomando los acontecimientos.

—Es la encargada de todas las intervenciones violentas de nuestros muchachos. No solamente te ocuparás de planear y dirigir los atracos, robos y «paseos», que es la parte productiva de esa rama, sino que te encargarás de suministrar protección necesaria a las demás secciones, para su normal desenvolvimiento.

Cuando, media hora más tarde, un taxi le conducía a su casa, Alf iba pensando que la Providencia le había tendido una mano facilitándole el camino de su regeneración.



AVENTURAS DEL F. B. I.

La enciclopedia del

ARTE

EMOCION

VALOR

VI



ESE a todos los esfuerzos de Fred Ferguson y del propio Lawrence, el jefe del F. B. I.

en Nueva York no pudieron evitar que se celebrase el proceso del inspector Kelly. La Prensa y los políticos, creando un estado de opinión en el país contra lo que dieron en llamar impropriamente corrupción de los funcionarios, se impuso, como suele suceder en otras cuestiones más vitales en Estados Unidos, sobre el criterio, respaldado por las necesidades reales, de los técnicos.

Lawrence se encontraba ante un grave dilema. No podía defender la honorabilidad e integridad del Federal Bureau of Investigation y, en especial, del inspector Kelly, si no era poniendo al descubierto los trabajos que se estaban realizando bajo la

dirección de Fred y con la colaboración fundamental de Alf. Evitar el escándalo al padre equivalía a decretar la muerte del hijo, bajo el fuego de las metralletas «Thompson» de los «gángsters», aparte de que era muy problemático que se declarase la inculpabilidad de Kelly, existiendo la prueba contundente del revólver usado por el criminal, escondido en su propia casa.

Fred quiso declarar en favor del inspector, aportando la prueba del análisis de los cuajos de sangre que recogió, que demostraba, sin lugar a dudas, que el charco de sangre que había en el suelo, debajo del infortunado agente Wharton no pertenecía a éste, sino a otra persona, a uno de los asesinos, que se debía de haber hecho una incisión en un brazo, dejando derramar su sangre para engañar a la Policía, haciéndola creer que el crimen se había cometido en la misma escalera.

Su jefe le hizo desistir de su empeño por estimar que con ello solo conseguiría poner sobre aviso a los asesinos, quienes desconfiarían de Alf y podía echar a rodar el formidable progreso que habían conseguido hasta entonces. Aparte de que, dado el estado de la opinión, el juez declararía la culpabilidad del reo, a menos que se le presentase a otra persona de la oreja, diciéndole: «¡Éste es el asesino!»

De nada sirvió el brillante historial de probidad y sacrificio del inspector. El fallo hizo estremecer de horror a todos los asistentes al proceso, que conocían a Kelly. ¡Fue condenado a morir en la silla eléctrica por homicidio, con los agravantes de premeditación, alevosía y abuso de autoridad!

Un grito desgarrador de angustia y dolor sobrecogió todos los corazones, haciendo inaudibles las últimas palabras del juez. Volvieron las cabezas y vieron una bella joven, ojerosa y demacrada, que caía al suelo, como fulminada por el rayo de la cruel sentencia.

Unos cuantos hombres, que ocupaban los escaños más próximos a ella, hicieron cuánto pudieron por reanimarla y luego, viendo que se había quedado sin fuerzas para andar, la subieron en un «taxi» y la condujeron hasta su casa.

Algunos espectadores, muy pocos, vieron derrumbarse toda la entereza del condenado al dirigir una angustiada mirada, preñada de tierno amor, hacia aquella joven. Su cerviz se dobló, los brazos le

colgaron exhaustos y unos gruesos lagrimones resbalaron por sus mejillas hasta la boca, haciéndole gustar el amargo sabor de su paternal sacrificio.

Fred y Alf no habían querido asistir a la vista, y los dos, guiados por el mismo temor de no poder contener sus sentimientos y descubrir cuánto sabían en defensa del inspector.

Al enterarse de la terrible sentencia, Fred fue a visitar a Dolly, la cual había perdido aquella entereza de ánimo que siempre le dio carácter. Tras muchos esfuerzos y no poca paciencia, los razonados argumentos de él consiguieron consolar a la joven, renaciendo en ella la confianza en que no tardaría mucho en poder abrazar a su padre, terminando aquella cruel y espantosa incertidumbre, que le atenazaba la garganta, haciéndola fluctuar entre la esperanza y los más negros presentimientos.

El teléfono repiqueteó. Dolly se puso al aparato y se lo entregó a Fred, diciéndole que le llamaban desde la Jefatura de la División. Escuchó lo que le decían a través de los hilos y su cara iba denotando un creciente interés.

—Sí, voy enseguida. Dentro de unos minutos estaré allí; que me espere —colgó el micro teléfono y, dando unas palmaditas en las mejillas de Dolly, se excusó—: Había pensado pasar unas horas a su lado, pero me va a tener que perdonar. Los acontecimientos se precipitan y no podemos ir a la zaga de ellos.

Salió y bajó apresuradamente las escaleras. Al pasar frente al descansillo donde hallaron muerto al pobre Wharton, los nervios se le crisparon de indignación y le hicieron acelerar aún más el paso.

Por la calle venía un «taxi» a regular velocidad; iba ocupado, pero no viendo otro coche por las proximidades, decidió usar aquél. Se situó en medio de la calzada, haciendo señas al chófer con el brazo para que parase, más éste no le hizo el menor caso y prosiguió su camino, amenazando atropellar al agente. Éste se hizo a un lado y emprendió vertiginosa carrera, antes de que el automóvil llegase hasta él. Cuando le alcanzó se subió de un salto en el estribo, asiéndose al soporte del espejo retrovisor: El conductor frenó violentamente y los neumáticos se deslizaron unas cuantas yardas con su prolongado y característico chirriar.

—¿Qué diablos quiere? ¿No ve que está ocupado? —chilló el «taxista», indignado.

Fred se apeó y abrió la portezuela del «baquet», enseñándole, al mismo tiempo, su insignia de agente federal. Su vista azaró al chófer.

—Yo... yo creí...

—No importa lo que usted creyese, ni me mire con esa cara de asustado —se volvió hacia una señora que ocupaba el interior y estaba protestando del frenazo del coche, que la había arrojado contra el asiento delantero, lanzando anatemas contra los jóvenes de hoy, que estaban locos de atar—. Le ruego, señora, que me disculpe y tenga la bondad de apearse. Un servicio oficial urgente me obliga a requisar los servicios de este «taxi».

Ella descendió refunfuñando: Fred se sentó junto al conductor y le indicó:

—¡A Harlem, a toda velocidad!

El «taxista» no se hizo repetir la orden y guió hasta la Quinta Avenida, la cual siguió en toda su longitud hasta entrar en el viejo Harlem, que tanto ha popularizado su barrio negro.

—Pare un poco antes de llegar al cruce de Lennox Avenue con la calle Ciento Veintitrés —dijo Fred, al entrar en el barrio judío.

El coche se detuvo en el lugar indicado, y el joven caminó por la acera, tomando un cigarrillo de su pitillera, lo encendió en la próxima esquina, para lo que se paró junto a un joven moreno.

—Sígueme con disimulo y ten los ojos bien abiertos —aconsejó el agente Brown, que no era otro el joven en cuestión, echando a andar por la calle Ciento Veintitrés, de casas bajas, feas y de sucio aspecto.

Fred aguardó un momento y siguió a su amigo. Así anduvieron unas trescientas yardas. En la calle sólo se veían rapazuelos, hijos de obreros suecos, que jugaban a las cuatro esquinas o a juegos igualmente movidos, para combatir el frío.

De pronto, Brown, al llegar a la altura de un coche tan destartado como la casa frente a la que estaba estacionado, desapareció de la vista de Fred, tragado por una puerta. Éste aceleró el paso y llegó a tiempo de ver a su compañero golpear fuertemente la cabeza de un guardián que había cometido la idiotez de ser aficionado a la lectura del «New York Herald».

De dos zancadas llegó al lado de Brown, que en aquel momento se guardaba una «*Parabellum*» que había quitado de la funda

sobaquera del «gángster», y los dos avanzaron con sigilo por un corredor que exudaba humedad por todas partes. Una escalera de carcomidos peldaños de madera les colocó ante un dilema, que resolvieron subiendo Fred por ellas, mientras Brown se quedaba a registrar la planta baja.

Fred tuvo que subir muy pegado a la barandilla para evitar que crujiese la vieja madera.

En el primer piso había dos puertas. Ambas estaban cerradas, pero por una de ellas llegó hasta sus oídos el ruido acompasado de una máquina. Accionó el picaporte y notó con satisfacción que la puerta cedía a su ligera presión. Pulgada a pulgada la fue abriendo: El ruido de la máquina se oía ahora más claro: Orientado por él avanzó, avanzó con extremada cautela, hasta que un rumor de pasos que se acercaba le puso los nervios en tensión.

Si le descubrían estaba perdido, irremisiblemente perdido. La única posibilidad de vencer que tenía consistía en la sorpresa, que eliminara la indudable ventaja numérica de los «gángsters» que se albergaban en aquella guarida. Echó una mirada en derredor y no vio nada que le pudiera servir de escondite y, entre tanto, las pisadas se oían más y más cerca. A grandes pasos y de puntillas retrocedió hasta alcanzar una de las cerradas puertas, que flanqueaban el pasillo. Con ansiedad hizo girar el pomo y un suspiro se escapó de su pecho, descargando su tensión nerviosa.

La habitación, rectangular y de considerables dimensiones, recibía suficiente claridad por una ventana exigua cerrada por dos gruesos barrotes de hierro en cruz. Debía estar destinada a almacén, a juzgar por las pilas de resmas de papel, clasificado por calidades, que había adosadas a la pared, así como por los frascos rotulados que llenaban una buena parte de una gran estantería.

Las pisadas se oían muy cerca. Pertenecían a dos personas, que avanzaban descuidadamente, haciendo crujir estrepitosamente la madera del entarimado. Una corazonada le hizo esconderse detrás de la puerta. ¡Ya era hora! Los dos hombres la empujaron y penetraron en la habitación. Fred, con los músculos tensos, dispuestos al ataque, esperó a que pasase el primer «gángster». Cuando el segundo estuvo frente a él, adelantó un paso e impulsó su puño derecho con bestial violencia contra la oreja del bandido, el cual, proyectado con fuerza contra la pared, cayó sin sentido,

conmocionado por el golpe.

El otro «gángster», sin darse apenas cuenta de lo que sucedía, echó mano a la pistola, instintivamente. Su mano no llegó a tocar la culata: Con un salto de jaguar, el agente del

F. B. I.

se abalanzó contra él, pero sólo encontró ante sí el vacío. El otro se había zafado con una agilidad sorprendente, al tiempo que le paraba una zancadilla, que hizo vacilar a Fred, quien cayó sobre una pila de papel, después de hacer sobrehumanos esfuerzos para conservar el equilibrio.

Antes de que pudiese removerse, el «gángster», con una rapidez que no cabía sospechar en su corpachón de mastodonte, arrojóse sobre él, para cogerle por la espalda; pero una oportuna «coz» del joven en el bajo vientre le frenó en seco, haciéndole proferir una repugnante blasfemia. Los dos enemigos, en pie, uno frente a otro, se miraron con odio feroz, estudiando recíprocamente sus intenciones. Los ojos del coloso estaban inyectados en sangre y sus dientes rechinaban de modo escalofriante.

El ataque lo inició Fred, amagando un golpe bajo con la izquierda, lo cual engañó a su contrincante, haciéndole descubrir la guardia de la cara, coyuntura que aprovechó el joven para abrirle una ceja, de un directo. La sangre enfureció al hombrón, el cual atacó con rabia, dando mandobles sin orden ni concierto, pero tan fuertes, que uno solo hubiese sido capaz de dejar fuera de combate al más resistente luchador.

Con maestría, el agente fue esquivando los golpes y propinando algunos, a su vez, que llegaban con facilidad al rostro del enfurecido coloso, partiéndole el labio. Éste, en medio de su rabia, pensó que nada tenía que hacer en la lucha a distancia, y jadeando por el inútil esfuerzo realizado, adelantó sus potentes brazos, consiguiendo hacer presa en el hombro izquierdo de Fred, sin que bastase para soltarle un formidable directo en la barbilla; tal era su extraordinaria resistencia.

Fred consideró que tendría que apelar a toda su fuerza y a las valiosas enseñanzas de lucha que recibiera en la academia del

F. B. I.

en Quántico para vencer a aquel energúmeno. Éste tiró bruscamente del hombro del agente y engarfióle la garganta con sus velludas

manazas de gorila. Fred tensó los músculos del cuello para resistir la asfixiante presión, pero era inútil. La descomunal fuerza del otro hacía ineficaz aquella defensa y sintió un agudo dolor y que la respiración le faltaba. ¡Podía darse por muerto! ¡Unos instantes, un minuto y caería a los pies del crimen!

Hizo un esfuerzo. Con ambos pulgares presionó en los costillares de su enemigo. El dolor debía ser intenso y se reflejaba en forma de mueca en su repugnante cara, pero no disminuyó la presión en la garganta. Fred buscó otro punto vulnerable y, con el filo de ambas manos, golpeó repetidamente, con saña, la unión del cuello y hombro, un poco hacia atrás, sobre la carótida. Los golpes de «Judo» fueron eficaces, a pesar de que los extendidos brazos de sus enemigo le impedían la libertad de acción. El «gángster» aflojó un momento la presión, permitiéndole respirar, pero no soltó la presa.

El momentáneo respiro fue aprovechado con rapidez por el agente. Abandonando el «doblete», se decidió por el golpe de la «horquilla». Los dedos índice y corazón de su diestra, en forma de «v» se introdujeron en los ojos de sus enemigo, golpeándolos violentamente. El dolor fue tan intenso, que el forajido lanzó un aullido, soltó su presa y se retiró, tambaleándose, con la cabeza gacha y las manos en los ojos, que, de momento, habían perdido la visión. Fred llenó sus pulmones de aire y se acercó al mastodonte, que rugía como toro herido, y le largó un formidable corte en la sien, haciéndole caer al suelo, sin sentido, como un fardo.

Vacilante aún por efecto de los primeros síntomas de asfixia que sintiera, el agente especial se apoyó, inclinándose, sobre una pila de papel, al tiempo que practicaba la inspiración forzada, para normalizar su entrecortada respiración.

Un momento después se sentía como nuevo. Salió al pasillo y, tratando de apagar el ruido de sus pisadas, avanzó hacia el lugar de donde procedía el ruido. Antes de llegar, oyó rumor de voces que apenas destacaban del producido por la máquina. Intrigado y extremando las precauciones, avanzó unas yardas más, hasta una puerta entreabierta y asomó el ojo izquierdo.

A su vista se ofreció una habitación de mayores dimensiones que la que acababa de dejar, pero carecía de ventanales, estando profusamente iluminada por arcos voltaicos y tres o cuatro «flexos», colocados en sendas mesas, sobre las que trabajaban otros tantos

hombres. Fred los miró con detenimiento. Uno de ellos, el más cercano, tenía sobre la mesa un montón de pasaportes en blanco y los estaba rellenando, imitando la letra de otro que le servía de original.

El de la mesa siguiente manejaba un pantógrafo, señalando unos puntos sobre un papel vegetal, sobre el que se veía un dibujo casi terminado, fiel reproducción de un billete de libra esterlina, pero considerablemente amplificado. En otra mesa, dos viejos, con sendas lupas, miraban con detenimiento, uno por uno, un montón de billetes falsificados, que iban colocando en una caja los perfectos, y en otra, los defectuosos. Más allá manipulaba un grabador, que tenía a sus espaldas, en una estantería, su instrumental y unos cuantos frascos. En el centro de la sala, tres hombres trabajaban en una máquina de imprimir, mientras otro, con las manos a la espalda, se paseaba de un lado para otro.

En aquel momento sonaron dos disparos, casi simultáneos, en la planta baja. Como movidos por un mismo resorte, todos los falsificadores levantaron la cabeza en brusco movimiento de alarma. Algunos se pusieron violentamente en pie o llevaron la mano a sus armas. Unos segundos más y todo estaba perdido. ¡Se tendría que enfrentar con nueve pistolas!

De un empujón abrió la puerta de par en par y adelantó un paso, «sacando» con asombrosa velocidad.

—¡Manos arriba! —ordenó secamente, con voz de trueno.

La inesperada aparición aumentó la sorpresa de los forajidos, produciendo muy variadas reacciones en ellos. Los dos viejos levantaron lentamente los brazos con gesto de conformismo. El dibujante se apresuró a obedecer la orden con cara de espanto y convulsivos temblores en el cuerpo. Los impresores y el de la primera mesa se quedaron suspensos, sin levantar los brazos ni aprestarse a la defensa; pero el grabador y el jefe, en rápido movimiento, empuñaron sus pistolas, al tiempo que el último gritaba:

—¡A por él, no os acobardéis!

Fueron las últimas palabras que pronunció en este mundo: sonó una seca detonación, repetida prestamente por el eco de la espaciosa habitación, y el proyectil se le alojó entre ceja y ceja. Sin tiempo a disparar, sin un grito, el hombre, con la boca abierta,

como asombrado por la puntería de su enemigo, conservó el equilibrio una fracción de segundo, y desplomose hacia atrás, muerto.

Al unísono, cual sincronizados, retumbaron dos nuevos disparos. Fred sintió la quemazón del golpe en el hombro, al tiempo que el grabador soltaba la pistola, llevándose ambas manos al pecho herido, y, con el sello de la muerte grabado en su rostro chupado por la vida de crápula, dio dos o tres traspiés y cayó de espaldas contra la pared, por la que fue resbalando lentamente, hasta quedar sentado, el cuerpo contorsionado en trágica postura.

Pero la resistencia de los dos falsificadores había cundido entre sus compinches. Todos, incluso el cobarde dibujante, se apresuraron a «sacar» confiando en la animosa fuerza del número, aunque algunos lo hicieron con ciertas prevenciones al comprobar la infalible puntería. El más rápido en empuñar el arma, y el primero en caer herido, fue el de la primera mesa. Más los impresores se habían parapetado detrás de la máquina y abrían concentrado fuego.

El agente federal cambió de posición evitando ser alcanzado y retrocedió, buscando el abrigo del pasillo. Los de la habitación aprovecharon la ocasión para tumbar las mesas y protegerse tras ellas. Asomando la cabeza y el brazo armado por el hueco de la puerta, Fred descargó los otros dos cartuchos de su revólver, sin conseguir alcanzar a los fugaces blancos. Los disparos de los de dentro se sucedían sin interrupción, aplastándose o rebotando los proyectiles en la pared frontal del corredor. Algunos, más certeros, arrancaban esquirlas de ladrillo del quicio de la puerta, por dónde se asomaba Fred.

Con su peculiar rapidez, el joven cargó el tambor y siguió disparando desde diferentes alturas. Su ojo y mano a duras penas se exponían a la acción de las balas, tal era la meteórica velocidad con que aparecían y desaparecían. Sin embargo, aquélla, ínfima fracción de segundo le bastaba para hacer puntería, gracias a la excelente preparación de la nueva escuela de «G-Men».

Uno de los viejos tuvo la desgracia de querer disparar al tiempo que lo hacía el bravo agente. Un proyectil le hizo volar, por los aires, la tapa de los sesos.

Unos minutos después fue uno de los impresores, escondidos tras la máquina, quien lanzó un ronco gemido al ser alcanzado. Los demás «gángsters» fueron fácil presa al pánico y a la desmoralización: ¡Entre unos años en

Sing-Sing

y la muerte, la elección no era dudosa!

Como si se hubiesen puesto de acuerdo, los del interior dejaron de disparar temiendo asomar las cabezas, exponiéndose a la certera puntería de aquel

«gun-man».

El dibujante se encargó de expresar, inconscientemente el pensamiento de todos.

—¡No dispare más! ¡Yo me rindo! —gritó.

—Y los demás, ¿os rendís? —Inquirió Fred, asomando la cabeza al ver que todos estaban metidos en sus escondrijos.

—Sí nos respetas la vida, sí —condicionó otro.

—A mí me es indiferente. Me gusta la caza y no tengo inconveniente en gastar un poco más de pólvora. El que quiera rendirse, que arroje el arma y levante los brazos.

Como un solo hombre, todos arrojaron las pistolas en medio de la habitación, junto al cadáver de su jefe, y alzaron los brazos con tantas ganas, que algunos parecían querer tocar el techo. Fred les hizo avanzar uno a uno y, tras un rápido cacheo, les hacía colocarse de cara a la pared de la derecha, con los brazos en alto. Estaba registrando al último, cuando le pareció oír un leve crujido en el entarimado del pasillo. Se acercó con sigilo a la puerta, vigilando de reojo a los falsificadores, e hizo oído: el más absoluto silencio. Adelantó bruscamente el brazo armado y la cabeza, presto a disparar; y los retiró velozmente, exclamando:

—¡Hola, Brown, pasa! Me había olvidado de ti.

—Te has librado de buena. Por poco te descerrajo un tiro en la cabeza —dijo el aludido, penetrando en el taller. Al ver los cadáveres por el suelo y a los otros contra la pared, sonrió—: ¡Vaya, amigo! ¡Cualquiera te tose!

Con unos alambres, que encontraron en la habitación acondicionada para almacén, ataron a los forajidos con las manos a las espaldas, haciendo lo mismo con el coloso que luchó con Fred, que aún permanecía sin sentido.

—Abajo he matado a uno y he dejado maniatados a un herido y a otros tres, contando al portero —informó Brown—. Pero no he podido dar con ese maldito Bright. No obstante tengo la seguridad de que está aquí dentro, porque lo he seguido yo y no ha vuelto a salir. ¿Lo has visto tú?

—No. Quizá esté en los pisos superiores. Mientras yo voy a buscarlo, tú vigila la puerta de la calle.

La búsqueda resultó infructuosa. Los dos pisos superiores estaban abandonados y un registro más minucioso de los demás tampoco dio el menor resultado.

—Quizá haya salido mientras tú me esperabas en la esquina de Lennox Avenue —supuso Fred.

—¡Qué va! Si ha venido con ese cacharro que hay parado en la puerta, con un traje viejo para no desentonar con el coche y la casa, y no he dejado de mirar a la puerta desde que ha entrado...

Telefonaron para que fuesen a recoger a toda aquella gente, y a Fred se le ocurrió que tal vez...

Subió de dos en dos las escaleras y se llevó al cobarde dibujante a otra habitación, empujándolo con el cañón del revólver. Tendría algo más de treinta años. Era de estatura media, pero excesivamente delgado y algo encorvado de espaldas. Su faz era lívida, enfermiza, y sus ojos miopes necesitaban el concurso de unos gruesos lentes.

El hombre temblaba como un azogado al verse tratado de aquella manera.

—¡No me mate! —imploró.

Fred apuntó el revólver a la cabeza y le miró con ojos fríos.

—¡Dime dónde está Bright o despídete de esta vida! —amenazó—. Sé que está en esta casa. ¿Hay algún escondite secreto?

—Un mo... momento antes de llegar usted, es... tuvo con nos... nosotros en el taller. Se habrá marchado por la salida secreta.

Hizo que le acompañase. Estaba en el segundo piso y consistía en un viejo armario adosado a la pared, cuyo fondo se abría hacia dentro, constituyendo una puerta disimulada, que permitía el paso a una vetusta casa de la calle Ciento Veintidós, que tenían alquilada los «gángsters».

Fred estimó que era inútil perseguir al abogado, el cual ya estaría a algunas millas de allí. Quiso hacer una prueba, explotando el terror y las buenas disposiciones para «cantar» del dibujante, y

sin salir de aquella destartada habitación, volvió a amenazar al pobre hombre con el arma.

—No importa. A ése ya lo cazaremos. Ahora el que más me interesa eres tú. ¿Por qué mataste él otro día a aquel agente del F. B. I.?

Era una «pregunta-sonda» lanzada al azar, por si acaso Wharton había podido localizar a Bright y había llegado, vigilándolo, hasta los talleres de falsificación de moneda, lugar que debía frecuentar el abogado, como jefe de la sección de falsificaciones del «gang».

—Yo no he sido —balbució el hombre, temblando con mayor intensidad y abriendo los ojos desmesuradamente, por el espanto.

—Es inútil que niegues. El portero ha «cantado» hace un momento y ha dicho que fuiste tú quien disparó cobardemente contra el agente —apoyó el cañón contra el corazón del asustado hombre y silabeó con escalofriante lentitud—: ¡Te voy a matar como mataste a él!

—¡No! ¡No! ¡Yo no he sido, fue Bright! —gritó histéricamente, retrocediendo, sin dejar de mirar aterrorizado el revólver.

Fred consideró que resultaba inhumano seguirle martirizando, por lo que se guardó el arma y le dijo en tono amistoso:

—¿Tenéis alguna bebida abajo? —Y a un signo de asentimiento del otro—: Vamos pues, allí. Reanímate un poco, que quiero que me cuentes cómo sucedió aquello para ver quién tiene razón, tú o el portero.

Después de beber un trago de coñac y animado por las palabras del agente especial, el dibujante contó cuánto sabía. En líneas generales coincidía con lo que había supuesto Fred. Wharton había descubierto a Bright y le había seguido hasta allí, intentando penetrar en la casa; pero al hacerlo lo sorprendió uno de los «gángsters» que hacían guardia permanente, encañonándole y llamando a sus compañeros. Después de desarmarlo lo subieron al taller, a presencia de Bright, quien después de insultarlo lo mató de un tiro de revólver y ordenó que lo llevasen a casa del Inspector Kelly, y que escondiesen allí el arma.

El «gángster» que se había hecho el corte en el brazo había sido herido por Brown y estaba abajo. Habló con él; pero negó su participación en el crimen, alegando no saber nada. Las amenazas no consiguieron sacarle ni una sola palabra. Los que le

acompañaron a casa del inspector habían muerto unos momentos antes, en la lucha con los dos agentes del F. B. I.

Lawrence se había interesado por el descubrimiento de los talleres de falsificación y se presentó allí, acompañado por un fotógrafo y unos cuantos agentes. Inspeccionó el edificio y felicitó a sus dos heroicos subordinados, al darse cuenta de la magnitud de la victoria que habían obtenido contra fuerzas tan superiores en número.

Tomaron fotografías del taller y de cada uno de sus trabajos específicos, en particular, así como del almacén. Después de oír el informe que le dio Fred sobre el asesinato de Wharton, interrogó al dibujante y a dos o tres de los falsificadores. El viejo que quedaba con vida confirmó las palabras del dibujante, pero los demás lo negaron.

Un agente avisó la llegada de una ambulancia, un coche celular y un camión cerrado del F. B. I.

Los muertos; heridos y prisioneros, así como todo el material del taller y del almacén que podía servir como prueba acusatoria contra los detenidos, pasaron a los vehículos estacionados en la calle, los cuales no tardaron en arrancar, escoltados por algunos agentes.

Lawrence, Fred, Brown y otros dos

«G-men»

se dirigieron al segundo piso y, por la puerta disimulada en el armario, pasaron a la casa de la calle Ciento Veintidós. Pero la casa estaba cerrada y en el interior no había nadie. Seguramente Bright, en su fuga, había dado la voz de alarma y los que allí hubiesen, siguieron su ejemplo.

Tomaron nota del número de la casa y dejaron a uno de los agentes para que la vigilase, regresando los demás por el mismo camino. En el otro edificio, también quedaron Brown y su compañero con orden de detener a toda persona que se acercase por allí. Lawrence y Fred montaron en el coche de aquél y se dirigieron a la Jefatura de la División.

VII



OS días pasaron con exasperante rapidez y normalidad. Habían transcurrido trece, desde que se efectuó la redada de los falsificadores y en ese tiempo, los únicos progresos realizados para la exterminación del formidable «gang» de ladrones, asesinos, monederos falsos y tahúres se habían reducido a detener a casi todos los que, según las declaraciones de los detenidos, colaboraban con ellos para la colocación del dinero en los diferentes Estados de los Estados de la Unión.

El «Federal Bureau of Investigation» no podía estar, ciertamente descontento de la actuación de los magníficos miembros de su División de Nueva York ni de los resultados obtenidos los últimos días, y así lo reconoció oficialmente el propio director general John Edgar Hoover en una carta dirigida a Lawrence, en la que felicitaba a él y a sus subordinados por los resonantes éxitos alcanzados

últimamente.

Pero había tres personas que estaban desesperadas y consideraban que el progreso alcanzado era nulo puesto que los «gángsters» se habían escondido en sus madrigueras ante la eficaz ofensiva de los

«G-men»

y no daban ninguna señal de vida. Eran Lawrence, Fred Ferguson y Alf Kelly. Bright parecía haber sido tragado por la tierra. El

F. B. I.

se había movilizado en su persecución, vigilando todos los lugares que solía frecuentar, sin conseguir hallar el menor rastro de él. Alf no le había vuelto a ver por el cuartel general del «gang», y era precisamente Bright la única persona a quién les interesaba detener.

Tres días faltaban para la ejecución de la sentencia. Tres días para que el inspector Kelly purgase en la fatídica silla eléctrica un crimen que no había cometido.

Viendo la imposibilidad de dar con el paradero del abogado, Lawrence visitó al juez Appleton, el que había fallado el caso, para rogarle que anulase la sentencia, haciendo una revisión de la causa, dada la inculpabilidad del condenado. Le aportó pruebas, le dijo cuánto sabía y le leyó la declaración firmada por el dibujante.

La contestación del juez o fue muy cínica o desvergonzadamente realista.

—Lo siento, señor Lawrence —dijo—. En otro caso cualquiera lo atendería con gusto. Pero el asunto Kelly es diferente. Hay en él muchos intereses en juego, y francamente, no quiero perder la magistratura ni mi carrera política por un hombre, que, si no es culpable, al menos lo ha afirmado obstinadamente, condenándole todas las circunstancias.

—Pero las pruebas que le apporto justifican plenamente la revisión de una causa que nunca se debía de haber fallado, siéndolo solamente por determinadas e injustificables presiones.

—No insista usted. No quiero malquistarme con los muchachos de la Prensa ni con ciertos senadores. Ya le dije que no quería malograr mi porvenir. Puede usted apelar, si lo estima oportuno, pero no conseguirá nada. El proceso Kelly entra de lleno en el problema más amplio de la investigación sobre la corrupción de los funcionarios de la actual Administración, que tanto ha interesado al

gran público. Y en cuanto a esas pruebas de que me habla, serían consideradas de valor nulo. La sangre de esos análisis hace falta un complemento de fe para creer que proceden del muerto y del charco del suelo, respectivamente. En cuanto a esa declaración firmada, muy bien pueden haberla obtenido empleando la coacción, pues todos sabemos de los convincentes medios que posee la Policía. En fin, señor Lawrence, tráigame al asesino convicto y confeso y revisaré la causa.

Malhumorado y angustiado, salió del despacho del juez, considerando que, en el fondo, éste tenía razón. Aquellas pruebas eran insuficientes cuando estaban en juego bastardos intereses políticos y demagógicos. Sólo le quedaba el recurso de rogar al director general del

F. B. I.

que hiciera gestiones en Washington para suspender o aplazar la ejecución, lo cual también era problemático, dada la original organización judicial del país.

Fred oyó, con los nervios crispados de indignación, las palabras de Lawrence, al contarle el resultado de su entrevista con Appleton. Decidido a forzar los acontecimientos, se hizo conducir a casa de Kelly.

Alf no estaba allí. Dolly le recibió cariñosamente. Había vuelto a ser la joven animosa, moderna. En vez de amilanarse ante la inminencia de la fecha fatal, participaba, desde hacía unos días en la búsqueda de Bright, pasándose la mayor parte del día recorriendo los más diversos lugares públicos. Sin embargo, a Fred no le engañaba. El joven había notado que toda aquella fortaleza era superficial, aparentada gracias a un titánico esfuerzo de voluntad. Bien a las claras lo demostraban aquellos ojos tristes, ojerosos y la misma disimulada ansiedad y congoja con que le preguntaba en aquel momento:

—¿Hay alguna novedad? ¿Habéis localizado a Bright? ¿Se ha arreglado lo de papá?

Fred se compadecía de ella. La prefería tal cuál era, con todos los atributos de la feminidad y no con un vano esfuerzo por asimilar una educación y unas teorías con pretendido sello de modernidad, que intentaba equipararlas a los varones, obligándolas, al menos en público, a ocultar sus verdaderos sentimientos, y lo más bello, lo

único que las hace merecer el preeminente puesto que ocupan: su debilidad de sexo.

La ocultó cuidadosamente el resultado de la gestión con el juez Appleton, asegurándola que nada tenía que temer sobre la suerte de su padre, puesto que de una manera o de otra se libraría de cumplir la injusta sentencia. Pero la vaguedad de sus aseveraciones, producto del estado espiritual del joven, no consiguieron sino aumentar la preocupación de ella, que, con ese raro don de presentimiento de las mujeres, exclamó:

—Tú sabes algo. ¿Qué ha pasado? ¿Han denegado la revisión de la causa?

Tenía ahogos en la voz, pese a la aparente indiferencia del gesto.

—No. Sólo sé que Lawrence ha pedido a Hoover, nuestro director general, que intervenga en el asunto, por lo que tengo la seguridad de que todo se arreglará. Además, en tres días se pueden detener a cincuenta Bright.

La entrada de Alf fue oportuna, librando al agente de un nuevo ataque de Dolly.

—¡Hola, Fred! ¿Nada? —Y tras una breve pausa—: He recibido orden de organizar un atentado, contra tu vida, lo que me he visto obligado a hacer. A partir de mañana, cuatro «gángsters», en un elegante «Buick», te perseguirán por todas partes hasta que vean la oportunidad de acribillarte a balazos con sus metralletas «Thompson». Te aconsejo que no des un solo paso como no sea en un coche blindado del

F. B. I.

—Eso me alegra. Ello demuestra mi valía. Muchos grandes hombres no logran ser conocidos hasta varios años después de su muerte, mientras que yo lo consigo unas horas antes de morir —bromeó Fred.

—Ha sido Benson quien me lo ha ordenado.

—Parece ser que se les has indigestado con tu íntima hazaña.

—¿No has podido averiguar nada sobre Bright? —interrogó Fred, mirándole anhelante.

—Ni una palabra. Y lo más raro es que Benson no parece preocupado, y desde que Bright ha desaparecido de la circulación no me ha hablado ni una sola vez de él.

—¿Cómo? ¿Dices que no ha mencionado siquiera el nombre de

Bright? —Levantó la cabeza bruscamente al afirmar—: ¡Juraría que Benson sabe dónde está!

Dolly les escuchaba en silencio, mirando la cara del uno o del otro, según hablaban.

—Tal vez siguiendo a ese hombre... —Insinuó, prosiguiendo con voz ligera, como para disculpar su intervención—: Voy a prepararos un poco de café.

Fred aprovechó la ausencia de la joven para contar a su hermano el fracaso de la gestión de Appleton. La reacción de Alf fue extremadamente violenta. La indignación le congestionó el rostro y masculló algo entre dientes que no debió ser muy favorable para el juez. Pero supo dominarse prestamente y dijo con fría determinación en los ojos, disponiéndose a salir:

—Creo que mi hermana tiene razón. Me convertiré en la sombra de Benson —volvió junto a Fred y le cogió de los brazos, presionando involuntariamente hasta hacerle daño—: Ayúdame. Tenemos que impedirlo. Hazlo por él y... por ella —se estremeció y apretó las mandíbulas, intentando contener, en vano, un grueso lagrimón que pugnaba por liberarse—. Haz que Lawrence movilice todas sus fuerzas para encontrarlo y tú arranca una confesión, aunque sea martirizándole, a Jostie, el «gángster» que vertió su sangre en la escalera.

Fred, viéndole alejarse decidido y enérgico, sonrió satisfecho: ¡Ya era «un hombre»! ¡El sacrificio del inspector Kelly no había sido estéril!

Dolly no tardó en regresar. Fred se despidió de ella. Alf tenía razón. Un solo minuto que se perdiese podía resultar fatal para el inspector. Volvió a la jefatura de la División sumido en hondas reflexiones. Conseguiría de su jefe una más amplia movilización de fuerzas, si era necesario; pero ¿para qué? Sus hombres y él mismo habían recorrido y seguían recorriendo todos aquellos lugares donde cabía encontrar a Bright, con resultados negativos. Posiblemente el criminal abogado había supuesto que sus subordinados detenidos en los talleres de falsificación le delatarían como jefe suyo y hasta como autor del alevoso crimen, si se les apretaba mucho, suposición que habría visto confirmada por las ulteriores redadas, y se habría escondido en alguna casa, dispuesto a no abandonarla hasta pasado algún tiempo.

Ya que no podía hacer más de lo que hacía en el plan pasivo de la vigilancia, puesto que estaban sometidos a ella todos los lugares que Bright solía frecuentar, el agente especial pensó que había llegado el momento de efectuar unas «razias» para extirpar de raíz todos los garitos de juego adscritos al maldito «gang».

Con ello no solamente asestaría un formidable golpe a la banda, dejándola reducida a su «sección de acción», que dirigía Alf, sino que redondearía el «*affaire*» de los monederos falsos, ya que aquellos garitos no solamente desplumaban a los incautos robándoles su dinero con trampas, sino que, además, servían de lugares de «colocación» de los billetes falsificados, aprovechándose de la forzada complicidad de los jugadores, por no verse castigados como tales por la rigidez de las leyes.

Era incluso posible que tales «razias» permitiesen localizar a Bright, pues era éste el encargado de relacionarse con los que había al frente de las timbas a los afectos de la moneda falsa. Era simplemente cuestión de forzar a éstos a que hablasen.

Lawrence accedió a las pretensiones de Fred y se formaron varios equipos de

«G-men»

para practicar las redadas. Con su acostumbrado valor y pericia actuaron éstos. En algunos garitos se les ofreció resistencia por los tahúres y los «gángsters» encargados de «mantener el orden», desarrollándose verdaderas batallas. El resultado de la jornada consistió en abarrotar los calabozos de la División de detenidos y la clínica de unos cuantos heridos.

Si bien el resultado de la «razia» fue halagador en cuanto a la eliminación de los garitos de juego se refería, el interrogatorio de los jefes de éstos no aportó ninguna luz sobre el paradero de Bright. Reconocieron casi todos que era el abogado quien les suministraba y a quien rendían cuentas de los ingresos obtenidos en el cambio de los billetes falsos por los legales, y hasta hubo uno que aseguró que Bright había estado a verle el día anterior.

La afirmación del tahúr hizo renacer las esperanzas de Fred, pero al momento la reflexión proyectada sobre los resultados obtenidos le hizo caer de nuevo en el pesimismo. Era cierto que Bright no había salido de Nueva York y que tarde o temprano se relacionaría con Frank Stone, cuya sala de juego era la única que,

de propio intento, se había escapado de la redada, y con Benson, y volvería al cuartel general del «gang». Pero no era menos cierto que Nueva York, con sus nueve millones de habitantes, era el lugar más apropiado para burlar la acción de la Policía, incluso durante años enteros, siempre que no se frecuentasen lugares públicos de dudosa o nula moralidad.

A enlazar con sus compañeros de banda volvería. Pero ¿cuándo? Podía tardar varios días, y el inspector Kelly sería electrocutado dentro de tres, por la mañana. Virtualmente, sólo podía disponer de aquella noche y del día siguiente para detener a Bright y hacerle declarar. Un escalofrío recorrió su medula espinal.

A, las nueve y media de la mañana recibió una llamada telefónica. Era White, que se había convertido en la sombra, ayudado por otro agente, de Frank Stone. Le comunicaba que el «gángster» había entrado hacía unos diez minutos en el ciento cincuenta y siete de Forty Six Street East, y que en aquel momento acababan de entrar en la misma casa Kelly y otro cuyas señas coincidían con las de Benson.

Salió a la calle, pero recordando la advertencia que le hiciera Alf, entró de nuevo para que le condujese un coche blindado armado con ametralladoras ligeras. El ordenanza le salió al encuentro.

—Le llaman al teléfono —dijo.

Entró de nuevo en el despacho y descolgó de mal humor. Pero de pronto desapareció éste para dar paso a una amplia sonrisa e inmediatamente después, al más marcado interés.

Unos minutos más tarde, un coche blindado emprendía vertiginosa carrera a través de las animadas calles de la populosa ciudad, exigiendo paso libre con el potente rugido de su sirena. En su interior, Fred Ferguson, Brown y otros dos agentes federales ansiaban el momento de entrar en acción.

La noche anterior, Alf Kelly no había podido conciliar el sueño. La inminente ejecución de su padre le tenía sumido en la más amarga de las desesperaciones. La imposibilidad material de hallar el paradero, en un solo día que faltaba, de Bright, le exasperaba.

Aquella noche había estado en el cuartel general de los «gángsters» con el fin de pegarse a las espaldas de Benson o exigirle bajo amenaza de muerte que le dijese el paradero del maldito

abogado. Pero el segundo jefe del «gang» no había aparecido por allí.

Todo lo que le sucedía a su padre era por su culpa. Dentro de su tribulación, tuvo un pensamiento que le consoló en parte. Su padre no moriría electrocutado. Se presentaría él al juez, declarándose culpable del asesinato de Wharton, y tendrían que creerlo, porque los hechos parecerían justificar sus palabras. Mientras le juzgaran y hasta la fecha de su ejecución, quizá Fred pudiese detener a Bright y hacerle confesar. Si no... Se encogió de hombros. Al fin y al cabo, sólo él y su idiota chaladura por Bess habían tenido la culpa.

La ilación de sus pensamientos le llevó hasta su empleo en el banco. Por primera vez se preguntó qué relaciones tendría Frank Stone o quien hubiese influido por su mediación para conseguirle el empleo, con el señor Richardson, el director.

Una sospecha se hizo patente en su mente. Trató de hacer cábalas para ampliar la brecha. Se le había dicho que el encargado de personal del Banco debía algunos favores a Frank y podía faltar al trabajo cuantas veces lo estimase necesario sin miedo a que le llamase la atención, y así había sucedido. ¿No sería...? No, no podía ser. El señor Richardson era una persona honorable y respetada, que tenía algunos millones conseguidos a costa de inteligencia y sacrificios en su vida comercial. No, no podía ser... Pero ¿qué haría el jefe de personal mirando el escaparte del lado del

«Jeweller's

Trust» la noche del robo? ¿Sería una casualidad? ¿No habría sido enviado allí por Richardson?

La sospecha, lejos de desaparecer, se perfiló más y más en el curso de la larga vigilancia. A la mañana siguiente, cuando abrieron las puertas del Banco, ya estaba Alf esperando.

Richardson llegó poco después. Generalmente, atendía los asuntos del Banco durante las primeras horas de la mañana, para dedicarse a sus demás negocios el resto del día. Apenas habrían transcurrido diez minutos penetró un elegante cliente, que pidió ser recibido por el director.

Alf se quedó asombrado. ¡Era Benson! Inclino la cabeza sobre el libro registro que tenía delante, simulando no haberle visto. El otro no paró mientes en él. Precedido por un ordenanza, entró en el despacho de Richardson. Kelly no dudó con paso seguro se

encaminó al archivo que ocupaba la habitación contigua. Tratando de no hacer ruido, echó la llave por dentro y, pegando la oreja al tabique, oyó:

—Benson, ya te dije en otra ocasión que no me gusta que vengas a verme aquí.

—Es que sucede algo grave y he querido informarle sin esperar a la noche.

—¡Bueno! Habla. ¿Qué es eso de tanta gravedad?

—Al amanecer ha venido Bright a mi casa. Dice que en la Bowery no podía estar ni un minuto más, porque el edificio estaba estrechamente vigilado por la «bofia». Está en un lamentable estado de excitación nerviosa y pretende que todos los agentes de Nueva York van detrás de tu pista y que tenemos un «soplón» entre nosotros.

—¿Dónde está ahora? Ese «picapleitos» nos está resultando más molesto que útil. Prácticamente no nos sirve para nada desde que han descubierto la imprenta clandestina. Lo mejor es que le deis «el paseo», porque es tal su miedo que si le detienen «cantará» todo lo que sepa. Supongo que no habrás creído nada de lo que te ha dicho.

—Ahí está lo grave, precisamente. Me acabo de enterar que en una redada que hizo la «bofia» anoche ha asaltado la mayor parte de nuestros garitos de juego, metiendo en «chirona» a casi todos los muchachos, lo cual demuestra que sí que tenemos un chivato entre nosotros. Al comienzo yo también pensé que lo mejor era deshacernos de Bright y llamé a dos muchachos para que lo “liquidaran”; pero él me demostró que conoce la doble personalidad de usted y dijo que había dejado una carta para la Policía, a un amigo, con orden de hacerla llegar a su destino si le pasaba algo.

—¿Quién te parece que puede ser ese «soplón»? A mí me cuesta creer que haya nadie metido dentro de nuestra organización.

—Ya he pensado en ello, y creo que lo más probable es que sea Kelly, que estará en combinación con los del F. B. I. para salvar a su padre de la silla.

—No lo creo. Pero eso pronto lo veremos, y desgraciado de él o de quien sea. Por lo que veo, ya no hay inconveniente en que me presente delante de los tres jefes de sección, puesto que ya me conocen todos menos Kelly, y éste, poco tiempo va a conocerme si

es verdad que nos traiciona. Reúne a los tres en nuestra «fortaleza». Quiero que estudiemos, juntos, el plan a seguir para defender lo poco que nos queda.

—No es posible, Richardson. He pasado hace un rato por allí y está vigilada por dos «G-men».

Si le parece, la celebramos en mi casa y concentramos algunos muchachos allí, por si acaso.

—De acuerdo; pero...

Alf no quiso oír más. Con las mismas precauciones que al entrar, salió del archivo y volvió a su mesa de trabajo. Benson tardó todavía algunos minutos en pasar frente a él, sin volver la cabeza.

Cuando el joven calculó que el otro se habría alejado, pretextó que iba a tomar una copa de licor y pasó a un bar, que había unas puertas más abajo, desde donde telefoneó a su hermana, para que comunicase a Fred lo sucedido. Luego volvió a su trabajo, esperando que le llamase el director. No fue éste, sino Benson, quien le llamó por teléfono, al cabo de unos instantes, diciéndole que le esperaba en la próxima esquina.

El subjefe de la banda se mostró más comunicativo y afable que nunca, mientras se trasladaban a su casa en un soberbio «Packard». Alf, sentado a su lado, le seguía el juego, mientras pensaba que su situación resultaría un poco comprometida entre tantos enemigos, al tiempo que hacía una mueca de contrariedad al pensar que, no conociendo el domicilio de Benson, únicamente había indicado a Dolly que le siguieran cuando saliese del Banco. Los del F. B. I.

no podrían prestarle ayuda, puesto que no podían haber llegado a tiempo. Tendría que valerse de sus propios medios.

El «Packard» se paró con suavidad detrás de otro coche, frente al número ciento cincuenta y siete de Forty Six Street. En el tercer piso vivía Benson. Un corto pasillo desembocaba en un amplio «hall», que servía al mismo tiempo como sala de estar. En el centro había un tresillo y unos cuantos sillones más, adosados a las paredes. En el tabique de enfrente se abría una puerta, y otras dos, en el de la izquierda.

En uno de los sillones del tresillo, sentado cómodamente, estaba Frank esperando. Benson se sentó junto a él, y Alf eligió un sillón de

los situados contra la pared, a la derecha del pasillo, con miras a dominar la escena. El dueño de la casa hizo que les sirviesen unas copas de «*whisky*», cosa que se ejecutó, con manifiesta torpeza, por un criado de andar basculante, que no habría hecho mal papel en un combate de lucha libre. Alf pensó que era el segundo «guardaespaldas» que veía en la casa.

—Tom —dijo Benson, después de paladear el licor—. Di a Bright que salga, que no hay ningún «poli» por aquí.

El «criado» desapareció tras una puerta lateral, no tardando en aparecer seguido, poco después, de Bright.

Pese a su decisión de fingir hasta última hora, Kelly no pudo evitar que se le crispasen los nervios, al ver avanzar al hombrecillo. La transformación que había experimentado desde la última vez que le vio era considerable. Su rostro había adelgazado aún más, si cabía, siendo ahora escuálido y destacando, por ello, los prominentes pómulos. La aguileña nariz se había afilado hasta el extremo de asemejar un pico, y los ojos, más hundidos, habían cambiado su natural astucia por un miedo cervical, que los hacía huidizos. Estaba lívido y entró en el salón como una sombra, concentrando su mirada, mezcla de odio y terror, en Alf.

El joven creyó que iba a acusarle, pero no sucedió así. El ruin abogado se sentó entre Frank y Benson, como buscando su protección, y se bebió, de un trago, el «*whisky*» que quedaba en el vaso de aquél.

—¿Cómo has llegado a ese estado? —preguntó el tahúr, mirándole asombrado.

—Me persiguen...

Sonó el timbre de la puerta. Bright cortó su apenas iniciada respuesta y miró hacia afuera, preocupado. El primer «guardaespaldas» que vio Kelly al entrar, se encaminó a la puerta a grandes pasos.

—Debe ser el «boss» —opinó Benson, mientras Alf se cercioraba, de una furtiva mirada, de que se había sentado en el lugar más apropiado para dominar el terreno sin temer ataques por la espalda.

Era Richardson, en efecto. Entró sonriendo, como tenía por costumbre, y saludó con un gesto de la mano y voz jovial:

—¡Hola, muchachos! —Se sentó en un sillón que arrastró frente a los demás—. Ya os habrá dicho Benson por qué me reúno con

vosotros por primera vez. La Policía se muestra muy activa estos últimos tiempos y prácticamente ha destrozado en pocos días toda nuestra labor de unos años. Quiero fijar con vosotros nuestros futuros planes de defensa y contraataque; pero antes quiero señalar que los golpes de la Policía han sido demasiado certeros, contundentes e inesperados para que los hayan preparado por sus solos medios —se puso en pie, y con voz enérgica afirmó—: ¡Entre nosotros hay un traidor!

Frank, que era el único que no esperaba aquella conclusión, se levantó de un salto, como si le hubiese picado una víbora, y echó mano a su axila. Richardson le contuvo con un gesto. Alf no movió un solo músculo de su rostro; se mantuvo impasible, inescrutable, aunque sus nervios estaban tensos, prestos a entrar en acción. Como confabuladas, todas las miradas se fijaron en él, acusadoras. La tensión se mascaba en el ambiente. Un silencio ominoso, preñado de amenazas, se siguió.

Bright irguióse lentamente, y con gesto dramático, cual fiscal acusador, extendió el brazo, apuntando con el índice a Alf. Su voz sonó potente, dura, destilando odio. Como sucede a los cobardes, tornóse agresivo, cual chacal ante el caído, al sentirse apoyado por la fuerza de los demás.

—Eres tú, Kelly; tú, el «soplón». Por tu culpa han muerto muchos compañeros y los demás han perdido la libertad. Has destrozado nuestros medios de riqueza, levantados con peligro, sangre y prisiones. Por tu culpa estoy perseguido, acorralado, enfermo. Pero de poco te ha valido. Tu padre morirá mañana. El fallo inexorable de la «Ley» se cumplirá. Más habrán fallado tus propósitos. No seré yo, sino él, quien reciba los dos mil voltios de la mortífera descarga. Y tú también morirás, ahora mismo, por traidor.

—¡Basta ya! —rugió Alf, ciego de cólera, temblando a efectos de la fuerte impresión, producida por la alusión de Bright a la silla eléctrica y a la terrible muerte que esperaba a su padre.

Como un loco, corrió hacia Bright, pero una seca orden de Benson, apoyada por una «Luger», le clavó en el suelo, antes de alcanzarle.

—¡Levanta los brazos! ¡Tú mismo te has descubierto! —dijo el «segundo». ¡Quítale el «cacharro», Frank!

El tahúr adelantó unos pasos. Bright, cuyo rostro se había

demudado aún más por el terror, al ver adelantar al joven, se acercó a él, envalentonado de nuevo. El «boss» contemplaba la escena, con su sempiterna sonrisa, fría y cruel ahora.

—Eres el primer hombre que ha conseguido engañarme. Siempre había confiado en ti y te veía condiciones para convertirte en mi más valioso auxiliar. Has perdido la gran oportunidad de tu vida —dijo, como lamentándolo.

Alf había levantado las manos hasta la altura de los hombros y estudiaba las reacciones de los «gángsters», mientras su cerebro funcionaba a todo gas, buscando una salida a la comprometida situación. El peligro había tenido la virtud de tonificar sus nervios, devolviéndole su dominio.

Frank llegaba en aquel momento hasta él, por la izquierda. De improviso, la abierta mano de Kelly trocóse en puño, y salió disparado como una bala, golpeando bestialmente la cara del tahúr, el cual cayó, reculando, a los pies de Benson, contra quien tropezó. La pistola de éste vomitó fuego y plomo, pero el proyectil encontró el vacío donde una fracción de segundo antes estaba el cuerpo de Alf.

Los forajidos quedaron perplejos. El muchacho había dado un salto de costado, y antes de que sus pies tocasen el suelo, salió un tiro de la pistola que había empuñado como por arte de magia. Benson sintió en el hombro derecho el dolor de la herida. Apretó el gatillo por segunda vez, al tiempo que lo hacía Kelly, y sintió que su mano armada era bárbaramente golpeada como por un hierro al rojo. Su rostro se contrajo en dolorosa mueca, al tiempo que se le escapaba un horripilante grito y miraba la herida diestra, que dejó caer la pistola.

Una nueva detonación le hizo levantar la vista. Su enemigo permanecía en pie, y un poco más allá saltaba por los aires la pistola que, impulsado por el propio miedo, había «sacado» Bright, quien, pese a no estar herido, se miraba las manos con espanto, dejando escapar estridentes aullidos de dolor.

—¡Quietas las manos, muchachos! ¡Usted, Richardson, obedezca o disparo!

Con los ojos chispeantes, el busto erguido y la decisión reflejada en el rostro viril, Alf Kelly vigilaba, mirando a los ojos, las reacciones de los cuatro hombres y las puertas que comunicaban

con el salón. Su pistola, firmemente empuñada, cubría a los «gángsters» con un ligero movimiento oscilatorio.

—¡Arrojad las armas y cuidado con los trucos! —ordenó—. ¡Venga! ¡Pronto, que mi dedo está engrasado!

Frank obedeció con lentitud, a desgana, espiándole los ojos por si descubría en ellos el menor descuido, para descerrajarle un tiro. Richardson seguía sonriendo con aparente tranquilidad. Echó una furtiva mirada a la puerta del pasillo de entrada y sacó la pitillera, de la que extrajo un cigarrillo con pulso firme, al tiempo que decía:

—¡No te pongas así, muchacho! Tú y yo siempre nos podremos entender. Te...

—¡Basta ya, arroje la pistola o disparo! ¡Nada de ganar tiempo! —amenazó Kelly, quien, sin dejar de apuntar, recogía la «Luger» de Benson y arrojaba lejos, de sendos puntapiés, las otras dos.

Richardson leyó en los ojos del joven su decisión de disparar si se resistía, y extrajo un revólver, dejándolo caer a sus pies: En aquel instante, Alf dejóse caer al suelo. Como latigazos se simultanearon tres detonaciones, pasando las balas por encima de su cabeza. Por una puerta del fondo habían irrumpido violentamente en el salón tres «guardaespaldas».

La aparición de éstos dio ánimos a los demás, que comenzaron a rebullir. Desde el suelo, Alf disparó. Uno de los recién llegados llevóse las manos al vientre y revolcóse por el suelo. Sus dos compañeros dispararon; por otra puerta surgieron otros tres. El «boss» se agachó en brusco movimiento para recoger su arma. Kelly sintió el mordisco del plomo en el muslo izquierdo. Se consideró perdido, irremisiblemente; pero la visión de Bright, tumbado y pegado materialmente al suelo para no interceptar los proyectiles que pasaban sibilantes sobre él, le hizo pensar en su padre y en la silla eléctrica, y apretando los dientes, oprimió los gatillos de la automática y de la «German Luger». Dos «gángsters», uno de cada puerta, cayeron para no levantarse más, con el pecho y la frente atravesados por los certeros disparos.

Richardson alcanzó la culata del revólver y, sin levantarse, en la misma postura en que estaba, apuntó con precipitación y apretó el gatillo. Un espantoso aullido de dolor se escapó de su garganta. Alf, que había descubierto su acción con tiempo, se adelantó una fracción de segundo al «boss», alojándole una bala en el costado,

que le hizo tambalearse unos instantes antes de caer de bruces.

—¡Tirad a matar, muchachos! —gritó con odio—. ¿Dónde están los otros, Benson?

—Vigilando abajo —contestó el interpelado.

Los certeros disparos de Kelly aconsejaban prudencia, y así lo comprendieron los «guardaespaldas» al ver caer a otro de sus compañeros. Sin volver la cara, retrocedieron hasta protegerse detrás de las puertas, desde donde siguieron disparando.

En aquel momento llegó hasta los combatientes, dominando el fragoroso retumbar del tiroteo, el potente rugido de la sirena de un coche de la Policía, que se paraba en la calle. Unos segundos después, alternando con las detonaciones de arriba, sonaron otras abajo.

Alf exhaló un suspiro de alivio y aumentó la frecuencia del fuego, inmovilizando a los «gángsters», los cuales no se atrevían a asomar la cabeza por miedo a recibir un tiro. En la escalera, los disparos sonaban más y más cerca. Las caras de los cuatro jefes del maltratado «gang» estaban demudadas, tensas por la expectación con que trataban de adivinar el desenlace de la lucha que se desarrollaba en las escaleras.

Bright temblaba de los pies a la cabeza. Richardson contraía la cara por el dolor que le producían sus vanas tentativas de levantarse. Frank se puso de pie y miraba al pasillo. Kelly interceptó una disimulada y significativa seña de la cabeza de Benson a alguien que había detrás. Con rápido movimiento, el muchacho volvió la vista hacia aquel lugar, sin ver a nadie. Comprendió el truco. Benson se le venía encima con un descomunal «plungeon». Alf tuvo tiempo de disparar contra él, pero se contentó con recibirle con un potente derechazo a la cabeza, encima de la oreja. La pistola chocó con ruido de huesos rotos, y el «gángster» cayó sin sentido, conmocionado.

De pronto se oyeron fuertes golpes en la puerta exterior. Un disparo hizo volar la cerradura, y Fred Ferguson y Brown entraron como una tromba, temiendo llegar tarde. De una mirada se hicieron cargo de la situación.

—¿Estás herido? —preguntó Fred, al ver el pantalón tinto en sangre a la altura del muslo—. Te has portado como un verdadero león. ¡Vaya! ¡Está aquí nuestro amigo Bright! Creo que a todos estos

señores les falta un poco de electricidad en el cuerpo para tonificar los nervios. Será cuestión de procurársela, ¿no te parece, Alf?

El abogadillo dio un inesperado salto y echó a correr como un desesperado hacia la abierta puerta. Brown le alcanzó, asiéndole por el hombro y echándole al suelo de un tirón.

Los «guardaespaldas» supervivientes no pudieron ser hallados en ninguna de las habitaciones. Se habían descolgado por una de las ventanas, de la que pendía una cuerda.

Richardson y los subjefes del fatídico «gang» fueron maniatados y conducidos a la División del

F. B. I.

en compañía de los «gángsters» que se habían entregado en la refriega de la escalera y habían quedado abajo, custodiados por White y otros dos

«G-men».

Mientras se le practicaba una ligera cura a Alf, puesto que su herida carecía de toda importancia, Fred informó a su jefe de la detención de Bright, de la exterminación de la temible banda y del heroico comportamiento del hijo del inspector Kelly.

Bright, por orden de Fred, fue trasladado **directamente**, sin pasar por el calabozo, a la sala de declaraciones, pero por más que le amenazaron no consiguieron hacerle declararse autor del asesinato de Wharton. Ferguson Ordenó que le retuviesen allí hasta que él indicase. Con precipitación pasó a su despacho y pidió que llamasen al electricista y que le llevasen a Pelton, el dibujante detenido.

Un cuarto de hora más tarde, Bright era encerrado en un calabozo. Pelton, echado en su camastro, fingió no reconocerle hasta que se marcharon los agentes. Luego, en voz baja, como para no ser oído, saludó:

—¡Hola, Bright! ¡Menuda tabarra me están dando ésos porque no quiero «cantar» que fuiste tú quien «tumbó» a ese Wharton! No lo confíes por más que te presionen, porque si no te las vas a ver mal.

—No te apures, Pelton. No soy tan idiota como para reconocer que fui yo. Kelly me ha destrozado la vida; pero yo trataré de que su padre purgue mi culpa.

Fred, en el despacho de Lawrence, se levantó de la silla y

desconectó el registrador de sonido diciendo:

—Esto se acabó. Bright ha caído en la trampa, y ya tenemos al criminal convicto y confeso. ¿Llevará usted mismo la cinta magnetofónica al juez Appleton?

—Sí, ahora mismo voy —repuso Lawrence, sonriendo satisfecho—. No cejaré hasta que sea usted nombrado inspector y ese valeroso Alf lleve las insignias de nuestro glorioso Cuerpo.

Un par de horas más tarde, el inspector Kelly, en su celda de condenado a muerte, esperaba el postrero momento. A unos pasos de allí, en su cámara de horror, aguardaba la fatídica silla. Unas horas más, y sus brazos, sus piernas, su cuerpo serían aprisionados por las crueles correas. Unos minutos más, y entre las condenatorias o indulgentes miradas de doce caras graves, de negros atuendos, el verdugo, con la indiferencia de un autómatas, empuñaría la fatal palanca del conmutador.

Un estremecimiento recorrió su medula, haciéndole palidecer intensamente. Encomendó su alma a Dios.

—¡Señor! —musitó—. Haz que mi sacrificio no resulte estéril.

Unos pasos fuertes sonaron en el exterior, acercándose. «Ha llegado la hora», pensó con sobresalto, clavando angustiado sus ojos en la puerta. Ésta se abrió con su prolongado chirriar de cerrojos, y un carcelero, con cara menos adusta que de costumbre, habló:

—Kelly, es usted hombre de suerte. Prepárese para salir en libertad.

Las palabras sonaron inesperadas, incongruentes, golpeando bestialmente el cerebro del inspector. La impresión fue más violenta que si le hubiesen anunciado el fatídico instante que había estado esperando. La boca y los ojos se le abrieron, agrandándose, por el estupor, y tuvo que apoyarse contra las paredes de la celda para no caer. Pero no duró mucho. Unos minutos después se repuso y pensó en sus hijos, brillando en sus ojos la alegría, por primera vez, desde que atravesó los severos muros de Sing-Sing.

Un cuarto de hora después, cumplidos todos los requisitos, atravesaba la puerta de la sala destinada a los visitantes. A pesar de estar preparado, le dio un brinco el corazón.

—¡Padre!

—¡Hijos, hijos míos!

Unidos en estrecho abrazo de amor, perdón y arrepentimiento, Kelly, Dolly y Alf estaban mudos de emoción, mientras unas lágrimas de alegría resbalaban por sus mejillas. Fred, algo separado, contemplaba la escena, emocionado. Dolly se separó de los brazos de su padre y fue al encuentro del joven, mirándole amorosamente.

—O te casas conmigo, o no te dejas salir de la prisión —dijo con un mohín caprichoso, brillándole los ojos de felicidad.

Fred levantó los brazos mientras hacía un gracioso gesto de impotencia, pero no desaprovechó el beso de los dulces labios que ella le ofrecía.

FIN

Camaradas enemigos

La historia más extraña que nunca se imaginó, se desarrolla en esta obra de excelentes cualidades narrativas y reciedumbre emocional.

FRANK MCFAIR

el autor que siempre está representado por sus producciones en todas las buenas bibliotecas, ha creado una obra densa e inimitable

Camaradas enemigos

La vida une y desune a las personas. Algunas veces, esas uniones o desuniones son incomprensibles; luego...

Dos hombres que se odian a muerte, porque viven en campos contrarios y batallan denodadamente, se encuentran en una singular circunstancia, que los obliga a ser camaradas para salvarse, aunque después, vuelvan a...

LO MEJOR PARA SU HIJO:

Cuadernos infantiles de

Aventuras del F. B. I.

¡LO MAS ECONOMICO Y LO MAS ENTRETENIDO!

5 PESETAS

NOTAS

[1] Nombre abreviado del ferrocarril aéreo (Nota del Autor). < <

[2] Organización revolucionaria y terrorista judía. (Nota del Autor).

< <

[3] ¡Manos arriba! (N. del A.). < <

[4] Barrio judío. (N. del A.). < <

[5] ¡Manos arriba todo el mundo! (N. del A.). < <

[6] Tierra de nadie. Extensión de terreno entre dos ejércitos enemigos (N. del A.). < <

[7] Novato. (N. del A.). < <

[8] Veterano. (N. del A.). < <